

ATTENZIONE

1928

10

BPH

Año V

Núm. 10

Ateneoa

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

008 (83) (05)

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



SUMARIO: Frédéric Lefèvre: *Una hora con Eugenio d'Ors* □ Raúl Silva Castro: *La poesía de Genaro Estrada* □ Lac: «Le voyage à Moscou» de Georges Duhamel □ Carlos Acuña: *Poemas* □ Enrique Molina: *De vuelta* □ Roberto Meza Fuentes: *Cien poesías líricas (conclusión)* □ Carlos Keller R: *El problema de la colonización en Chile* □ Juliana Hermil: *Meditaciones breves* □ Hombres, ideas y libros: Francisco García Calderón: *Otros aspectos del pesimismo inglés* □ Amanda Labarca H.: *Carlos Mondaca* □ Giuseppe Tomasi di Palma: *W. B. Yeats y el resurgimiento irlandés* □ Manuel Ugarte: «Cuentos del Trópico», de Manuel Urruela □ GLOSARIO DE REVISTAS □ EX-LIBRIS □ INDICE

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 2.00 ~ Dicbre. 31 de 1928

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO V

DICIEMBRE 31 DE 1928

NÚM. 10

Frédéric Lefèvre

Una hora con Eugenio d'Ors

EN la piscina de un club, en las proximidades de la Plaza de la Concordia, encontré por primera vez al filósofo. Estaba casi desnudo, y nadaba. Obligado a permanecer frecuentemente en París, para seguir, como representante oficial de España, los debates del Instituto de Cooperación Intelectual, Eugenio d'Ors no puede ni quiere permitirse llevar aquí la existencia libre y dispersa de un turista. Consagra toda la mañana a sus trabajos ordinarios. Sin embargo, como conserva en todas partes la costumbre española del almuerzo tardío, le queda aún una buena hora al mediodía, para los ejercicios corporales y para ese «placer de desnudarse» que es, en él, más que una higiene, casi una moral.

—Sí—me confía—, las costumbres de la antigüedad vuelven. Las más agudas sensibilidades no buscan ya resucitar en una *vida al revés* la preciosidad de un des Esseintes o de d'Annunzio. Se gusta nuevamente, hoy día, el valor de una existencia sin complicaciones superfluas. Cuanto al desnudo, cuya libertad y hasta culto es, en mi opinión, una de las manifestaciones más importantes de la civilización contemporánea, ¿co-

noce usted la leyenda que se refiere a la construcción de la iglesia de San Wofang en Sulzkammergut? El santo obispo arquitecto empleaba en ella a los demonios. Una vez terminada la obra, se desembarazó de ellos por medio de un exorcismo, sin pagarles su trabajo, por cierto... Así, a menudo, las fuerzas malas cooperan a una obra de bien.

«Ciertamente, en esta moda de la libertad del cuerpo colaboran muchas tendencias que conservan un carácter turbador y demoníaco. No queda sino que ellas trabajen, sin saberlo seguramente, por acercarnos a esa meta esencialmente moral: separar con limpieza el «sentimiento del cuerpo» —de orden superior, puesto que es de naturaleza clara y orgánica—del «sentimiento de la carne», oscuro, amorfo... Me he sentido feliz de ver a nuestro amigo Henry de Montherlant exponer, con la autoridad que le confiere una larga experiencia deportiva, puntos de vista análogos. Debo agregar que, para mí, esta diferencia entre «cuerpo» y «carne» es absolutamente la misma que separa la «palabra» del «grito», y, en último análisis, lo clásico de lo romántico o mejor—usted conoce mi terminología—barroco.»

Observo a mi interlocutor. La vida deportiva le ha hecho bien. Los que lo conocen de cerca aseguran que sus sentidos tienen la acuidad de los de un primitivo. Prescinde del óptico y del dentista y ve a su médico cada diez años. Afirma poder dormir sólo una noche de cada dos, ayunar o cometer excesos, a voluntad...

—No he llegado a este equilibrio corporal en un día. Salido de una familia ciudadana desde muy antiguo—mis antepasados habían abandonado ya en el siglo XVIII sus tierras de Ors, en la actual provincia española de Lérida—, nací en Barcelona y allí viví mis primeros años, pobre niño débil y enfermizo de quien la crueldad de los camaradas se burlaba porque la prudencia paternal lo obligaba a llevar gabán de piel, cosa extraordinaria en esa ciudad de clima templado... Este abrigo ha desempeñado un gran papel en mis sufrimientos infantiles. A los diecisiete años los médicos declararon que podía, en rigor, continuar mis estudios, a condición de rodear mi salud de muchos

cuidados y, por ejemplo, recogerme a la casa siempre antes de las seis de la tarde... Sólo que el nuevo siglo comenzaba y se presentaba rico en tentaciones y en quimeras. La época se anunciaba para mí como una fiesta y valía la pena arriesgarlo todo para no ser excluído. Así fué cómo, después de haber sufrido durante algún tiempo el régimen melancólico preconizado por los doctores, partí.

«Lo abandoné todo a la vez: ciudad, patria, cariño, familia. Me convertí en el estudiante vagabundo de las Universidades europeas, de París—París sobre todo—, de Ginebra, de Heidelberg, de Munich... Había hecho antes en Madrid estudios de derecho en el momento en que la crisis moral producida en España por la pérdida de nuestras últimas colonias, al traducirse en una especie de examen de conciencia (¡nosotros hemos tenido nuestro «après-guerre» en 1900!), denunciaba los males del aislamiento. Nuestros Gobiernos empezaron entonces a enviar al extranjero pensionados, cuya influencia en la vida intelectual española merecerá un día ser analizada, en conjunto, por nuestra historia.»

—¿Trabajó usted, sin duda, en filosofía durante estos años «de viaje» y de «aprendizaje» a la vez?

—En filosofía y en todo. Todo me atraía como todo, hoy aún, me atrae. La ciencia y las letras. El pensamiento y la vida. Las artes, todas las artes. Los oficios en sus formas más humildes y recoletas. Los paisajes y la historia. Los grandes hombres y las existencias silenciosas. Roma y el desierto. Mi curiosidad ha querido violarlo todo. He tenido temprano la intuición de que la filosofía era un orden de saber desprovisto de contenido propio y que debía encontrar su dote en cualquier parte, con la misión de transformarla, de convertirla en distancia eterna, de transformar, como tengo costumbre de decir, «la anécdota en categoría...»

Miro de nuevo al autor del *Glosari*, ese *Glosari* que cuenta ya más de veinte volúmenes y que es, como dice M. Sarrail, el profesor de Poitiers, en su prefacio a la versión francesa de *Tres horas en el Museo del Prado*, de Eugenio d'Ors, no tanto

el diario de una existencia como el de una inteligencia. De una inteligencia a la que nada permanece ajeno. «*Summa* de los tiempos nuevos» ha sido llamado el Glosari en Francia. Y en Alemania la *Allgemeine Rundschau* ha escrito: «Eugenio d'Ors, el Sócrates de la España moderna...» Pero no es en Sócrates en quien pienso ahora. Este elogio exaltado de la curiosidad universal haría pensar mejor en Goethe.

Agrego:

—Como uno de sus trabajos de psicología se titula *Estudio sobre la curiosidad*, debe usted haber comenzado a predicar con el ejemplo y entrar en la escuela de los grandes curiosos de la historia, como Leonardo y Goethe.

—Sin duda Goethe es el hombre que, por su sentido tan perfecto de la totalidad, por ese gusto de vivir en la unidad, por ese apetito de síntesis que manifiesta en las cosas más pequeñas y hasta más triviales, puede despertar fuertemente la emulación de un espíritu joven.

«En cada gran hombre un don, una cualidad, una gracia, una obra, pueden atraernos de preferencia. Podemos envidiar la serenidad de Platón, la fecundidad de Shakespeare, el estilo de Voltaire, el automóvil de nuestro vecino. Podemos desear ser los autores de la Capilla Sixtina o de tal *Minueto* lleno de inspiración y de facilidad, pero quisiéramos ser Goethe. Aquí el modelo es de tal manera rico, hasta tal punto superior, que su contemplación nos conduce casi a esa extraña blasfemia de renegar nuestra personalidad y desear cambiarla por la suya.

«Un espíritu clásico gustará siempre del acierto, no precisamente del acierto de ser feliz o, como se dice, de llegar (¡qué mezquindad!), sino del acierto por excelencia, que fué el de Goethe. Hubo otros más grande que él que no tuvieron su suerte. Testigo ese Leonardo que es el ejemplo del fracaso en la ambición de ser ángel.

«No vacilo, por lo demás, en dar a Goethe el nombre de filósofo, dejando al vocablo la plenitud de su sentido. Es preciso no olvidar la separación, muy neta, que Schopenhauer estableció con tanta agresividad entre el «filósofo» y el «profesor»

de filosofía». Las costumbres burguesas y el funcionarismo académico han terminado por producir en esta materia una confusión detestable. Se ha tratado de seccionar la actividad filosófica en uno de los tres departamentos del saber y hasta en un sector de la administración pública. Ni los casos de Platón, escultor y poeta; de Leibniz, filósofo, matemático, crítico, abogado, historiador, hombre de Estado; de Descartes, soldado y autor de *ballets*; hasta de Kant, sí, del seco y metódico Kant, profesor de geografía y autor de gramáticas, para no hablar de las personalidades inclasificables como Montaigne y Voltaire, o de aquellos a quienes se han hecho atribuciones dudosas—pienso en Bacon que, al decir de algunos, sería el autor de las piezas de Shakespeare—, han convencido a estos guardianes rigurosos de las clasificaciones hechas. Los desdichados, si gruñen contra Nietzsche, ¿cómo podrían acoger a Goethe?

«Y, sin embargo, si se rehusa a este poeta el nombre de filósofo, ¿cómo nombrar, pregunto, el conjunto de pensamientos que se ordenan, enciclopedia viva, en ese libro extraordinario: las conversaciones con Eckermann? Esta reunión tan variada se organiza inevitablemente en sistema y puede ser reducida a una sinopsis, a un encadenamiento lógico de principios al rededor de una intuición central. ¿Cómo no llamar filosofía a una doctrina que posee estos tres caracteres: originalidad de concepción, unidad orgánica del desarrollo y universalidad del objeto?

«Estoy en todo de acuerdo con su interlocutor de un día, André Suarès, que le declaraba a usted que no se había hecho justicia a Eckermann. Eckermann ha descubierto una *terra incognita* en el orden de la expresión formal en filosofía. Es un inventor al mismo título que Platón por su descubrimiento del *diálogo* y Renan por el del *drama filosófico*. Todos estos descubrimientos son episodios en la historia general del pensamiento entendido como diálogo, es decir, como verdadera *dialéctica*. (Note que estas dos palabras tienen la misma raíz, índice de un parentesco de significado.) Pero sobre este tema tendría muchas cosas que decirle, y como debería ponerle a usted mismo en la discusión...»

—... Es mejor dejar de lado esta parte de nuestra conversación. ¿No es usted de los que creen que el diálogo es una variedad del ensayo, y que en suma Platón y Renan no eran sino ensayistas?

—La moda inglesa del ensayo ha ganado el continente. Me repugna. Corresponde a un fragmentarismo que es lo más contrario que puede haber a todo pensamiento filosófico. Quiéralo o no, toda verdadera filosofía es un sistema, es decir, una organización total, una estructura, una arquitectura. Pero cierta impotencia ha esterilizado, en el plano filosófico, a los hombres cuya obra cabalga entre el siglo diecinueve y el actual.

Así es en cierto grado significativo lo que ocurre a Jorge Simmel, cuya acuidad de visión no encontraba igual sino en su radical incapacidad para construir.

«En rigor, y en otro orden de producción, esta impotencia fué también la dote de Rodin. *La Puerta del Infierno* que soñaba su ambición quedó para siempre en *panne*, a pesar de que multiplicó los trabajos fragmentarios, los esbozos. Como no había concebido su síntesis sino muy vagamente, no llegó jamás a una realización del conjunto.

«En las nuevas generaciones, por lo contrario, un cuidado constante de totalidad y de unidad las hace odiar por instinto todo lo que no tiene significado preciso en el conjunto de una obra personal. Hasta para un impresionista como Proust, ¿no se nos ha pedido esperar la publicación completa de la obra para formular un juicio sobre su valor arquitectónico?»

—Es así como la obra de usted, que avanza en direcciones tan distintas y arrastra tanto fragmento de *circunstancia*, sigue estando, sin embargo, sólidamente organizada en torno a un sistema central.

—Sí, casi desde el comienzo.

—Un sistema de tendencias intelectualistas, o mejor, neo-intelectualista...

—Justamente, en contradicción con el intuicionismo y el pragmatismo de los maestros de nuestra generación, los Bergson, los Boutroux, los Blondel, los William James... Pero, como

dice usted muy justamente, nuestro intelectualismo es y debe ser un neo-intelectualismo. Personalmente mi ambición ha sido siempre cumplir lo que llamo la reforma *kepleriana de la filosofía*. Usted sabe que Kepler, reemplazando, para la cosmografía, el esquema en *órbitas*, en círculos de los antiguos, ha acertado, al mismo tiempo, a integrar en la racionalidad cierto número de hechos que los progresos de la observación habían arrastrado a los astrónomos a comprobar, y que, hasta entonces, se debía considerar como *irracionales*, y salvó de tal manera la *explicación regular del mundo*. Encontró para esto la *elipse*, forma más complicada, más flexible, por decirlo así, que el *círculo*, curva cerrada en torno a dos centros y no a uno sólo... Pues bien, lo que falta descubrir, si me atrevo a decirlo, es la *elipse de la Razón*, la forma que esté en la misma relación con la razón del antiguo racionalismo que la elipse con el círculo... En otros términos, proceder con las adquisiciones del pragmatismo (importantes, sobre todo, en su parte negativa, de crítica de la ciencia) como un día han hecho las monarquías absolutas con las fuerzas populares revolucionarias. Hacer como el fuego. Aceptar la limitación para conservar la soberanía.

«Lo que reprocho, vea usted, a algunos espíritus excelentes como Benda*, es comprometer, por *exceso de celo*, una causa que nos sería común. ¿Cómo puede pensarse en una vuelta literal al antiguo racionalismo?...»

—Nuestros lectores se sentirían muy satisfechos si supieran cómo ha podido insertar usted mismo su sistema en este intelectualismo engrandecido.

—Temo que este resumen en algunas palabras sea una empresa que no permita la improvisación de nuestra charla... Un ensayo de este orden debe, por lo demás, encontrar según sus proyectos, su lugar oportuno en nuestras próximas reuniones. Para lo que sea una caracterización general, puede usted desde luego notar esto: partiendo, de un lado, de relaciones estrechas entre la «dialéctica» y el «diálogo», mi doctrina reúne, en el

* Se refiere a Julien Benda, autor de *La trahison des clercs*.

mismo proceso de abstracción, operando directamente sobre lo concreto, a la *filosofía* y al *dibujo*, actividades gemelas del espíritu y cuyo funcionamiento, en mi opinión, es estrictamente análogo. Colocado, en teoría, entre la pintura propiamente dicha—arte inevitablemente de imitación—y la adgoritmia—puro sistema de signos—, el dibujo realiza lo abstracto-concreto, como la filosofía, a medio camino entre la historia, cuyo objeto es lo concreto—*casi* lo concreto (Croce no tiene razón)—, y la matemática, cuyo objeto es la abstracción *casi* la abstracción (la «Logística» no es sino un sueño... ¿una pesadilla?).

«Salvo el primero de mis trabajos, *Religio est libertas* (publicado en Heidelberg, hace veinte años; traducido más tarde al italiano por el profesor Vidari), y cuyo objeto es descubrir lo que hay de no reducible a la determinación, al *dibujo*, y que concluye formulando la tesis de la afirmación de la libertad *como substancia*, no como cualidad adjetiva (por eso rehusó el derecho a hablar del *libre pensamiento*, pues no conozco otra expresión legítima que la *libertad pensante*), todo el resto de mis esfuerzos, al mismo tiempo que ligaba fuertemente los conceptos de «filosofía» y de «dibujo», ha tratado de presentarse a su vez como una construcción reducible al dibujo, al esquema, a la sinopsis. Se pueden distinguir en este trabajo de «estructuración» tres etapas: desde luego de 1908 a 1914 soy aún un «disperso», como la mayor parte de mis contemporáneos; trabajo el *trozo*. La colección de estos trozos ha sido sin embargo reunida y clasificada por dos de mis alumnos en una antología titulada *La filosofía del hombre que trabaja y que juega*. La segunda etapa, entre 1915 y 1921, prepara la sistematización, por medio de los cursos de mi seminario de filosofía de Barcelona; a partir de este momento *no hago más monografías filosóficas*... En fin, el sistema ha sido expuesto integralmente, por la primera vez, en 1921, en la Universidad de Córdoba (Argentina).

«Una primera parte, la *Dialéctica*, puede ser considerada desde luego como completa. Quedan dos más para completar el conjunto: la *Física*, o tratado de la naturaleza, y la *Poética*,

tratado del espíritu (entendiendo siempre el espíritu como creación, *poesis*). Esta última parte me ocupa todavía: la *Kulturwissenschaft*, ciencia de la cultura está considerada como uno de sus capítulos. Cuanto a la Física, he presentado una parte de ella en un curso hecho en la Academia de Ciencias de Lisboa sobre *La concepción cíclica del Universo*.

«Pero por diverso que sea el criterio de este conjunto, insisto en creer que es siempre reducible a un esquema, a un cuadro sinóptico, a un dibujo. Haría mío de buenos ganas el dicho de Lord Kelvin: «Lo que se me puede dibujar lo comprendo; lo que no se puede dibujar no lo comprendo».

«Pero no se trata sólo de comprender: es necesario vivir. Antes de abstraer y después de haber abstraído, si no se quiere anemiar la substancia filosófica a fuerza de enclaustrarla, es preciso ponerla en contacto con las realidades de todo género y aún servirse de ella como arma de combate.»

—Usted ha predicado con el ejemplo: no se puede, cuando se han revelado al público francés sus trabajos sobre Goya, en el momento en que nuestros editores publican las traducciones de sus *Tres horas en el Museo del Prado*, *El arte de Goya* y la *Vida de Goya*, en el momento en que la escuela del Louvre le ha encargado a usted un curso público sobre la escultura española, no se puede olvidar su actividad de crítico de arte. Nuestros lectores recuerdan, por lo demás, esa *Oceanografía del tedio** que renueva de manera tan imprevista el cuento filosófico. Esperamos con impaciencia la traducción de *La Bien Plantada*, de *El valle de Josafat* y de ese *Glosario* cuyo texto ha sido sucesivamente catalán y español y que cuenta una veintena de volúmenes. Hay, en fin, su actividad de profesor y de conferenciante...

—En rigor, y a pesar de una bibliografía personal que empieza a ser copiosa, no he escrito, y al mismo tiempo vivido, sino tres obras. Desde luego el *sistema* de que hemos venido hablando: es la obra de un pensamiento que encara su propia

* Traducida al francés y publicada en *Les nouvelles littéraires*, donde también ha aparecido esta entrevista.

unidad. Vienen en seguida los *Glosarios* en que el pensamiento se enfrenta con la multitud de las cosas y de los fenómenos; se puede considerar gran cantidad de los trabajos literarios, aún los que se relacionan con la estética y la crítica de arte, hasta los que tienen un carácter de invención imaginada, más o menos comparables al género de la novela o del ensayo, como otras tantas ramas que parten de ese tronco común que es el *Glosario*. En fin, queda una tercera obra que estaría constituida por los documentos de intervención en empresas de vida activa e idealismo militante.

—Todo lo que concierne al arte ha pasado al primer plano de sus preocupaciones.

—Sí, y no es acaso efecto del azar si (aparte algunas monografías técnicas y memorias filosóficas, traducidas después de muchos años) mis trabajos sobre arte han sido los primeros introducidos en Francia. Se ha prestado mucha atención a mi concepción de lo barroco y del barroquismo y a fórmulas como la que separa, en pintura, «las formas que huyen» de las que «permanecen en pie». Todo esto, en mi espíritu, constituye un capítulo de una encuesta muy amplia sobre la «morfología de la cultura», en que cada forma se estudia en una secuencia de esquemas aplicados sin distinción a productos que pertenecen a dominios muy alejados del arte, de las ciencias, de las instituciones sociales. Así, en un volumen reciente *Las ideas y las formas*, que debe aparecer hacia el comienzo del año próximo, analizo el *estilo* común al arquitecto Palladio y al naturalista Lineo, a la cúpula, como forma de arquitectura, y a la monarquía como forma política, etc.

«Una morfología de la cultura está igualmente en camino de ser formulada en los medios académicos de la Europa Central, pero está en el error de no interesarse sino en las formas primitivas y rudimentarias de los productos del espíritu, en la civilización de las pobladas salvajes y en las civilizaciones prehistóricas. Ciertamente el interés de estos estudios no me escapa: comprobar que la tiara de los emperadores orientales reproduce la forma de los cuernos del toro o que el sombrero de los

jefes de tribus está dibujado como el techado de una cabaña de aldea negra es un hecho instructivo, pero no veo por qué no habría el mismo interés en poner en relación, por ejemplo, la ornamentación «manuelina» de los edificios portugueses del Renacimiento con los elementos proporcionados por la visión de la profundidad del Océano en la época de los descubrimientos marítimos; o que la pintura de Rembrandt está compuesta de elementos distribuidos en forma de *andrajos* como el pobre material que se encuentra en los almacenes de *bric-à-brac* de un ghetto.

«Agreguemos que estas investigaciones sobre el arte y sobre la forma se encuentran, en la hora actual, singularmente facilitadas por el hecho de que parece que el público, por fin, ha aprendido de nuevo a *mirar*, a ver, a servirse de los ojos, reaccionando así contra las consecuencias de una formación abstracta, *toda de lectura*, que ha seguido a la difusión de la imprenta... Se lee hoy *menos bien* acaso que hace cien años. Pero se sabe *mirar* mejor... La multitud de exposiciones de pintura, grandes o pequeñas, el cinema, los escaparates, las informaciones fotográficas, las colecciones y museos de todo orden... *La civilización de mañana será, estoy persuadido de ello, una civilización visual.*»

—Pero la parte literaria de su producción no se limita a trabajos sobre el arte. Acaba usted de decirme que hasta sus cuentos y novelas forman, en ese orden de ideas, ramas que parten del tronco del *Glosario*. En fin, ese *Glosario* está también inspirado en espíritu filosófico.

—Usted sabe que es el *Diccionario filosófico portátil* de Voltaire el que se considera como precedente formal del género. Posiblemente piense usted en las *Conversaciones (Propos)* de Alain: habría mucho que decir a este respecto. Por lo que toca a la inspiración fundamental de la empresa, puedo resumirla en estas palabras: he colocado la obra del *Glosario* bajo el patrocinio de San Cristóbal.

«En las antiguas corporaciones, el trabajo estaba siempre colocado bajo la protección de un Santo. He escogido a San

Cristóbal como patrón del *Glosario* porque San Cristóbal era para sus fieles de la Edad Media uno de los catorce santos cuya devoción tenía una eficacia particular. Defendía contra la «mala muerte», es decir, la muerte por accidente; por esta razón ha sido hecho patrón de los automovilistas. Como tampoco en esa época las gentes tenían tiempo para recogerse, los decoradores de las iglesias tuvieron cuidado de ubicar la imagen del Santo en forma tal que pudiera ser advertida desde afuera y la hicieron grande para que fuese vista de lejos y sin esfuerzo.

«Ahora bien, si esa venia rápida, en medio de la agitación cotidiana, bastaba para defender en una jornada la integridad corporal, debemos dar a todo ser humano el medio, en la alocada dispersión de la vida moderna, de tener un contacto diario, aunque sea muy rápido, con las ideas capaces de santificar una jornada gastada en trajines y cuidados materiales. El tesoro de la vida del Espíritu no debe permanecer encerrado en las Escuelas. Por el diario, por la conferencia, por estampas y afiches en los muros, el Espíritu debe llegar a las multitudes y darles nobleza y dignidad.»

La larga y decisiva campaña de *política de luces* cumplida por Eugenio d'Ors en España, sobre todo en su Cataluña natal, me viene a la memoria cuando habla de esta necesidad de darse, de «ser útil», de «comulgar con el alma popular». Director de Instrucción Pública a los treinta años, a la vuelta de sus viajes de estudio por el extranjero, ha empleado quince años de su vida en fundaciones de cultura. El período de 1910 a 1920 en Barcelona, fué en este sentido especialmente fecundo. «En esa época—me ha confiado—cada quincena estaba señalada ya por la fundación de una escuela, de un instituto de altos estudios, de una biblioteca, ya por la publicación de un libro o de una revista». El esfuerzo debió cesar, vencido en parte, en 1920. «No lamento sin embargo—agrega d'Ors—haberle dado mi juventud. Fueron esos muy bellos días.»

—En 1921 hice un viaje de cursos y conferencias a la Argentina y al Uruguay, en el que el sistema fué desarrollado por primera vez. Después, la Residencia de Estudiantes de Madrid,

la enseñanza de la «Ciencia de la Cultura», la Academia en 1927... Y aún nuevas tentativas de *Aufklärung*, de difusión de las luces.

«Hay algo misterioso en el destino que me conduce de tiempo en tiempo a renovar una especie de antigua alianza con los pobres de la tierra. Permítame, a propósito, evocar un recuerdo de infancia que no me ha abandonado a través de los años y que en las circunstancias decisivas de mi existencia no he necesitado resucitar, de tal modo ha conservado el carácter de una obsesión.

«Hacia el fin del siglo diecinueve las luchas obreras fueron particularmente activas en esa ciudad industrial que es Barcelona. Se celebraba mucho el primero de Mayo. Estas manifestaciones, por lo demás, se desarrollaban a menudo en el paseo elegante en que los niños ricos estaban acompañados de familiares suyos o de institutrices. Pues bien, un día me sucedió perderme en medio de esta multitud, pobre niño abandonado por la mano que me conducía. Me encontré entonces solo por la primera vez en mi vida, solo en medio de todo un pueblo de manifestantes, con las manos enguantadas, con mi famoso gabán forrado en piel, por el cual sentía tanta vergüenza... Pero la corriente de la manifestación que pasaba me incorporó en seguida a sus olas tumultuosas. Y fué así como he pedido, sin sospecharlo y lloriqueando, la jornada de ocho horas.

«Una mujer manifestante se burló de mí y, era fatal, de mi gabán. Otra rió muy fuerte al oír a la primera. Pero una tercera, una obrera de fábrica—veo aún sus cabellos rojos a lo Luisa Michel—viéndome llorar se acercó a mí, me acarició, hizo callar a las desvergonzadas y me dió la mano. Más adelante, me entregó al primer guardián que encontró en su camino. Pero no importa: yo había sido durante algunos minutos, uno de los manifestantes, un manifestante del primero de Mayo.

«El contacto de esa mano recia en la mía demasiado tierna, lo he seguido sintiendo toda mi vida. Lo siento todavía. Fué una especie de pacto tácito, una alianza sellada para siempre.

«Y es por eso quizá que, filósofo encerrado en las especu

laciones más abstractas, esteta enamorado de los juegos formales más raros, escritor oscuro, se dice, amigo de los medios más cerrados y de las sociedades más exquisitas, no he podido, a pesar de todo, enclaustrarme en la famosa torre de marfil de los *dilettanti* egoístas, y una impulsión casi constitucional me ha empujado siempre a querer *servir bien*, a tratar de hacerme útil, aún en las formas más modestas.»

—¿Las obras de vulgarización no le han disgustado a usted?

—Rehusó en general a dar ese nombre a páginas que se relacionan más bien con un orden de conocimientos dialécticos, traducidos en formas rígidas y vivas, que no traicionan sin embargo la complejidad o la dificultad de los problemas. Muy al contrario, puede pensarse que hay aquí una actividad pura en la busca del saber por el hombre. Recuerde usted cómo según la Escolástica (y aún según Aristóteles) la jerarquía de las inteligencias coloca más alto a los que llegan a conocer por los actos más simples y menos numerosos, las de los ángeles, por ejemplo, y, en forma suprema, la de Dios. No estaría lejos yo de reclamar el título de «conocimiento angélico» como aplicable a esas formas de operación intelectual en que una amplia impiedad podría persistir en ver sólo una «vulgarización». Sócrates, que manifestaba su saber en los mercados y en formas alegres, haría figura de ángel al lado de la enseñanza pedantesca de los sofistas de su tiempo y algunas obras de gran alcance, a despecho de las formas más sociables y de mejor compañía, reproducen este mismo carácter angélico... Pienso sobre todo en algunos productos esencialmente franceses: el *Discurso sobre el Método*, por ejemplo, o algunas *Memorias* de Lavoisier.

—Se ha señalado que, desde cierto tiempo, usted emplea con predilección las palabras «ángel», «angélico». En una *Carta abierta* a nuestro amigo Valery Larbaud, que *Le Roseau d'Or* ha publicado, usted mismo hace alusión a algunos estudios que se relacionarían con este orden, muy misterioso, del saber.

—Baste por el momento que le diga que a las cualidades profesionales, muy diferentes, que se me han podido atribuir

hasta hoy, podría acaso agregarse otra: la de «teólogo». Y he aquí, al menos, un puesto que puede ligarme a las tradiciones nacionales. La profesión de teólogo sigue siendo a los ojos del mundo una cosa de color bien español, ¿no es cierto?

«En todo caso puedo responderle que, cualquiera que sea la orientación que tienen esos estudios, sigo demasiado fuertemente anclado en la tradición científica occidental, en la actitud de vida del «laicismo secular y mundano», para hacerme profeta. Un profeta es un hombre que tiene una larga barba y no he oído hablar jamás de un profeta que supiera nadar.»

Al decir estas palabras el filósofo se sume y reaparece en seguida algunos metros más lejos, agitando el agua con una mano vigorosa.

La poesía de Genaro Estrada

HACE poco asumió el mando de la República Mexicana el señor Portes Gil. Entre sus Ministros figura don Genaro Estrada. El señor Estrada ha entrado a ocupar la cartera de Relaciones Exteriores. Su nombre no es desconocido en la literatura americana. Genaro Estrada, en efecto, es poeta. Precisamente por estos mismos días ha llegado a Chile un libro suyo, titulado *Crucero*. Es un libro de poemas. En él se alínean unas pocas producciones de valor indiscutible.

La carrera administrativa del señor Estrada no es corta. El *Indice de escritores* que han publicado recientemente en México doña Esperanza Velázquez Bringas y don Rafael Heliodoro Valle nos proporciona informaciones sobre ella. Estrada—vemos allí—cuenta cuarenta y un años y ha sido periodista, profesor y comerciante antes que funcionario. Desde 1921 frecuenta los negocios exteriores de su patria. Del Ministerio respectivo ha sido Sub-secretario antes de pasar a Ministro. Su labor literaria cuenta varias etapas. Sus *Poetas nuevos de México* (1916) y sus otros libros señalan desde luego sus predilecciones. La poesía en primer término; en segundo, la erudición... Su labor al frente del Archivo Histórico Diplomático Mexicano está realizada en cerca de treinta volúmenes, ya puramente documentales, ya históricos, ya polémicos. Sus *Monografías Bibliográficas Mexicanas*, en fin, son un buen aporte para el conocimiento de los tesoros literarios de México. No se detienen allí tampoco, pues entre sus títulos figuran el petróleo y diversas regiones

dignas de estudio por su importancia en el desarrollo del país. En suma, nos hallamos frente a una colección muy amplia y realizada con buen método. Y a través de ella sabemos que Estrada es un trabajador entusiasta.

Y frente a un curioso de muchas cosas literarias, podría decirnos Paul Morand. En efecto, el autor de *Lewis et Irène* visitó a Estrada en su despacho de Subsecretario de Relaciones y comprobó que las más nuevas ediciones francesas de libros raros, y de los escritores más exquisitos precisamente, se aposentaban junto a los expedientes y portafolios del trabajo oficial. Morand se encontró con un funcionario inteligente y alerta, que podía seguir de cerca su conversación y entender en ella los matices personales y las alusiones literarias. Sorprendido, el escritor francés contó el hecho en una de sus páginas inimitables.

Pero por cuantioso que sea el bagaje de la actividad erudita de Estrada, hoy nos interesará en él sólo la poesía. Su volumen *Crucero* incita a la lectura. Su esmerada presentación, su buen papel, los bellos grabados de Maroto, atraen. Estrada no es un poeta fácil. Hace poco señalaba Ortega y Gasset en una de sus conferencias de Santiago cuál era el verdadero sentido de la selección. «Los selectos—decía—son los que se exigen mucho.» ¿Nada más? Sí: los selectos son también los capaces de mucho. De muy alta calidad estética, si su obra es artística; de intenso ritmo vital, si su camino es de acción. Pues bien, Estrada ocupa un sitio entre los selectos porque se exige mucho y realiza no menos.

En la crítica literaria española, que está por hacer, hay particularmente un tema inviolado. Es el trabajo de señalar la línea de continuidad que presenta, por lo menos en la poesía, el amaneramiento. Que no provoque esta palabra gestos pudibundos. El amaneramiento es un especial matiz de la sensibilidad literaria de España. No podría renunciar a él sin negarse a sí misma. Hay en la poesía española una voluntad flagrante de amaneramiento. La vemos tan clara en Juan de Mena como en Góngora. (La frivolidad literaria quiere olvidar a Juan de Mena,

pero llegará sazón en que tras siete días de enérgicos trompetazos se cuarteen los muros en que se alberga la Jericó de su poesía.) El amaneramiento sufre en España súbitas inmersiones bajo la superficie. Por momentos más o menos dilatados el genio español siente vergüenza de entregarse a su más caro deporte y pretende escribir como todo el mundo. Y «todo el mundo» entonces escribe como Francia.

El amaneramiento, sin embargo, vence y vuela a cobijarse en la selva tropical. Ya no es un español el que recuerda a España que el destino de su poesía nació bajo el signo del amaneramiento. Es un americano, y un americano que se jacta de tener algo de indio. Es Rubén Darío.

Con Rubén Darío un nuevo amaneramiento (¿el mismo?) nace. ¿Es necesario describirlo? Lo hemos recitado de coro durante quince, veinte, treinta años. Tanto lo hemos recitado, que lo vamos ya olvidando. Es injusto. El poeta que dijo:

El olímpico cisne de nieve,
con el ágata rosa del pico,
lustra el ala eucarística y leve
qua abre al sol como un casto abanico,

no puede ser olvidado en la topografía del amaneramiento español. Posiblemente atravesemos hoy un período en que el amaneramiento nos avergüenza. Ya vendrá, ya vendrá el desquite en un futuro triunfo de nuevos barroquismos.

¿No anuncian este triunfo algunos de los versos que escriben poetas de novísima estampa? Desde hace pocos años se habla, no sólo ni preferentemente en España (preciso es confesarlo), de los dones de la dificultad. El arte pierde paletismo, sin duda, pero gana obstáculos. ¿Quién improvisa hoy? El poeta es un hombre a quien se le dan los materiales más heterogéneos: palabras sonoras e imágenes más o menos precisas, impresiones y sensaciones de la realidad externa e interna..., y de quien se pide un producto de rara homogeneidad. ¿Ha oído hablar el lector de Paul Valéry y de su frase de cristal de roca? Pues

bien, la poesía de hoy tiende a la frase de cristal de roca. Y esto no es fácil.

Ahora, leer a Estrada no es tampoco fácil. Hay visible en él una voluntad de amaneramiento. Nace acaso con él una nueva retórica, de que hay indicios en muchos de sus contemporáneos. Una retórica en la cual, como en la de Góngora, las imágenes se encadenan unas a otras. Existe en su estilo, pues, el afán, tan sincero en todo estilo de verdadero poeta, de evitar la presencia cruda de las realidades. En *Mañana doméstica* el buen hallazgo nos detiene:

Ha llegado a la casa
la aburrida visita del sol.
Ahora, como hay lluvia,
trae su gabardina gris
y se está limpiando los zapatos
en el tapete velludo de los cerros.

.....
El ruido de los botes de la leche
renueva églogas entre la ciudad.

.....
Los automóviles en untuoso tránsito
sellan con su geometría la calzada
y turban a los Ulises sin blanca
con el canto ronco de sus sirenas.

.....
Han dado ya las ocho
y el pasto en los jardines se rasura
entre el frescor de la manguera
y la Gillette con ruedas y mancera.

.....
La aplanadora el pavimento aplanada.
Oficialmente empieza la mañana.

Aquí vemos al poeta en un primer momento de su estilo. Junto a la sensación directa nos da el producto de su imaginación: la metáfora. Las que el lector ha repasado son de variada condición pero están igualadas por innegable acierto. Acaso las reduzca la mezcla de la expresión metafórica a la directa. Así vemos, por ejemplo, cómo el poeta, al parecer arrepentido

de haber nombrado por su propio nombre al pasto, lo haga enseguida rasurarse «entre el frescor de la manguera—y la Gillette con ruedas y mancera». La sensación de esta poesía no es todavía la que nos dará luego el autor en *Lamento*. Conózcala íntegramente el lector:

Gota que no cae la estrella
que quieren sorber mis ojos
tan mojados de su luz;
esperanza dilatada,
tan cerca de mi cabeza,
donde no alcanza la mano
que le alarga la romanza.
¡Ay, y cómo te alcanzara,
sortija de mi esperanza,
gota que no caes, brillante
vidrio que te estás tan alto!

El poeta se mueve aquí en plena alquimia metafórica y con la delicada sustancia de esa forma hace esta singular poesía. Hay unas palabras extraordinarias de Valéry, a quien siempre habrá que citar cuando se hable de esta ralea de poesía. Para Valéry debe ser el verso «una vacilación extrañamente prolongada entre el sonido y el sentido» *. Para Estrada, en *Lamento* y en otros poemas, también.

En suma, nos hallamos ante una poesía de alta presión intelectual. Una poesía poco o nada afectiva, casi nada sentimental. Una poesía de dominio difícil pero de exquisito dominio. Quisiera transcribir aquí esos poemas que se llaman *De prisa* («Apresuradamente» —te diré mi cuita;—apresuradamente:—no tengo tiempo»), *Vigilia* y *Velada*, de tan alta calidad estética, para que el lector goce de deslumbramiento parejo al que he experimentado yo. No es posible. Debo dejar espacio para comentar, siquiera de paso, el poema *Crucero* que da título al volumen. Nunca más acertadamente que en este caso la memoria evoca el nombre de Góngora. La frase gongorina, torcida

* Según Henri Hoppenot en su estudio *Paul Claudel, Marcel Proust y Paul Valéry*, publicado en el núm. 10 del I año de ATENEA (Diciembre de 1924).

en violentas inversiones, hecha a la vez de majestad latina y gracia andaluza, tan difícil de penetrar al primer intento, tiene como norte escapar a la usual nominación de las cosas. ¿Cuántas expresiones de insustituible vigor nacieron de esta angustiosa persecución de lo inaudito? En esa faena Góngora conquistó fama de vacío y de ininteligible. Léanse hoy, en cambio, las páginas que a las *Soledades* ha dedicado Dámaso Alonso.

No: la oscuridad de las *Soledades* es una idea que sólo ha podido abrirse paso dentro del estrecho y sórdido ámbito de rutina en que da vueltas a la noria la crítica literaria oficial de España. Esta crítica ha sido tan desgraciada que ha ido a elegir el calificativo que peor convenía a la poesía de Góngora: oscura. No oscuridad: sí dificultad. Pero, tras esas dificultades, la más rutilante iluminación, el más intenso, el más nutrido acopio de temas de belleza.

Las metáforas, pues, tienen sentido, y tras las alegorías se esconde un secreto poético. Es el caso de Estrada. He aquí la primera estrofa de *Crucero*:

Nunca presente, más tan cerca acaso,
que apenas presentida ya es presencia,
y el sólo imaginar borra la ausencia
y marca, vivo en desear, el paso.

¿No se ve aquí a la voluntad indecisa luchar entre dos atracciones y desear, sólo desear, sin deshacer la antinomia? Más adelante nos dirá el poeta:

Así entre no querer y estar queriendo,
vacilación que no decide nada,
al caer de la tarde es alborada
y al alba noche que se está muriendo.

Pero su estilo será más claro todavía, sin dejar por eso de ser poético, en otro fragmento;

Afirmación que en negativa espera
no alcanza a definir fórmula cierta;
la intimida la puerta por abierta
y salta, por vedada, la barrera.

Donde ya llegamos a la cabal inteligencia de este trozo, en que la duda y la vacilación se hacen carne de poesía. Impresión que corrobora la estrofa final:

¡Ay, estéril urdir del pensamiento,
anuncio de esperanza sin fortuna,
fugacidad untada de la luna
que el cielo prende y arrebató el viento!

Este poema define la poesía de Estrada en su segundo momento. Es decir, en su estilo puramente metafórico. El poeta no hace aquí concesiones al sentido trivial de su lector. Se mueve en un terreno de dimensiones virtuales en que todo está sólo aludido y frecuentemente disfrazado tras la metáfora. Lo curioso de este segundo momento o estilo es que el poeta no persigue ya en él la brillantez de imágenes que era su norte, o uno de sus nortes, en el primer momento. Su poesía es ya poesía de conceptos, de palabras puras. ¿Es por eso menos poesía? No nos apresuremos a decretarlo. Muchos años de naturalismo literario nos han hecho ver valor artístico en lo que no parece propiamente estético. En el sentimiento, en la emoción comunicable. Vivimos en edad de pocos sentimientos y de sentimientos de sobria expresión. Sobre todo los sentimientos han abandonado el campo de la literatura. ¿No ha llegado André Gide a proclamar: «avec de beaux sentiments on fait des mauvais livres»? Y en la aparente paradoja advierte el sentido de nuestro tiempo una expresión profunda de verdad.

Esto, que puede parecer exacto en otros géneros literarios, seguramente no lo parecerá tanto en la poesía. Sin embargo, la poesía se ha racionalizado velozmente, a nuestra vista, en pocos años. Bien pocos hace todavía soportábamos, sin muchas protestas íntimas, la exageración del romántico y su gemido

animal. ¡Cómo nos avergüenza hoy esa complacencia! La poesía se eleva a medida que deja su lastre humano, como un liviano aerostato que se aligera de su arena.

En esta empresa de libertar a la poesía de lo humano, cabe a Estrada una participación importante. Su *Crucero* es un bello, un noble esfuerzo. Que las tareas administrativas no roben el poeta a la literatura es lo que deseamos sus admiradores.

“Le voyage à Moscou” de Georges Duhamel

Hace años, bastantes años, estas tres iniciales que forman tan bien una palabra, «Lac», figuraron mucho en la prensa nacional. Estaban reclusas en una quebrada de un cerro, en silencio, pero no en reposo; porque nada sucedía de importancia que dejara de reflejarse en ese lago y no pasaba ningún vientecillo sin agitarle la superficie o removerlo, a veces, hasta el fondo.

Ahora, por especial concesión, vuelven al comentario de la actualidad con este juicio acerca de un libro escrito por Georges Duhamel sobre Rusia, un juicio personalísimo y lleno de interés en su punto de vista.

Estamos seguros de que los buenos lectores sabrán agradecerse y agradecernoslo.

M. Duhamel fué a Rusia y nos cuenta sus impresiones. M. Duhamel es doctor en medicina y novelista, autor de algunas obras dramáticas, de poesías y estudios críticos.

Antes de partir nos advierte que para un hombre que sienta algún interés por el hombre, un viaje a Rusia es, ante todo, una ocasión excepcional de meditar con provecho sobre las experiencias sociales, de cultivar su opinión sobre la conducta y el porvenir de la especie» (pág. 9)... ¡Ah! ¡Ah!... He ahí grandes frases, después de las cuales conviene colocar un tosido de importancia: ¡He hem...!

M. Duhamel nos dice que fueron invitados él y su amigo Durtain por todo el mundo intelectual de Moscú, sin distinción de colores ni de opiniones y, con una ingenuidad interesantísima, nos agrega que cree incapaces a los rusos de engañarles y de preparar el escenario de modo que no pudieran ver en Moscou sino lo que se les quería mostrar (pág. 15). Tal vez M. Duhamel no ha leído el sugerente librito de Sokoloff: *Le voyage de Cachin et de Frossard à la Russie des Soviets*. Después de estas petulancias infantiles y pedanterías literarias no puede sorprendernos que a M. Duhamel le carguen las matemáticas, la estadística y las cantidades, que no comprenda que se vaya a Rusia a averiguar sobre las consecuencias *numéricas* del régimen bolchevista; eso es, para él, cosa inútil e impropia de un gran observador.

Me siento realmente incapaz de servirme de esas computaciones esterilizantes. Pero mirar a un hombre en la cara, apretarle la mano en silencio, sorprender el despertar de su sonrisa, vigilar la pequeña arruga que, a veces, se ahonda en la comisura de los labios, he ahí lo que me interesa, ese es mi placer, mi cosecha» (pág. 18).* «Solo, con mis pensamientos madurados, pulidos, sin descanso corregidos por los viajes, por la frecuentación de múltiples sociedades humanas, por la soledad, por las decepciones, por el trabajo» (pág. 19).

Con estas tonterías literarias quedamos enterados que M. Duhamel, como tantos otros literatos metidos a sociólogos, como Wells, Barbusse, Rolland, France, etc., etc., no quiere saber nada de estadísticas ni de números; le basta su intuición, su clarividencia para apreciar la importancia de los fenó-

* M. Barbusse, por su lado, en *Les Bourreaux* dice, refiriéndose a los reos de Talar-Bunar, en Rumania: «Acabo de ver el apretado rebaño de los acusados; he visto sus fisonomías bondadosas y apacibles, su aire candoroso y desgraciado. Uno de ellos lleva anteojos; es, tal vez, uno de los profesores. Los demás son aldeanos acomodados, que parecen atemorizados y fuera de su centro y que no tienen traza ni aspecto de conspiradores» (pág. 288). M. Barbusse, otro novelista metido a sociólogo, juzga, pues, la inocencia o la culpabilidad de los acusados por su aspecto. Con razón dice Ariceano (*Aux frontières du bolchevisme*, pág. 89): «Todos los que cometen infracciones tienen el aspecto descrito por Mr. Barbusse. Los instigadores y los revolucionarios, en cuya fisonomía esperaba (M. Barbusse) ver el valor de la responsabilidad y el orgullo de la convicción revolucionaria, una vez apresados, adoptan los modos y el aspecto que ha visto M. Barbusse».

menos sociales. Que de esta suerte el juicio que M. Duhamel emita sobre el régimen bolchevista pueda ser informado por un prejuicio, es cosa que no le pasa por la mente; ¡qué esperanza! Tiene una seguridad ciega en el poder informativo de la *soledad* de sus propios *pensamientos madurados* en los *apretos de mano silenciosos*, en la *sonrisa furtiva*, en la *arruga sorprendida* por él, vigilante observador.

El viaje de M. Duhamel se redujo a ver Moscú, Leningrado y uno que otro pueblecito, en fugaces y agradables excursiones; pero por los antecedentes que acaban de leerse, se comprenderá fácilmente que el viaje de M. Duhamel no nos enseñará nada de nuevo. ¿Qué puede importarnos que vaya a Rusia a apretar manos en silencio, a observar arrugas, a destapar sonrisas y, apoyado en tales documentos, vuelva a París a contarnos lo que sus pensamientos, madurados en la soledad, iluminados por el trabajo y por las decepciones, han cosechado? Todo esto se parecerá más a una *novela* que a un *estudio útil* y es, precisamente, a esto a lo que viene a quedar reducido todo el libro de M. Duhamel. Su pensamiento, disciplinado por la *experiencia de los viajes*, por la *frecuentación de múltiples sociedades humanas* y por otras charlatanerías de la misma naturaleza, llegó a Rusia inclinado a encontrarlo todo, si no bueno, disculpable y prometedor. El afán de originalidad que martiriza a los literatos, impulsó a M. Duhamel a no ingresar al coro de los críticos del régimen bolchevista. Convenía más a su índole campear por su cuenta y, ya que no era cuerdo ni sano constituirse en defensor de un régimen combatido por el razonamiento y la experiencia, idear excepciones, imaginar atenuantes, disertar sobre sublimidades sociológicas y profundidades proféticas y así hacer vibrar una nota original de elevada tonalidad filosófica. De esta suerte, el literato acentuaba su personalidad independiente y característica. Este noble afán de individualizarse, de aristocratizarse, es una tendencia simpática y de inmenso valor social; pero conviene no servirla propagando sandeces perjudiciales o doctrinas peligrosas.

* * *

Vamos al caso. En la página 206 dice M. Duhamel:

El aborto legal (sic) guarda, aun en los escritos de los propagandistas revolucionarios, algo de terrible y de agresivo que me ha sido siempre antipático. Sin embargo, el hecho de encargar únicamente a los practicantes aceptados el cuidado de aconsejar (*) y de disuadir primeramente a las mujeres o de operarlas correctamente, en seguida, si ellas persisten en su propósito, parece que no ha dado tan malos resultados. No se podría decir que este método extraño haya, en Rusia, perjudicado a la moralidad pública ni siquiera debilitado la sorprendente vitalidad de esta nación que aumenta, ¡cifra prodigiosa!, en tres millones al año, si se cree lo que dicen los datos demográficos. Es posible que esta práctica (la del aborto legal) destierre de la vida cotidiana una de las más dolorosas mentiras y una de las más vulgares tragedias.

¿Qué tal? Para el novelista Duhamel, las vergüenzas sexuales de la vida cotidiana pueden ser corregidas creando el aborto legalizado. ¡Podría aplicarse esta doctrina a todas las porquerías de la vida individual y social, y tendríamos una tesis digna de ser tratada por estos literatos modernistas que, con más o menos empaque, presumen de sociólogos reformadores!

* * *

Hablando de la expropiación brutal, y sin compensaciones, de las grandes propiedades y, especialmente, de la mansión feudal de los Trubetskoy, dice Duhamel (pág. 54):

No acepto sin discusión tal sistema de expropiación por lo que encierra de violencia arbitraria; pero, al mirar ese castillo espléndido y las pobres chozas de madera de las cuales surgió toda esa riqueza (¡la matraca!) no considero, en este caso, injusto el procedimiento y lo acepto con toda mi alma y con toda mi conciencia. Por otra parte los franceses, tan orgullosos con su revolución, no pueden olvidarse que uno de sus actos esenciales fué la nacionalización de las grandes propiedades. Lo que me subleva es la destrucción, no la distribución

(*) Soy yo quien subraya.

*razonable** de los inmensos bienes con los cuales no sabe qué hacer un solo hombre. Que se tomen esas riquezas y que se las reparta, puede ser *legitimado*; pero que no se queme nada, que no se rompa nada, que los árboles y las flores continúen creciendo en paz, que las estatuas queden en pie, que cada objeto sea respetado, cuidado, que llene su destino.

Pero M. Duhamel no se preocupa de que el señor Trubetzkoj sea cuidado, respetado, en su calidad de propietario, que quede en pie, llene su destino. El heredero de una familia que ha sabido crear, cuidar, aumentar sus haberes, no tiene ningún derecho, es un explotador de los que formaron esa riqueza y que viven en las pobres chozas que rodean el palacio. Su destino, según la sociología demagógica de M. Duhamel es ser saqueado y sus riquezas distribuidas según la doctrina marxista de que sólo el trabajo crea la riqueza, el trabajo muscular, el trabajo igualitario, el esfuerzo primitivo del músculo que suda, según la economía proletaria, en la cual el capital, producto del ahorro, del sacrificio, de la habilidad, de la inteligencia que inventa, organiza, crea o dirige, esto es, el producto de todas las categorías nobles de la humanidad, nada vale, y debe ser batido sin tregua porque es un germen de desigualdades. ¡Es para irse de espaldas!

Así, de acuerdo con M. Duhamel, se le daría una estatua al jornalero Juan Boroff, y que la cuide; a Pedro Sureff un camellón de camelias, y que las riegue; a Carlos Petroff un cuadro de Corot, o un caballo, o un potrero; a la Natacha una batería de cocina, etc, etc. ¡La chuña *razonable* y *legitimada*!

Sin embargo, el mismo M. Duhamel (pág. 56) declara:

La propiedad no es una cosa que podría abolirse.

Tal vez; pero ¿podrá repartirse? Por lo menos, se entiende que, para M. Duhamel, es *razonable* que se *legitime* un saqueo amistoso y una distribución caritativa con la condición que se

* Soy yo quien subraya.

garantice el cuidado de las obras de arte y de los árboles y de las flores. ¡Parece bromal!

En otra parte (pág. 57) dice M. Duhamel, en un arrobamiento seráfico, al hablar de Uskoié y de sus magníficos cuadros, de los cuales se incautó el gobierno maximalista:

Si los antiguos propietarios de Uskoié volvieran a ver su propiedad, creo que encontrarían intactos en la casa, en orden, muchos recuerdos de su pasado. Los muebles y los parquet brillan, los bronce también. Las pinturas murales parecen frescas, cosa rara en Rusia, etc., etc.

En realidad, esos propietarios saqueados no tendrían ningún derecho a quejarse. Se les ha echado de su casa a empellones; pero como los bronce brillan y las pinturas murales parecen frescas, serían unos impertinentes si protestaran.

El Barón sueco de *La vie parisienne*, cuya mujercita fué festejada, zarandeada y aprovechada por la banda de futrecitos elegantes de París, no tuvo tampoco por qué quejarse, y así se vió obligado a declarar, a su pesar, ante los argumentos tan estrambóticos y especiosos, como los de M. Duhamel, que, con todo desplante, le hacía la banda de galantes. Es lo que vulgarmente se llama tomadura de pelo. Todo esto es cómico, ¡cruelmente cómico!

Pero donde el candor literario de M. Duhamel es verdaderamente admirable es en sus críticas paternales y bondadosas a la censura de la prensa y, sobre todo a la institución del lavatorio común de los sabios en el hotel de Isekubú. A la declaración de la viejita que con la indispensable *sonrisa entristecida*, le sopla al oído:

Nos amábamos tanto en tiempos pasados, cuando no estábamos, como hoy, amontonados los unos sobre los otros (pág. 36).

M. Duhamel agrega:

El hotel del Isekubú me agrada, lo repito. Es apacible hasta la melancolía. La atmósfera moral se encuentra allí como saturada de inteligencia (pág 39 y 40). Y, sin embargo, en la página 43 dice: «El mundo intelectual ruso, en la

víspera de la guerra sentía, en conjunto, por el pueblo miserable, una profunda compasión mezclada de ternura. Esta ternura ha sido sometida (con la revolución bolchevista) a la prueba más desmoralizante, y la *Intelligentzia* ha descubierto con profunda amargura el malentendido que reinará siempre entre la clase cultivada, aún cuando sea bondadosa, y las muchedumbres incultas y desgraciadas.

La *apacibilidad melancólica* que transpira el lavalorio común de la casa de los sabios de Isekubú, la *atmósfera moral* *

* Sobre la moralidad del régimen soviético hay mucho que observar. Stefanoff, uno de los jefes que dirigen la campaña antirreligiosa dice: «Nuestro propósito no es hacer una reforma, sino destruir toda especie de religión y toda especie de moral» (citado por Ariceano *En las fronteras del bolchevismo*).

En consonancia con este propósito, pasan en Rusia, en el paraíso bolchevique, cosas tan sabrosas como éstas:

«Los bolcheviques, que no sienten sino un profundo desprecio por el recato burgués (han organizado una liga contra el pudor), poseen, sin embargo, una noción muy clara de la decencia soviética. Tanto los hombres como las mujeres, no trepidan en bañarse juntos, sin cubrirse por nada; pero, en cambio, se ocultan tímidamente para desnudarse. Yo he visto, tendidos sobre la arena, a hombres completamente desnudos, contemplando los juegos a que se entregan entre sí mujeres también desnudas y que experimentaban ante este espectáculo un placer extremado y, me atrevo a decirlo: *extremadamente visible*. Ví por mis propios ojos, a una Eva cincuentenaria y obesa, de pie en la playa, ocupada, sin ningún pudor, en conversar con todos los amigos que encontraba al mismo tiempo que acariciaba a una niña y a un niño, que miraban sorprendidos y con curiosidad los senos de la robusta matrona». (London «Elle a dix ans la Russie rouge, pág. 25). «Hace quince días visité una de esas escuelas al aire libre, que se encontraba situada en un bonito bosque en los alrededores de Moscú. Era una de esas numerosas clases mixtas en las cuales ninguna preocupación de pudor entorpece las exigencias de la curación por el oxígeno. Allí niños y niñas no tienen casi nada que ocultarse; así lo exigen las leyes bolcheviques sobre la cultura física. Se comprende, inmediatamente, que lo que constituye la base de la enseñanza escolar de los soviets es el desprecio por los convencionalismos burgueses... ¿La escuela mixta? Es su orgullo. La promiscuidad de sexos no envuelve, según el maximalismo ningún peligro» (Id. pág. 203-206). Un joven profesor, de rubia melena ondeada, habló de esta suerte a London: «El pudor y el impudor son palabras desprovistas de sentido, a lo menos en Rusia. Nosotros acostumbramos a nuestros niños a hacer abstracción de su individualidad y, sobre todo, a pensar en el papel social que les corresponde desempeñar en la comunidad. Poseen plena conciencia de su misión de ciudadanos y de ciudadanas. En realidad, nuestros niños poseen una conciencia tan completa de su función dentro del Estado, que sus instintos sexuales se encuentran refrenados. Ud. debe conocer a Freud, el gran filósofo vienés y su teoría de la psico-análisis y del *retroceso*.—Sí le conozco, ¿y qué?—Pues bien, Freud sostiene que el instinto sexual puede hacerse retroceder, o, mejor dicho, puede ser *sublimado* por el instinto social, cuando éste ha adquirido un desarrollo suficiente» (Id. pág. 206). Y Geo London agrega: «Un simple repórter no puede contradecir a Freud; pero se le permitirá declarar que los mismos bolcheviques reconocen que muy a menudo las colegialitas rusas, dan a luz

saturada de inteligencia, ¿no se encuentra, acaso, perturbada en el cacumen de M. Duhamel con la constatación del hecho eterno de que la vida social es una lucha de emulaciones, de que las clases hoy separadas por la cultura, por la educación, por las costumbres, por aspiraciones e ideales y, hasta por sus hábitos de decencia * en el vivir y en el pensar, más que por la fortuna o por los apellidos, es una realidad tiránica contra la cual nada podrán todas las propagandas o revoluciones del mundo? La revolución bolchevique que con su confianza estúpida en el poder reconstructor de las masas ** abrió las puertas de las cárceles, estableció los soviets de las aldeas y de los campos sobre la base de los pordioseros (misereux) y vagabundos, que entregó las fábricas a los obreros, el ejército a los soldados, los campos a los jornaleros, que rebajó todos los valores sociales a la menor medida, que destruyó las categorías de todo orden, etc., etc., ¿puede cantar la victoria de haber terminado, razonable y fundamentalmente con los antagonismos que son la base y la condición de toda vida social?

* * *

M. Duhamel se extiende deliciosamente sobre lo poco que ha podido, o que ha creído, encontrar de ordenado y de atractivo en el régimen maximalista, pero guarda el más discreto silencio sobre las crueldades de la Cheka, sobre la situación

futuros colegialitos, cuando olvidan usar las ventajas que proporciona la ley sobre la libertad del aborto. (Id. pág. 207).

Sobre la práctica de la mentira, de la crueldad, de la hipocresía, sobre la falta de honradez, etc., etc., no vale la pena disertar. El no reconocimiento de las deudas públicas, la Cheka, la casa Arcos de Londres y muchos otros acontecimientos similares revelan cuál es el tono de la moralidad bolchevista.

* Leer sobre este tema las importantes disquisiciones de Ellerts en las páginas 497 a 502 de su libro *Les antagonismes économiques*, París, 1906.

** Esta ilusión que, como es sabido, se apoderó de la baja mentalidad de Lenin, constituye, en la ramificación del orden social, una de las perturbaciones místicas más peligrosas del romanticismo. Actualmente padece el mundo una recrudescencia romántica cuyas peores manifestaciones en el orden pasional, estético y racial no han conseguido abrir los ojos de muchos políticos e ilusos para quienes las muchedumbres de hoy poseen la bondad natural y primitiva que se les atribuía a los salvajes en la época de Rousseau. La tesis del poder reconstructor de las masas es una consecuencia de ese error romántico.

del trabajo agrícola, sobre la miseria del proletariado, sobre el hambre permanente, sobre la desorganización de la familia, sobre las muchedumbres de niños abandonados, sobre el fracaso de la instrucción, etc., etc.

¿Por qué M. Duhamel no nos dice nada sobre la instrucción pública bolchevista? ¿Por qué no nos cuenta algo sobre la situación de los obreros en ese dichoso país, gobernado por la dictadura del proletariado? El índice de la vida era de 132.7, en Julio de 1927; en Agosto pasó a 159 y, después, a 157.2, mientras que, los salarios, en la industria, son 8% inferiores a los de antes de la guerra. Como estos son datos estadísticos, M. Duhamel no para mientes en ellos y continúa desarrollando sus excusas y alabanzas a la revolución rusa, guiado por los apretones de manos, por las sonrisas o por las arrugas que cree sorprender ingenuamente en sus frecuentaciones de las *múltiples sociedades humanas*.

¿Y la familia?

Alejandra Kollontai, embajadora en Noruega y en México y Egeria del partido comunista, dijo:

La familia es el marido y la mujer unidos entre ellos y separados de la colectividad. ¿Tenemos, acaso, necesidad de eso? Evidentemente, no.

y Mr. Savatier, de cuyo libro *La Russie bolcheviste vue à travers ses lois*, tomo estos datos, declara que

los congresos comunistas acentúan más aún estas ideas. En uno de ellos se declaró: «Ninguna evolución será posible mientras la familia y el espíritu familiar existan... La familia es una institución burguesa inventada por la Iglesia... Es preciso destruir la familia... Para que la revolución tenga éxito necesitamos de la mujer, y para contar con ella es necesario separarla de su hogar, destruir en ella el sentimiento egoísta e instintivo del amor maternal... La mujer no es sino una perra, una hembra, si ama a sus hijos» *.

(*) Citas reunidas por Kologrivof, *El matrimonio y el divorcio según la legislación soviética*, pág. 439.

Todo este ramillete de insanias ¿formará parte de aquello que, según M. Duhamel (pág. 246), la revolución rusa «nos ha traído de grande, de durable, de sano?»

Por fin, M. Duhamel nos expone una teoría sobre la Revolución permanente:

Tal es la suerte de las revoluciones—nos dice en la pág. 222.—Apenas han triunfado, ven crecer en su seno los gérmenes de la revolución futura.

Es el cuento del gallo pelado.

Así—continúa M. Duhamel—la vida se defiende sin cesar contra el envejecimiento y la inmovilidad.

De suerte que para el novelista M. Duhamel la vida necesita la revolución permanente. La única manera de garantizar el rejuvenecimiento y la movilidad de la vida es llevarse en continua actividad revolucionaria. ¡Hágame Ud. el favor! Algunos por allí creen que, para que la vida se desarrolle y se rejuvenezca, se necesitan paz, orden, tranquilidad. ¡Macanas! nos responde el novelista-sociólogo M. Duhamel. La vida necesita revolución, como en Rusia; concluída, una revolución comenzada otra. No hay que dormirse para que la vida se rejuvenezca.

Por otra parte, M. Duhamel declara que la Revolución rusa se ha impuesto con la fuerza de los cataclismos inevitables. Unos la empujan, otros la combaten sin que merezcan ni la aprobación ni la reprobación del flamante sociólogo. Aquel a quien comprende mejor M. Duhamel, porque es el más querido, el que está más cerca de su corazón,

es al sabio que, solitario, sobre la arena de la playa, piensa: «Nadie impedirá que el mar suba, pues su momento llegó, pues una fuerza que viene de lejos lo hincha y lo levanta. ¿Qué podemos hacer para detener esa ola terrible y para salvar de su choque enfurecido lo que aun merece vivir?» (pág. 235).

¿Lo que debemos hacer? Pues no cruzarnos de brazos, sino oponer a esa fuerza que viene de lejos y que destruye, otra

fuerza que venga de más lejos, o de más cerca, la distancia no hace al caso, aunque sea una linda figura literaria. Por supuesto que no es esta la actividad que agrada a M. Duhamel; por el contrario, ante la revolución metafísica que él estudia y, en especial, ante la revolución comunista, su espíritu se sublima y vaga por encima de los acontecimientos y de las realidades en delicado contacto con las facultades proféticas que rigen el destino misterioso de las sociedades humanas.

Como individualista que es y quiere seguir siendo, reconoce que la revolución rusa necesita muchas correcciones; pero termina declarando:

Si el comunismo, en muchos puntos, me hiere y me repugna, me inclino, sin embargo, ante *La Revolución**; la acepto y la saludo (pág. 245).

M. Duhamel es el místico de la Revolución, de cualquier revolución, de todas las revoluciones aunque sean unos disparates y unos cataclismos, pues la vida, con ellas, se rejuvenece y no se inmoviliza. En todo caso, en lo que se refiere a la revolución rusa, es necesario aceptarla como un hecho consumado y no lamentarnos vanamente; sepamos reconocer lo que ella nos ha traído de grande, de durable, de sano (pág. 246).

El individuo le parece a M. Duhamel,

hasta nueva orden, sin grande influencia sobre las leyes profundas que determinan la evolución de la humanidad.

¿Es esto fatalismo? No, por cierto; es solamente la aceptación estoica de las cosas que no dependen de nosotros y el deseo de adaptarse, inteligente y prudentemente, a fenómenos cuyo origen y porvenir apenas nos es dado comprender. (pág. 251).

Pero digo yo, ¿es una adaptación o una cobardía vergonzosa, una abulia peligrosa, el someterse *inteligente y prudentemente* a fenómenos cuyo *origen y porvenir* no se cree comprender? Y aun cuando no comprendamos mejor el *origen y el porvenir* del comunismo como no comprendemos enteramente

* Soy yo quien subraya.

los de la fiebre amarilla o del bery-bery* debemos, por eso, *¿inteligente y prudentemente* adaptarnos al comunismo y a las epidemias en vez de combatirlos? No está malo, para lucir erudición, usar una narigadita de Hegel; pero conviene no cargar tanto la mano.

En resumen: M. Duhamel no acepta el comunismo aunque todo su libro no ha sido escrito sino para disculparlo, para engrandecerlo y, lo que es peor, para vincularlo a las necesidades del proceso vital; para ello imagina la curiosa teoría de la revolución permanente necesaria y sostiene la tesis de la oportunidad lógica del cataclismo bolchevique. No es cosa rara la falta de sentido común y el abuso del tinterillaje literario entre los novelistas aficionados a las meditaciones sociológicas.

* * *

En lo que puede interesar a Francia, dice M. Duhamel en la página 258:

Yo no creo que Francia esté expuesta a una revolución comunista inminente. Audaces reformas pueden aun retardarla por largo tiempo; pero si las potencias financieras no se resuelven a arreglarse con las muchedumbres, si, desdeñando el examen de los acontecimientos, etc....., entonces el comunismo intervendrá para imponer por la violencia su orden implacable, su ley de hierro.

Ya lo saben los potentados del dinero: hay que arreglarse con las muchedumbres, hay que apurarse a tratar con ellas. ¿Sobre qué base? «Sobre justas concesiones» nos agrega M. Duhamel. Pero, ¿cuáles serán esas concesiones justas?...

Nos quedamos esperando que M. Duhamel, en otra novela sociológica estilo Wells, nos lo diga. Será cosa entretenida leer vulgaridades o simplezas escritas en estilo elegante, con bellas imágenes, con frases sonoras. La música literaria hace pasar

* En realidad, comprendemos suficientemente, por lo que a nosotros interesa, el origen y el porvenir del comunismo como el de la fiebre amarilla y del bery-bery.

siempre un rato agradable; pero no hay que tomarla a lo serio.

Por lo pronto, conviene saber bien y firmemente, clara y definitivamente, que la revolución comunista es una rebelión del hombre salvaje contra el hombre civilizado, que es la vuelta a la bestialidad primitiva y que, lejos de haber en el bolchevismo algo de grande, de durable, de sano, lo único que sirve en él es lo que aun queda de la civilización que pretendió destruir. Geo London dice con razón:

Con todo, el repórter (es decir: Geo London) ha comprobado en todas partes que, si algún progreso ha sido realizado en tal o cual campo por los bolcheviques, ha sido, en cada caso, a costa de un renunciamiento de la idea fundamental comunista; el comunismo estaría ya oleado, sacramentado y enterrado si, en su realización, se hubiera reducido a la estrecha concepción de su propia doctrina. Lo poco que ha sido realizado en Rusia en los campos de la higiene y de la previsión social, hubiera podido ser hecho, como lo ha sido en otros países y, notablemente, en Francia, sin trastorno, sin la ruptura de todo el edificio social. En cambio, el comunismo ruso, para mantenerse, ha tenido que recurrir a todo el sistema de ofensiva y de protección que, con tanta acritud, reprocha en las naciones burguesas que le conservan. Fustiga el militarismo de sus vecinos y él lo ha instalado en su país, formidable, omnipotente, inquietante. Las clases privilegiadas, el viejo sistema de oligarquía y de policía, cuyo desaparecimiento canta alegremente Chicherin, ha sido reemplazado por otras clases privilegiadas y, puede decirse, también, por otros sistemas de oligarquía. Si el zarismo y la *Ojrana* han desaparecido, existen hoy, Stalin, la *Cheka*, el Comité central del partido con el *Guepeú*. Si no hay burgueses, hay altos funcionarios, obreros calificados, intelectuales fieles a la causa bolchevista, los parásitos (embusqués) de los soviets de obreros, todos opíparamente remunerados y disfrutadores de privilegios *. En fin, si ya no hay *boyardos*, hay *kulaks*. Lo que ha sido destruído es la familia, el hogar que da un fin y un sentido a la existencia y la libertad que la hace más digna y más atrayente (pág. 250).

El libro de M. Duhamel, pues, no nos enseña nada de provecho; más aun, es perjudicial porque perturba el criterio. Es conveniente desconfiar de los novelistas. Todos ellos, quien más

* Puede agregarse, también, la guerra al capital privado reemplazado por el capitalismo de Estado, esto es, por un solo capitalista, el menos capacitado para adquirir y conservar

quien menos, tienen una irresistible tendencia a deformar las realidades, a creer en ficciones, a razonar con chistes o paradojas. Como artistas, ven las cosas a su modo. Si las realidades sirven de base a sus ficciones, concluyen por creer en que éstas existen realmente. Rousseau vivía con sus *habitantes* y estas creaciones de su propia imaginación llegaron a poseerle completamente; conquistaron su espíritu descontento y amargado, y le engañaron. Para el artista, pues, las cosas no son como son, sino como él las ve. Siente una antipatía instintiva por el hecho en sí. Decora la realidad, la colora, la alumbra con los fuegos de su fantasía; pero, a la vez, y por consiguiente, la deforma. La petulancia con que cree en la realidad de sus ficciones es tan poderosa que uno, O. Wilde, sostuvo que la naturaleza imitaba la obra de arte *. En verdad, la idea de Wilde no es, precisamente, que la naturaleza modifica sus formas y altera sus leyes para adaptarse a las creaciones del artista; Wilde es inclinado a jugar con la paradoja y el chiste y se complace en oscurecer sus ideas para darse el placer infantil de sorprender al lector. Pero, de todos modos, Wilde reconoce, y es lo que a mi argumentación interesa, que «ningún gran artista (cualquier artista) ve las cosas tales como son en realidad. Si las viese así, dejaría de ser artista» (pág. 60).

* * *

Conviene, pues, estar prevenidos y, lo repito, no tomar a lo serio las opiniones de los literatos metidos a sociólogos, a psicólogos o a sabios, funciones a las cuales, desgraciadamente, y con supina petulancia, se creen preparados. Su facundia les embriaga y, lo que es peor, fascina y engaña a las multitudes ilusas, impacientes o irreflexivamente amigas de lo nuevo. De esta suerte, en el orden de las ideas, dan alas a una crítica

* «Cyril.—¿Entonces la Naturaleza sigue al pintor paisajista y saca de él sus efectos?—Vivian.—Ciertamente...» (O. Wilde.—*Intenciones*; trad. Gómez de la Serna).

desordenada de las instituciones esenciales y producen un sentimiento de desconfianza inconsulta de las leyes que han precedido a su aceptación. Esos literatos, por fin, son un peligro para la estabilidad de las sociedades cimentadas y organizadas sobre disciplinas lenta y tesoneramente adquiridas por el esfuerzo histórico de la vida que evoluciona y se adapta guiada por la experiencia e iluminada por el razonamiento.

Carlos Acuña

Poemas

Madrugada gris



Se torna cuando nada
ya nos retiene, o si algo
nos dijo adiós. Vemos
nacer el día azul,
como un descanso total.
Somos así los tristes
que nunca miramos el reloj.
Si ya no hay nada
que a los sentidos viejos
brinde un deleite nuevo,
hacemos rumbo al lar.

Sentimos frescas
las sábanas;
el ansia de reposar
nos aduerme;
y, al recordar que nada
en nuestra alma vibró,
sino el cansancio de un poco

de vicio y de alcohol,
 con los brazos crispados,
 un bostezo de fatiga
 se nos cae con el vestón.

Sombra pegada al muro



FULGOR hondo y oscuro
 en la arcada de los ojos;
 tu pensamiento vaga
 lejos de las cosas.

Un espíritu que anda,
 eso eres, como envuelto
 en túnica inconsútil.

No hay idea de nadie
 antes de ti; eres único;
 y la calle se agacha
 a tu paso, como una
 mujer ante un asombro....

Cuando has pasado, dejas
 un recuerdo quemante,
 que atenaza y muerde
 la sustancia gris.

Algo de nosotros
 se llevan tus pasos
 para recordarte así.

Has cumplido, o llevas
 algo muy alto, ardido,
 que fulgirá en el mundo
 como una palabra nueva....

¿Quién eres? Fantasma
o realidad, nadie supo
inquietar las almas
con sólo escuchar el eco
de tu paso elástico,
o mirar deslizarse
tu sombra por el muro.

Mozas del Tutuvén



LAS mozas
son de rosas
y de gracia trigueña.
Si el caminante pasa,
con sus labios de brasa
sueña...

Los ojos de carbón
pican el corazón;
el cántaro vacila
sobre la mata negra,
mientras que la pupila
alegra
o aniquila,
como una canción.

Van a la fuente
a llenar su botijo
del agua transparente
que Dios bendijo:
y, como el agua, el don
tienen de aquietar la sed;

mas, hembras fuertes son:
id, tocadlas y ved
que son frescas y duras,
como las encordaduras
de una red.

Enrique Molina

De vuelta

(Discurso pronunciado en el Teatro de Concepción el 10 de Octubre último)

SOY un peregrino de buena voluntad que partiera a tierras lejanas para ver modo de volver con su pequeño zurrón cargado de bienes espirituales. Volvía a ofrecerlo en ofrenda silenciosa y devota a la ciudad de mis recuerdos nostálgicos, a los afanes de mejoramiento educacional que bullen en nuestra patria, cuando vosotros habéis tenido la gentileza de salir a mi encuentro con palabras de afecto, con flores y cantos en una forma tan cordial y cariñosa que ella no sólo compromete mi gratitud sino que trae también el don de una fuerza moral que entonará mi vida. Mil gracias a las autoridades e instituciones que han organizado esta hermosa fiesta, a los institutos y personas que han tomado parte en ella, y a quienes le han dado el realce y calor de su presencia.

Para manifestaros que no soy del todo indigno de estas muestras de estimación os diré que deseaba hondamente volver a Concepción y llevar entre vosotros esa existencia serena, exaltada por nobles afectos, y a la vez fecunda y eficiente, en que consiste la verdadera vida del espíritu.

En medio de las atracciones de todo orden que ofrecen los centros europeos, mi interés ha permanecido atado durante este año de ausencia a cuanto ha ocurrido a este lado de los Andes y en este apacible hogar penquista. Miraba con inquietud

las horas de tribulaciones por que hemos pasado y habría deseado ser el poseedor de una varilla mágica para enviarla a resolver los problemas que nos han acosado. Mas para las cuestiones sociales y humanas en general no hay, fuera de los conocimientos técnicos que cada caso requiere y de los que no se debe prescindir jamás, no hay otra varilla mágica que el trabajo, la rectitud, la abnegación y el buen espíritu de los hombres. Me dolía pensar en los compañeros que por un motivo o por otro iban quedando a la vera del camino. Miraba con íntimo placer las horas de triunfo, los progresos alcanzados; miraba con orgullo y agradecimiento a los que han luchado por defender ideales e instituciones que nos son poco menos queridos que la existencia misma. Al mencionar estas luchas pienso sobre todo en la esforzada labor del Directorio de nuestra Universidad. Y en todos estos momentos, o al sentir el hechizo de Heidelberg trepando por las verdes colinas que la rodean y contemplando su hermoso río, o cuando visitaba algún liceo, que no obstante de ser de lo mejor en su lugar no me parecía superior al nuestro, no pocas veces penetraban en mi alma las puntas angustiosas de la nostalgia y soñaba con estar al lado de mis amigos y de mis amigas en el dulce ambiente de las aulas universitarias y liceanas o bajo la sombra de las avenidas de aromos y de tilos.

Ya se ha realizado ese anhelo, ya estoy entre vosotros y, sin temer el riesgo de que se crea que hago alarde de una falsa sensiblería, puedo deciros que me siento muy feliz por ello.

Considero una suerte mía poder consagrar en este medio todos mis desvelos a la Universidad de Concepción, al liceo de esta ciudad y a la cultura en general. Mi viaje por los países más adelantados de Europa no ha hecho otra cosa que confirmarme en la idea de que esta consagración hay que entenderla como una dedicación total dentro de normas de austeridad y servicio a los demás, de justicia e independencia para no atender sino a lo que sea de interés general y de verdadera conveniencia para las instituciones por cuyo porvenir debemos velar.

Al indicar estas líneas de conducta no hago otra cosa que ajustarme a la noble tradición que ya existe en los establecimientos mencionados y que constituye una de las grandezas de Concepción.

* * *

Como sabéis, por todas partes se habla de novedades pedagógicas, se están llevando a cabo reformas educacionales importantes o se tientan ensayos para renovar los métodos y sistemas docentes. Las opiniones de los filósofos que negaban el valor de la educación han sido expulsadas de las almas y ese lugar ha pasado a ocuparlo una gran confianza puesta en la eficacia de la obra educadora.

Pero los europeos poseen el don de progresar sin perder contacto con el pasado, actitud que se manifiesta tanto en la conservación de costumbres y usos arcaicos como en la importancia que se da para la cultura al estudio de las obras literarias y artísticas que mejor representan las tradiciones nacionales. Sólo por entre estos jalones de la historia se van abriendo paso los vientos de renovación, para llevar a los espíritus su soplo de inquietud.

Algunos de los postulados fundamentales de los métodos nuevos consisten en considerar al niño no como un hombre en pequeño sino como un ser que posee características propias, en el respeto a su libertad y espontaneidad, y en educarlo haciendo de él siempre un ente activo y no simplemente receptivo.

No es ni puede ser nueva la actitud de amor al niño en que debe mantenerse el maestro. Ella ha venido enriqueciéndose desde fines del siglo pasado con aplicaciones, detalles metodológicos y cuidados prácticos de suma importancia. Pero el principio del amor es un postulado eterno ya que no hay otra manera de educar que educar amando. La educación por el amor destila en el alma del educando una esencia sutil que la llena toda y después, en forma de recuerdos e impulsos optimistas, suele perfumar su vida entera.

Dejar al niño en libertad para que manifieste espontáneamente las variedades y riquezas de su ser interior es de alta importancia educativa. Sólo así se pueden conocer bien sus gustos, sus inclinaciones, sus capacidades, sus debilidades y defectos; en una palabra, las asociaciones y reacciones con que su alma fresca y plástica responde a las situaciones y panoramas que le va ofreciendo el mundo. Sólo así recibirán cultivo adecuado los gérmenes de futuras creaciones que lleve en su seno. Sólo así irá siendo indispensable para su corazón vivir en ese ambiente de verdad y sinceridad que forma el más sólido asiento de la rectitud.

Pero estas idealidades de libertad y espontaneidad han sido motivo de declamaciones huecas y de no pocos yerros para muchos educadores más entusiastas que experimentados y de cultura incompleta y no bien digerida.

No hay que olvidar que la libertad no es un fin en sí sino un medio para llegar a formas mejores y superiores de vida. Se propicia la libertad, porque de otra manera ni el individuo ni la sociedad puede desenvolverse bien. Pero es menester no perder de vista tampoco que el concepto de libertad es correlativo a los de disciplina y orden.

La sabiduría humana estriba, en este campo de preocupaciones, precisamente en poder encontrar como norma para las actividades un término medio en que se armonicen la libertad y la disciplina sin caer en los extremos que por un lado es la licencia y por otro la tiranía.

La historia nos enseña que siempre que se ha perdido ese feliz equilibrio la sociedad y el Estado han oscilado tempestuosamente de un extremo a otro. De la licencia y disolución en que por falta de prácticas austeras habían venido precipitándose, pasan a través de cruentas revoluciones a sufrir oscuras tiranías conculcadoras de las libertades que eran la única justificación del desorden anterior.

Sin cierta disciplina no puede mantenerse la familia. Por monótonos y poco románticos que sean la regularidad y el orden,

son las condiciones necesarias para llegar en el hogar al ejercicio de virtudes superiores.

El individuo considerado aisladamente no puede sustraerse a normas de orden en cierto sentido si quiere que su vida sea fecunda. Suponedlo movido por la rebeldía e impulsos innovadores. Si estos sentimientos arrancan sus raíces de un fondo de verdad y no son una mera actitud histriónica, el individuo ha de practicar en alguna forma el dominio de sí mismo y obedecer la ineludible ley del trabajo a fin de realizar obra eficiente.

¿Cómo será dado organizar la escuela sin tomar en consideración estos principios elementales? ¿Cómo formar adecuadamente en un ambiente de desorden seres que en la familia y en la sociedad necesitarán someterse a cierta disciplina a fin de no fracasar y no ser una desgracia para los demás?

No olvidemos asimismo que la disciplina no constituye tampoco un fin en sí mismo y que es, como la libertad, sólo un medio para obtener los mejores resultados posibles de la actividad humana.

Sin la libertad y la espontaneidad la acción creadora del espíritu abate sus alas como ave a la cual le faltara el aire. Esta ley que es general para las altas funciones del alma en las ciencias, en las artes y en las letras, tiene también una considerable aplicación en la escuela. Se consigue con ella, por una parte, que los niños trabajen con más gusto y mejores resultados, y, por otra, que den a conocer las inclinaciones y tendencias de su naturaleza, con lo que se facilita a la vez la obra de la educación.

Pero nada justifica esa libertad que sólo conduce a desorden estéril, pérdida de tiempo y al olvido del respeto que debe reinar entre los hombres, aun fuera de toda jerarquía social. Tal libertad viene a ser una misma cosa que desorganización moral y trae consigo el desquiciamiento de los caracteres.

Uno de los aspectos más sobresaliente de la reforma educacional y que se presenta autorizado por un sólido fundamento racional y experimental, son los métodos activos. Descansan en

la verdad tan clara de que el mejor medio para que el educando aprenda y desarrolle sus demás facultades son su propio trabajo y sus personales experiencias. El método pasivo o receptivo sólo ejercita la memoria de los muchachos y no ofrece más ventanales para conocer el mundo que las páginas de los libros de texto y la palabra más o menos dogmática del profesor, páginas y palabras que deben ser asimiladas sin discernimiento.

Dentro de los métodos activos el niño se va informando en virtud de lo que él mismo va haciendo. Observa las cosas, fabrica objetos e instituye experimentos. De esta manera pone en ejercicio sus facultades de observar, razonar y formar juicios, hace análisis y síntesis, ejercita todos sus sentidos, muy particularmente la vista y las manos, y establece entre su alma, sus músculos y su cuerpo una fecunda colaboración recíprocamente beneficiosa.

Así los métodos activos significan una garantía para alcanzar el mejor desarrollo actual del educando y, a la vez, como despertadores y estimuladores de las potencias del alma, abren perspectivas imprevistas para el porvenir.

Pero estos métodos, dicho sea en justicia, no son una novedad de los últimos tiempos. En principio los han sostenido siempre los grandes educadores desde Platón hasta Rousseau y Froebel, y buen número de sus técnicas han venido aplicándose desde hace largos años. Entre nosotros lo vienen siendo en muchos ramos de la enseñanza secundaria desde la reforma de 1892.

Más también es cierto que nunca habían alcanzado el desarrollo y el lujo de detalles con que se practican ahora en los Estados Unidos de Norte América, en Europa y, en parte, asimismo en Chile y otros países de nuestro continente.

Para la enseñanza de la física y de la química son indispensables, fuera de los acostumbrados gabinetes, salas destinadas a las experimentaciones y manipulaciones que hagan los alumnos mismos. Para el estudio de las ciencias naturales se mantienen viveros de animales que caen bajo el bisturí de los alum-

nos que se inician en los secretos de la biología. Hay pequeños jardines botánicos anexos a los liceos a fin de que los jóvenes cultiven las plantas y las analicen. En el aprendizaje de la geografía, fuera de los conocidos croquis, se hacen mapas en relieve con plasticina, cartón u otra sustancia fácil de plasmar. En los cursos de literatura y filosofía los alumnos deben leer, hasta donde ello sea posible, obras originales de los grandes autores y no contentarse con los resúmenes de las antologías. Algo semejante se practica en las clases de historia y este ramo y la geografía son los que mejor explotan los centros de interés que se forman con motivo de sucesos de actualidad incitantes de la atención y aptos para servir de base a un dilatado desarrollo de asuntos. Ambos ramos se estudian también por medio de excursiones a lugares adecuados por sus monumentos y recuerdos y a sitios de riqueza panorámica. En dibujo se presentan como modelos animales vivos, perspectivas del propio edificio escolar, monumentos de la ciudad, modelos que traiga a clase el muchacho, elegidos a su albedrío, o se le deja que dibuje libremente trazando las líneas que siga el vuelo de su fantasía.

Muchas de estas cosas no se practican entre nosotros o porque nuestros colegios carecen de los elementos necesarios, o porque los programas son tan recargados que obligan a ocupar todo el tiempo en embutir conocimientos en las cabezas de los muchachos, o por falta de advertencia.

Pero hay otras cosas que sólo son practicables en Europa gracias a las condiciones históricas, demográficas y geográficas de ese continente. En aquellos países se encuentran sitios sembrados de monumentos y restos de la más remota antigüedad, a donde se puede excursionar con facilidad gracias a lo corto de las distancias y a las franquicias que se ofrecen para los viajes. Así supe de un curso de un liceo alemán que había ido a visitar los castillos del Rin para estudiar ahí historia de la Edad Media. De análogo modo, como una aplicación de los métodos activos en la enseñanza de idiomas, se manda a los alumnos por algunos meses a practicar la lengua de un país

donde se habla. A fin de dar facilidades en este sentido se establecen intercambios de alumnos entre colegios de diversos estados. En los museos europeos se encuentra, para la enseñanza de las bellas artes y de la historia, un material de cuadros, de estatuas, de relieves, de reproducciones arquitectónicas y de objetos de toda especie que no tiene igual en el mundo. Es frecuente hallar en los museos cursos de colegiales dirigidos por un profesor que siguen las explicaciones que éste les da delante de las obras artísticas y luego esbozan algunos dibujos.

Al aplicar los métodos activos no conviene exagerar la eliminación que se preconiza del profesor y que quiere reducirlo a una especie de motor oculto de los movimientos de sus discípulos. Las irradiaciones de la personalidad del profesor son fuerzas que contribuyen espléndidamente a formar el alma del niño y sería un error privarse de su cooperación.

• • •

¿Cómo no hablaros de Universidades en esta ciudad que está formando un instituto de estudios superiores con los cuidados que se prodigan a una hija predilecta?

Siento viva la fascinación con que se enseñorean del espíritu las viejas Universidades como Heigelberg y Oxford. Ya os he hablado del hechizo de Heidelberg y de con qué naturalidad sus bellezas de pequeña ciudad rodeada de colinas boscosas evocaron en mí el recuerdo nostálgico de Concepción

Oxford en su parte más característica está formada por una veintena de colegios dispersos en el pequeño pueblo medioeval. Son viejos edificios, casi todos de estilo gótico, con patios cuadrangulares enormes, tapizados de césped y rodeados de murallas negruzcas cubiertas de enredaderas. Torres no muy altas se levantan en los ángulos de los patios o en la parte media de las paredes. Sus campanas son de una musicalidad maravillosa. Parece que fueran un coro en que se concertaran las voces del arte, de la religión y de la historia para embellear a los hombres. En el interior encontramos capillas vene-

rables, ricas bibliotecas y halls y comedores que parecen capillas. Innumerables retratos de los grandes hombres que han sido estudiantes de cada colegio adornan los muros. A las galerías claustrales y a cualquiera de las salas de estos colegios no llegan ruidos del exterior. Ambiente de serenidad, invitación al estudio y al recogimiento.

A los colegios los rodean parques dilatados con árboles umbrosos. Paseos apacibles se alargan entre el bosque a las márgenes de ríos de corriente suave y silenciosa. Uno se siente envuelto en el medio sedante de un convento de espíritus libres.

Me he detenido en la descripción de este paisaje universitario típico porque Concepción es como las mencionadas una ciudad universitaria pequeña y la imaginación se complace en dispararse a pensar en tiempos lejanos en que puede ser algo semejante a ellas y también por creer que ese paisaje es de los más propicios al cultivo de los valores de la inteligencia y de la virtud, función esencial de toda verdadera Universidad.

No cabe en esta ocasión hablar de todas las demás condiciones que han de concurrir para obtener el buen cultivo de esos valores. Mencionemos entre ellas solamente la autonomía universitaria.

Las Universidades europeas, con excepción tal vez de las españolas, gozan de gran autonomía. Notables son las libertades de las históricas Universidades inglesas, que han conservado el carácter con que nacieron de fundaciones particulares. Las alemanas, no obstante ser todas instituciones del Estado, gozan de cuanta franquicia pueda apetecer un instituto de cultura superior. En Bélgica las Universidades particulares disfrutaban de las mismas amplias libertades académicas que las del Estado. Este se reserva sólo el derecho de hacer revisar por una comisión de altos magistrados y hombres de ciencia los certificados expedidos por cualquier Universidad cuando se trata de habilitar un graduado para el ejercicio de una profesión liberal. Encontrando la comisión que los estudios se han hecho de acuerdo con lo dispuesto en los planes y reglamentos vigentes, extiende el diploma del caso. Algo semejante ocurre en

Italia, donde el Gobierno fascista ha hecho suyo el principio de que «al Estado le corresponde la atención pero no el monopolio de la cultura» y ha encaminado su política educacional a convertir los institutos particulares de todo orden en cooperadores eficientes de la instrucción pública.

Debemos declarar que nuestra Universidad ha gozado desde su fundación hasta ahora de la ayuda de todos los Gobiernos de la República y me es particularmente grato repetir en esta ocasión solemne que estamos profundamente reconocidos al Presidente Excmo. Sr. Ibáñez por el apoyo decidido y oportuno prestado en más de una ocasión a nuestro instituto superior.

Nos queda por afianzar nuestra autonomía. No la entendemos como absoluta independencia del Estado, ni consideramos tampoco que sea justa la sujeción a una Universidad privilegiada. La concebimos como un conjunto de franquicias que, bajo la tuición de la Superintendencia de Educación, permitan realizar las innovaciones y todas aquellas modificaciones en los planes y programas que vayan exigiendo el progreso y las necesidades sociales; franquicias que aseguren a profesores y estudiantes la relativa libertad que necesitan para el mejor éxito de los estudios y de las investigaciones científicas y para no verse amenazados con exámenes tomados en malas condiciones o en fechas señaladas fuera de todo orden.

* * *

Os decía al empezar que no he sido más que un peregrino de buena voluntad. El peregrino ha hecho su ofrenda, ha hecho su voto ante el altar invisible de vuestros anhelos colectivos y armado de las eternas armas del buen espíritu va a seguir con amor y devoción al lado de vosotros, como un cooperador, como un servidor agradecido, para recorrer en vuestra compañía nuevos caminos, atisbar más altos horizontes y ensayar en el orden de sus actividades las mejores realizaciones que conduzcan a nuestro perfeccionamiento.

Roberto Meza Fuentes

Cien poesías líricas

(Conclusión)

UN PROBLEMA LITERARIO

AHORA, un paréntesis para resolver de una vez para siempre un problema literario que la publicación de esta antología presenta por segunda vez.

Alrededor del año 1916 (cómo pasa el tiempo: parece que fuera ayer) circuló entre poetas y escritores una selección de las mejores poesías españolas hecha por Pedro Crespo (¿quién será Pedro Crespo?) en la que, entre otros del mismo autor, figuraba el poema *Letanía* de Luis Fernández Ardavín.

Domingo Gómez Rojas (Daniel Vásquez) había publicado en *Los Diez* tres poemas que le valieron una consagración inmediata. Destacaba entre ellos *Miserere*. Versos de epitafio, de lápida, admirable rima del concepto y la palabra, triunfo de la perfección escultórica en la frase cincelada con sabiduría y amor.

Decía:

La juventud, amor, lo que se quiere,
ha de irse con nosotros: ¡miserere!

La belleza del mundo y lo que fuere
morirá en el futuro: ¡miserere!

La tierra misma lentamente muere
con los astros lejanos: ¡miserere!

Y hasta, quizás, la muerte que nos hiere
también tendrá su muerte: ¡miserere!

Y entre el *Miserere* de Domingo Gómez Rojas y la *Letanía* de Luis Fernández Ardavín existían similitudes alarmantes. Alguien alcanzó a pronunciar la palabra terrible: plagio. La acusación, llevada a una revista, no alcanzó a formalizarse por vacilación de los editores. *Selva Lírica*, periódico literario donde forjábamos nuestras flechas los jóvenes de entonces, alcanzó a anunciar el escándalo. Gómez Rojas era nuestro amigo, pero todo lo sacrificábamos en aras de nuestra fiera independencia. Y nadie más que nuestro amigo anhelaba el esclarecimiento de la verdad. Pero esta vez tampoco se formalizó la acusación por haber desistido de ella el acusador.

Esta nueva antología publica, única muestra de la poesía de Fernández Ardavín, la *Letanía* que conmovió nuestros años de iniciación literaria, llenos de inquietudes y guerrillas.

Dice la *Letanía*:

Se ha de ver tu calavera, al final de este camino,
en las manos afiladas de un trapense o agustino.
Y donde hoy entran las locas alondras del pensamiento,
por la fuerza del destino,
ha de entrar mañana el viento...
¡Memento!

Vamos tras de las mujeres, como si fueran eternas,
con la salvaje lujuria del hombre de las cavernas.
¡Y se pudren las mujeres como se secan las rosas!
¡Se mueren todas las cosas,
y hasta la tierra se muere!...
¡Miserere!

El labriego de los siglos, en la tierra removida,
va enterrando la materia para darle nueva vida,
y el que ayer estaba arriba viene a estar luego debajo.
Es eterno este trabajo
y no tiene acabamiento.
¡Memento!

Van los eternos destinos de este modo encadenados,
impasibles al desfile de los hombres acabados,
y florecen en los viejos pudrideros de las fosas
azucenas olorosas.

Sólo la fuerza no muere.

¡Miserere!

El león del poderoso afilando está sus garras,
sin pensar que a las hormigas se las comen las cigarras
y luego son las hormigas carne para las hormigas...

¡No abomines ni bendigas
porque todo es un momento!

¡Memento!

Recuerda que el tiempo corre y hacia ti no ha de volver.
Eres tú el que ha de tornar, hecho flor a una mujer,
hecho agua clara a una fuente y hecho rocío a una rosa...

Filtración maravillosa
de la impureza que muere.

¡Miserere!

Recuerda que por el bíblico Génesis de los hermanos,
el vientre que te ha parido será un nido de gusanos.
Hombres, gusanos y piedras son Fuerza y Evolución...

¡Eterna renovación
de lo que vive un momento!

¡Memento!

Y es en vano que queramos romper estas ligaduras
con el frágil estilete de nuestras pobres locuras...

El Todo preside al Todo y nosotros somos nada.

¡La vida nace ligada
con la muerte que nos hiera!

¡Miserere!

Deja que llegue hasta ti pensador y pensativo
el placer de este dolor en el que muriendo vivo...
Deja que llegue a nosotros el morir que es el nacer.

Quiero sufrir el placer
de gozar el sufrimiento.

¡Memento!

Porque es locura querer acabar este tormento,
 que en la eterna letanía de lo que nace y que muere,
 dice la muerte: ¡Memento!
 y la vida: ¡Miserere!

Puestos frente a frente los dos poemas, el del lírico español y el del poeta chileno, cabe formular la pregunta: ¿hubo un plagio o una simple coincidencia? El *Miserere* de Daniel Vásquez, publicado en el primer número de *Los Diez* que apareció en Santiago de Chile el 1.º de Septiembre de 1916, tuvo una rara fortuna literaria. Fué reproducido en diversos periódicos literarios de América, algunos tan prestigiosos como el *Repertorio Americano* de San José de Costa Rica. No es raro que haya llegado a España.

Porque, aceptada la teoría del plagio, ¿quién habría plagiado a quién? ¿Gómez Rojas (Daniel Vásquez) a Fernández Ardavín, o Fernández Ardavín a Gómez Rojas?

Conocemos la fecha de la publicación del *Miserere* de Gómez Rojas pero no sabemos la fecha de publicación de la antología de Pedro Crespo, libro que por primera vez nos dió a conocer la *Letanía* de Fernández Ardavín. No sabemos tampoco de qué libro del poeta, o de qué revista o periódico literario, tomó el compilador el discutido poema. ¿Dónde, en qué fecha, apareció originariamente la *Letanía*?

Siendo anterior la *Letanía* al *Miserere*, suposición teórica que hasta el momento tiene para nosotros tanta base como la recíproca, ¿la conoció Gómez Rojas? Yo fui amigo del poeta tan bárbara y estúpidamente sacrificado por la reacción chilena; conocí su espíritu lleno de inagotable curiosidad perenne, y, la verdad, nunca vi entre sus papeles ni escuché en su rica y policroma charla ninguna alusión directa o indirecta a la obra del lírico español.

Dije mal cuando anuncié que la publicación de esta nueva antología iba a resolver de una vez para siempre el resonante escándalo literario abortado en 1916. Aquí nada hemos resuelto pero, por primera vez, el problema queda planteado con preci-

sión y claridad en sus términos y entregado a la investigación de los amantes de la verdad literaria.

Cerramos el paréntesis y esperamos la colaboración de los estudiosos sin la cual ningún alto resultado se alcanza.

Propósito del libro

¿Por qué insisto a cada paso en señalar en los autores mutilados por la tipografía y en cuántos nos han salido al encuentro su actitud de modernistas o de precursores? Porque es este uno de los propósitos y de los alardes del libro, advertidos con alguna prodigalidad en la breve nota preliminar de los editores y en el título mismo de la obra. A nosotros, menos preocupados que los editores en este afán gesticulante de modernidad, no nos interesa que la poesía recogida en este libro sea antigua o moderna, nos conformamos con que sea poesía.

Acaso los ha movido un noble propósito. Lamentemos su triste realización.

Ausencias

Quieren hacer los editores un panorama de lo más moderno de la poesía española. Hasta llegan a pronunciar un adjetivo inquietante: futurista.

En realidad, no nos interesan los poetas por pasadistas ni por futuristas. Buscamos la poesía del hombre sincero consigo mismo. Ese hombre dará la voz de hoy, la voz de su tiempo, la voz de nuestro tiempo.

¿Tendremos que indicar a los editores de España—por lo menos a los editores de esta antología—que, a pesar de sus promesas, no hacen nada por revelarnos la nueva poesía, el *frisson nouveau* que ha traído la última generación de poetas?

Nunca da nadie la palabra final y definitiva. El movimiento modernista se halla hoy en trance de ser superado. No surge aun la obra orgánica ni el poeta completo, no ha tenido esta generación su Rubén Darío, pero, ausente y sin anuncio su animador y figura máxima, la nueva falange lírica está llena de audacia y de ilusión y dotada de un rico y saludable dinamismo

vital. Hacia más altas estrellas disparan sus flechas recios y juveniles Sagitarios. Acaso el que diga en plenitud de sinceridad la palabra de hoy nos dé una fruta madura de tradición y un germen seguro de porvenir.

Anotaremos unos nombres de España: J. Moreno Villa, Pedro Salinas, Federico García Lorca, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Antonio Espina. ¿Por qué, a pesar de sus desplantes reiterados de modernidad y futurismo—odiosa palabra preñada de énfasis y pedantería—, no nos dan los editores de esta antología siquiera un rasgo de estos poetas? ¿No son dignos de figurar en *Cien Mejores Poesías Modernas Líricas Hispano-Americanas*? (¡Qué título! Parece el anuncio de un prestidigitador de feria.)

Nombres de México: Carlos Pellicer, Enrique González Rojo, Salvador Novo y éste cuyo desconocimiento parece increíble en un editor español: Alfonso Reyes. Falta también Ricardo Arenales, colombiano trashumante que—dice una buena antología de la poesía mexicana contemporánea—lleva en México una vida anacrónica de poeta maldito.

¿Acaso no hay poetas en la América Central? Esto bien puedo yo ignorarlo, pero el autor de una antología hispano-americana no debe ignorarlo. Recuerdo los nombres de Alfonso Guillén Zelaya, Arévalo Martínez, el Presbítero Allais, Salomón de la Selva, y pienso que sus versos honran a cualquier antología de la poesía española que piense emprenderse con seriedad.

¿Bolivia no existe para la poesía? Conozco muy poco la lírica del altiplano, pero el autor de la antología, que debe estar bien informado, debió haber hecho figurar, por lo menos, a Ricardo Jaymes Freire, autor de *Castalia Bárbara* y *Los sueños son vida*, amigo y compañero de Rubén Darío y Leopoldo Lugones, uno de los primeros capitanes, con ellos, de la batalla modernista. Aparte de su obra de poeta tiene libros de estudio tan interesantes como las *Leyes de la Versificación Castellana*. Otros nombres de Bolivia: Franz Tamayo y Víctor Ruiz, cantor de los paisajes de la sierra. El Ecuador tampoco figura. Aun-

que no son grandes mis conocimientos de esta tierra creo que, en ningún caso, debió haber saltado Medardo Angel Silva, otro Silva poeta y suicida.

¿Y en el Perú no hay poetas aparte de José Santos Chocano? A pesar de que una política troglodítica mantuvo cerradas a piedra y lodo las puertas de estos dos países, alcanzamos a tener amigos peruanos y a oír las voces claras que resonaban al otro lado de las fronteras. Cierto es que, a pesar de vivir en una pobreza heroica, resultábamos ellos y nosotros vendidos al oro chileno o al oro peruano, según el caso, y sufríamos la persecución, la calumnia y el odio irracional y violento de «los accionistas del patriotismo». Invariablemente, también, las acusaciones y los dicterios, en ambos países, partían de los plutócratas que recibían propinas del capitalismo internacional y tenían vinculados sus intereses a la perpetuación del conflicto. Algún prepotente e incontrastable imperialismo financiero nos obligará un día a realizar de mal grado lo que en su hora fué el anhelo espontáneo de la juventud universitaria de Chile. Nombres del Perú que recordamos con cariño y homenaje: José María Eguren, Abraham Valdelomar, Alberto Hidalgo, Juan Parra del Riego, J. Carlos Mariátegui, César Rodríguez, Alberto Guillén, Percy Gibson. Todos han escrito páginas de oro para las antologías a pesar de vivir algunos de ellos entre la pólvora humeante de las luchas sociales.

Y en la misma presencia de Chocano, a quien se ha dado en llamar por antonomasia el poeta de América, con la misma intensidad con que se ha negado tal atributo a Rubén—ya hemos visto cuán falsas y vagas son estas generalizaciones—, se ve la ausencia de América en la antología. Resuenan en su canto Chimborazos y Tequendamas, Moctezumas y Cautemocs, Balboas y Lautaros, ríos, volcanes, selvas, reyes, emperadores, conquistadores, caciques y toquis, con una libertad armoniosa que el «último de los incas» rige con un enérgico gesto de imperio, conductor entusiasta de cuadrigas líricas ardientes y frenéticas, tipo de condottiero audaz y megalómano que tiene hoy el triste privilegio de ser el cantor más o menos oficial de las tiranías que

entenebrecen la agreste tierra ubérrima de América, él que fué libertador y secuaz de los revolucionarios que dieron flexibilidad a la poesía castellana prisionera de una retórica anquilosada. Chocano se proclama a sí mismo «el cantor de América autóctona y salvaje», y en su elocuencia desenfrenada y selvática, poseído irremediable del *pathos* del trópico, ruge agitando su melena leonina ceñida más tarde por la corona de oro de Leguía:

Walt Whitman tiene el Norte pero yo tengo el Sur.

Es Chocano el tipo representativo del hombre de grandes condiciones líricas, malogrado en nuestros países en formación hacia los que don Manuel José Quintana volvía su esperanza valetudinaria con el trémolo cardíaco de su canto de viejo tenor lírico:

Virgen del mundo, América inocente.

Y en esa idílica inocencia paradisiaca que el romanticismo de los siglos pretéritos atribuyó a nuestro continente, hemos visto naufragar a Chocano, que tan espléndida madera de poeta tenía. Participó en nuestras revoluciones sin gloria y sin ideales, escribió cantos laudatorios que en sus momentos de soledad deben darle risa o vergüenza, fué, en fin, el triste caso del intelectual que en vez de señorearse sobre el medio se deja dominar por él y se torna su adulator y su esclavo. Todavía sentimos el pistoletazo trágico con que el poeta apagó una de las existencias más bellas y puras de su patria porque, en su noble exaltación juvenil, no quería que los filósofos—amigos de la verdad, de la sabiduría—se sentaran en el séquito de los bufones en el festín de los tiranos. *South America*. Elmore y Chocano: grandeza y servidumbre de la inteligencia.

Después de esta larga fuga continental provocada por la vida y obra de Chocano volvamos la mirada a la Argentina. Noto la ausencia de nombres fundamentales como Enrique Banchs, Fernán Félix de Amador, Fernández Moreno, Rafael Al-

berto Arrieta, Andrés Chabrillon, Juan Pedro Calou, Ricardo Güiraldes, Jorge Luis Borges.

Del Uruguay faltan Delmira Agustini, María Eugenia Vaz Ferreira, el gran Carlos Sabat Ercasty, Luisa Luisi, Fernán Silva Valdés, Emilio Oribe.

¿Y de los nuestros, de Chile? Hay dos buenos nombres: Magallanes Moure y Gabriela Mistral. Pero las ausencias son capitales: no están ni Pezoa Velis, cuya *Tarde en el hospital* puede resistir el paralelo con los mejores poemas de Verlaine, ni Max Jara, Ernesto Guzmán, Pedro Prado, Jorge González Bastías, Angel Cruchaga, Carlos Mondaca, Daniel de la Vega, Daniel Vásquez, Jorge Hübner, Juan Guzmán Cruchaga, Manuel Rojas, Pablo Neruda, Y esto pensando sólo en el carácter moderno que se pretende dar a la antología.

Con estas ausencias, que sólo señalamos en esquema, porque escribimos de memoria y estamos lejos de poseer un mapa literario completo de Hispano América, ¿puede hablarse con seriedad y con verdad de una *antología moderna* de la poesía española?

¿Se aproxima siquiera este libro a las *Cien poesías líricas* de don Marcelino Menéndez y Pelayo que pretende seguir y que, a pesar de su conocida limitación de considerar sólo a los autores muertos, puede presentarse como un modelo de pulcritud literaria? ¿Se parece algo a la *Antología de la Poesía Francesa* de E. Díez Canedo y Fernando Fortun? Todo en esos libros es claridad, armonía, unidad, respeto al poeta y respeto al lector. Este libro, repitámoslo para apercibirnos contra futuras tentativas semejantes, puede ser señalado, sin que hasta el momento encontremos su émulo o su par, como el modelo preciso que hay que huir cuando se quiera hacer la antología, que todavía nadie ha intentado con seriedad, de la poesía española contemporánea.

Otros errores

Unamuno ocupa apenas media página de esta antología (pág. 62). Es un pequeño fragmento de *El Cristo de Velásquez*

una de las obras, digámoslo con todo respeto, en que el gran maestro español ha puesto mayor esperanza y la que más dista por su realización de la fe que su creador puso en ella. ¿No conocen los editores de la antología los intensos salmos religiosos de Unamuno, los versos a un niño, la elegía a la muerte de un perro, la poesía dedicada a Salamanca, y el poema, cuyo título mismo parece tallado en piedra: *La huella de la sangre de fuego*? ¿Y en el mismo *Cristo de Velásquez* no había fragmentos admirables para una buena antología? Unamuno es uno de los más grandes poetas de España en todos los tiempos por su misticismo duro y ascético, por la tierna reciedumbre de su espíritu, por el claro magisterio de su estrofa desnuda y su vida digna. Y esto no es una afirmación mía gratuita. En diferentes ocasiones y con otras palabras lo han dicho Rubén Darío, Ramón Pérez de Ayala, José Ortega y Gasset.

Salvador Rueda (págs. 32-35) ocupa más espacio que Unamuno con una mediocrísima poesía sobre *El mantón de Manila*, que tiene apenas un pequeño y muy relativo interés anecdótico y local. Injusto también. Rueda tiene poesías, muy pocas, es cierto, que son puro oro lírico.

José Juan Tablada (págs. 79-80) figura con unos versos de un modernismo que ya nos resulta anacrónico y trasnochado. El poeta mexicano vive en fervor de renovación perenne, ha llegado a la síntesis máxima del hay-kay, forma poética llena de gracia, ágil, menuda y saltante como una hoja de bambú. En la antología no se recoge ninguna muestra de esa su estética pura y simplificada.

¿Por qué a Enrique González Martínez lo dejan en esa antología petrificado en unos versos de gravedad pedagógica (págs. 87-89) que son el mascarón de proa y la caricatura en que quedó estereotipada la retórica modernista? Porque es retórica toda manifestación literaria que aspira a culminar en un milagro de perfección estética: hay la retórica de la sencillez y hay la retórica del énfasis, la retórica clásica y la retórica romántica, la retórica parnasiana y la retórica simbolista, la retórica que se llamó modernista y la que hoy llaman ultraísta. Pero de

todas estas retóricas la única en que descansa como en un regazo el buscador de belleza es la que más se disimula a sí misma, la retórica que no nos hace sentir la retórica, como el cristal que desaparece y se anula para hacernos admirar el paisaje que, a través de él, en nosotros penetra. Y hay quienes, abominando de toda retórica, arremeten contra ella disparando nuevos y vagos sistemas retóricos. La mejor retórica será aquella que nos haga olvidarnos de la retórica, la que se incorpore en nosotros sin sentirla, nimbada de tácita y serena belleza.

El gran lírico mexicano está ausente de estas páginas. Esos versos admirables en que le tuerce el cuello al cisne; la canción de la roca estéril; los versos a la lluvia; la casa con dos puertas; los que comienzan:

Como hermana y hermano,

todo eso está lejos de este libro. Y las notas más frescas, ágiles y juveniles (González Martínez se ha renovado en sus libros de madurez) de *La Palabra del Viento* y *El Romero Alucinado* tampoco figuran para nada en la antología. Juzguen, si no, los que saben leer y digan si aquí no se hizo momia la retórica modernista:

Iba toda desnuda la visión estupenda
con blancos de nardo, atrayente y fatal,
y su voz era flama, y su vientre era ofrenda
en que el sexo fulgía como un áureo trigal (pág. 88).

En el inmóvil cuerpo impasible y pétreo no se advierte el más leve temblor humano.

Antonio Machado (págs. 90-92) está muy bien, con su actitud armoniosa, meditativa y grave. Pero, ¿por qué no se puso algo más representativo de su genio poético, la gracia doliente y fina de sus versos autobiográficos, la nota honda de sus *Cantares* y *Proverbios*, la yerma desolación de sus *Campos de Castilla*?

Magallanes Moure (págs. 152-153), aunque con una sola poesía, admirablemente representado: *Apaisement*.

Gabriela Mistral (págs. 150-152) con dos poesías—*Nocturno* y *Balada*—que no creo que sean las que mejor la representan. Gabriela Mistral es la tragedia y la profecía: tiene encendida la herida viva del dolor irreparable y la llama de incienso de la plegaria. Purificada en el dolor, su poesía mana como los bíblicos ríos de leche y miel, cada día más clara y serena. No la han comprendido los editores de la antología.

Juana de Ibarbourou (págs. 144-145) figura con una poesía, *El fuerte lazo*, bien significativa dentro de su obra y con otra, *La higuera*, que no creo que agregue nada a las armoniosas creaciones de la autora de *El cántaro fresco*. Nota predominante en la lírica de Juana de Ibarbourou es la sensualidad, una sensualidad sana y juvenil que canta en las páginas eglógicas de *Las Lenguas de Diamante* y quiere tornarse grave y pensativa, aunque por suerte no lo consigue, en *Raíz Salvaje*. *El fuerte lazo* muestra la vibrante plenitud de la poetisa oriental, pero *La higuera* es una nota pueril e ingenua de coquetería femenina. Pobre elección. Señalaremos una vez más, ya que de poetisas uruguayas se trata, la ausencia inexplicable e imperdonable de Delmira Agustini, cuya vibrante vena erótica manaba en canciones de una sensualidad serpentina y crepitante; María Eugenia Vaz Ferreira, el trémolo metafísico en la poesía femenina de América, y Luisa Luisi, rima dulce y serena de carne y espíritu.

De Arturo Capdevila (págs. 146-148) y Alfonsina Storni (págs. 162-164) nadie, que no conozca su obra, podrá formarse idea a pesar del buen número de páginas que la antología les consagra. Otro tanto puede decirse de Enrique de Mesa (pág. 112), Jaime Torres Bodet (pág. 122), Rafael Heliodoro Valle (pág. 128), Ricardo León (págs. 135-136).

Involuntariamente se piensa en la broma de Valle Inclán:

y se santigua en un rincón
el pobre Ricardo León.

Porque, ¿es posible publicar en un libro que pretende ser una antología y es posible atribuir a un autor que, bien o mal, tiene un prestigio dentro de cierto público, versos como estos:

Amar lo es todo, conocer no es nada:
¿quién la razón de la Razón conoce?
Deléitate en los brazos de tu amada
sin descender al fondo de tu goce.

Huye del triste, apártate del sabio,
de aquel que esruja la razón y el seso:
no se hizo la miel para su labio
ni su labio se hizo para el beso (pág 135)?

¡Dos páginas así! Más le hubiera valido no figurar en la antología. Casi estoy por decir lo mismo de Enrique González Martínez. Si no fuera porque no dudo de la buena fe de los editores pensaría que, al emprender su obra, tuvieron en vista una labor de desprestigio literario.

Estoy muy distante de ser un fiel de la poesía de Ricardo León y, en general, de su literatura tan pulida, tan artificiosa, tan castiza, en el mal sentido de la palabra. Pero, a pesar de todo, considero una crueldad y una torpeza crucificarlo en una antología con unos versos de un prosaísmo tan pretensioso como insustancial. ¿No podían los editores haber espigado en *Alivio de caminantes* algunos versos con poesía que, las distancias guardadas, prolongan en nosotros el recuerdo de la dulce llaga de humano amor divino del místico Juan de Yepes en su *Cántico espiritual* de una triste y gozosa poesía, de un plácido y trágico arrobamiento en la plena comunión de Dios?

Los señores Julio Flores (pág. 113), Enrique López Alarcón (pág. 138), Pedro Luis de Gálvez (pág. 138), Luis de Oteyza (págs. 139-141), Alberto Valero Martín (págs. 141-143), José de Diego (pág. 146), Enrique Ruiz de la Serna (pág. 165) y Armando Buscarini (pág. 175) ¿no habrán escrito nada mejor de lo que figura como suyo en las páginas de la antología?

Porque si así no fuera, no merecerían figurar ni en éste ni en ningún libro que pretendiera ser una antología del movimien-

to lírico contemporáneo, o moderno como dicen nuestros editores. No nos alarman los nombres inéditos: lo que nos alarma es que su obra, o lo que se nos presenta como tal, continúe siendo inédita aun después de publicada. Lo que aquí se nos muestra son versos sin poesía, obras de carpintería métrica, pedestre y ramplona vulgaridad rimada.

Para que no se crea que exagero, voy a reproducir la muestra de don Armando Buscarini (págs. 175-176), el autor que «es el broche de oro con que se cierra este florilegio» para usar una frase que esté al nivel del libro lamentable.

Así canta don Armando Buscarini ante su *Hospital de leprosos*:

Hospital de San Juan de Dios, triste edificio
que albergas en tus muros la carne corrompida,
yo he sentido mi cuerpo tafuado en el suplicio
de tus curas crueles en nombre de la vida.

Como un sudario negro la tragedia en ti flota,
y rechinan los males lo mismo que cerrojos;
umbral de fosa lleno de vidas en derrota,
en donde a los gusanos se anticipan los piojos.

Las pétreas hermanitas, salmodiando oraciones,
en silencio atraviesan los largos pabellones,
y con una sonrisa de cansancio o de unción
consuelan al enfermo resignado, que siente
el fuego de la Vida en la carne doliente
y el frío de la Muerte dentro del corazón.

¿Y esto nos viene de España? ¿Y esto llega prestigiado por el sello de una editorial seria? ¿Y esto se publica en un libro que pretende ser una antología, continuación de la similar del ilustre don Marcelino Menéndez y Pelayo? ¿O es que los editores de la antología han perdido la razón o la hemos perdido nosotros? Porque una antología es un libro de poesía y los versos de don Armando Buscarini, los versos que aparecen en la antología—otros no conocemos—, no sólo no tienen nada que ver con la poesía sino que son la negación rastrera y desleal de toda poesía.

Olvidemos el mal rato y dejemos para otro día la ordenación de una jerarquía de valores entre las claras mentes de España y América.

Tengamos fe. Esperemos.

Ex-voto:

¡Que nunca nuestros editores tengan el mal pensamiento de intentar una antología parecida!

Carlos Keller R.

El problema de la colonización en Chile

I

CHILE posee una superficie de 75 millones de hectáreas, pobladas por sólo 4,2 millones de habitantes. De esta área son cultivables, según cálculos prudentiales, más o menos 25 millones. Al emplear aquí el término de cultivable se debe tener presente que su sentido es muy elástico. Gran parte del terreno que se puede aprovechar para la producción agrícola consiste en montañas, que muchas veces y especialmente en el Chile Central y Norte, sólo permiten un cultivo extensivo. Las condiciones meteorológicas de nuestro país—disminución de las lluvias de Sur a Norte, falta de lluvias en el Centro y el Norte, durante todo el verano y otoño, necesidad de riegos artificiales en esas dos regiones—explican que tengamos que ver con una situación especial que no permite comparar, sin un análisis cuidadoso, la agricultura europea con la nuestra, como se hace tantas veces.

Con todo, las cifras oficiales sobre la superficie agrícola que se encuentra en manos de particulares coinciden más o menos con la de 25 millones de hectáreas que acabamos de citar. Según la estadística agrícola, se encuentran en manos de particulares 25,4 millones de hectáreas, de las cuales se debe descontar, sí, un 20,5 % correspondiente a terrenos estériles.

Para poder formarse un juicio exacto sobre el área agrícola disponible, sería necesario hacer un cálculo que tomara en consideración las diferentes cualidades del suelo, destinación que se pudiera dar a las tierras, según la región en que se encuentran, etc., cálculo que hasta la fecha no se ha iniciado y que requeriría el trabajo de una comisión de agrónomos especialmente preparados para ello, y estudios efectuados en cada región del país.

No obstante, puede partirse de la base de que la superficie aprovechable para la producción agrícola es varias veces superior a la actualmente explotada en forma medianamente racional. Según la estadística de 1924-25 se cultivaban las siguientes superficies en Chile:

<i>Viñas.....</i>	70.000	hectáreas
<i>Plantaciones frutales.....</i>	27.000	»
<i>Cereales.....</i>	16.000	»
<i>Leguminosas.....</i>	63.000	»
<i>Papas.....</i>	29.000	»
<i>Hortalizas.....</i>	11.000	»
<i>Otros cultivos.....</i>	4.500	»
<i>Barbecho</i>	538.000	»

Estas cifras corresponden a sólo el 5,7 % de la superficie en manos de particulares. Del resto corresponde un 55 % a praderas, un 19 % a bosques y un 20,3 % a terrenos estériles. De la superficie que se encuentra en manos de particulares, el 62,2 % corresponde a fundos con cabida mayor de 5,000 hectáreas, el 16,7 % a fundos con 1,000 a 5,000 hectáreas y sólo el 3,3 % a fundos con menos de 50 hectáreas. En Chile prevalece, pues, el latifundismo, y la pequeña propiedad sólo ocupa una parte ínfima de la superficie total.

Debe tenerse presente que estas cifras sólo reflejan la relación que existe entre la propiedad, sin decir nada sobre la forma de explotación de las tierras. En realidad, los latifundios son explotados, en parte, no en forma extensiva o por medio de métodos que correspondan a la grande empresa, sino en la

forma que caracteriza a la pequeña propiedad. Una parte de sus tierras está en manos de los inquilinos y es explotada por ellos, y otra se entrega a los medieros, para que la exploten con participación de los propietarios de la tierra. Especialmente la chacarería se encuentra, en gran parte, en manos de medieros.

Finalmente debe tenerse presente que las condiciones naturales del país justifican hasta cierto grado la existencia de grandes propiedades, pues muchos terrenos sólo permiten una explotación extensiva.

A pesar de todas estas limitaciones no cabe duda que la superficie de Chile no es cultivada en la forma que sería de desear. El gran propietario, que ha heredado su fundo de sus antepasados, no necesita explotar toda la extensión de sus tierras para poder vivir de su renta. Le falta para ello, muchas veces, el capital; no posee conocimientos técnicos modernos, y no tiene tampoco, a menudo, el espíritu capitalista de trabajar por mero afán al trabajo. Especialmente en Chile Central se ha podido observar frecuentemente un atraso lamentable de la agricultura.

Estos hechos innegables explican el gran interés con que la opinión pública del país acogió la intención del Gobierno de iniciar una política colonizadora enérgica.

Nos hemos venido a dar cuenta de que el país necesita más habitantes, que la industria no se puede desarrollar en Chile sin encontrar una base sólida en su agricultura y que es necesario estimular la exportación de productos agrícolas. La importancia de nuestro país para el mercado mundial proviene exclusivamente de nuestra minería, pues del total exportado en 1927, que alcanzó a 1.690 millones, el 85% corresponde a esta rama de nuestra economía. En caso de agotarse las existencias de salitre o de hacerse imposible la exportación de este abono, debido a nuevos procedimientos técnicos que coloquen en una situación más ventajosa a sus competidores, nuestra balanza de pagos sufriría una crisis gravísima, y es, por tanto, necesario suplir la exportación de salitre por la de otros productos, entre los cuales se encuentran, en primer lugar,

los agrícolas. Y el problema agrario de Chile es, en gran parte, un problema de colonización.

La intención de este ensayo consiste en estudiar a grandes rasgos la nueva Ley de Colonización y en exponer los resultados que de ella pueden esperarse.

II

Disponemos en el país de tierras fiscales y particulares para fines de colonización.

Existe gran discrepancia de opiniones sobre la superficie de las tierras fiscales. En Chile Austral pertenece jurídicamente, sin lugar a dudas, gran parte de las tierras disponibles al Estado. Pero estas tierras han sido ocupadas por particulares y son explotadas por ellos. Han pasado muchas veces por varias manos. Sus ocupantes actuales alegan en su favor que el valor que actualmente tienen proviene casi exclusivamente de las mejoras introducidas por ellos, pues las tierras en sí, sin cercos, limpias, caminos, etc., no representan valor alguno. El Estado ha reconocido hasta cierto grado los argumentos de los particulares y les ha concedido el derecho de constituir títulos definitivos de propiedad, previas ciertas indemnizaciones al Estado (Ley de propiedad austral). Sólo después de la revisión completa de los títulos de aquellas tierras será posible formarse un juicio sobre la superficie que quedará a disposición del Estado para fines de colonización. Es muy probable que no sea muy extensa y, sobre todo, que no sea apropiada para los fines de la Ley de Colonización.

De mayor importancia pueden llegar a ser las tierras baldías del Norte, que el Estado ponga en condiciones de poder ser explotadas por medio de obras de regadío. Hay numerosos cauces de aguas superficiales que se pueden aprovechar para cultivar terrenos actualmente estériles, y probablemente serán, en el futuro, todavía de mayor importancia las tierras que se puedan regar aprovechando las corrientes de aguas subterráneas,

por medio de la construcción de pozos, los cuales han dado excelentes resultados en el Ferrocarril Longitudinal Norte.

La nueva Ley dispone que todas estas tierras, tanto las del Sur como las del Norte, y siempre que se trate de propiedades fiscales, pueden ser entregadas a la Caja de Colonización para los fines que ella persigue. Pero dada la solución especial que se quiere dar al problema de la colonización, y de la cual se tratará más adelante, será necesario recurrir igualmente a las propiedades particulares. Como principio, la Caja adquirirá las tierras que sus propietarios le ofrezcan voluntariamente, cuyo precio no podrá ser superior a un 125% del avalúo para los efectos de la contribución sobre propiedades. Es probable que bajo estas condiciones se ofrecerán suficientes tierras a la Caja, especialmente si el precio se paga al contado. La Caja actuará, en este caso, como cualquier particular, pero ofrecerá condiciones de pago más ventajosas. Es sabido que en Chile existen numerosos fundos con una carga excesiva de deudas, especialmente hipotecarias, y cuyos dueños se ven en la necesidad de venderlos. Como tales fundos, en general, son mal administrados, su valor actual es en mucho inferior al que representarían en condiciones normales de explotación, por lo cual son especialmente apropiados para la colonización. Puede suponerse que la mayor parte de las tierras que necesite la Caja serán adquiridas de manos de particulares por venta voluntaria; al menos será así en los primeros años.

Pero la Ley prevé también la necesidad de tener que recurrir a la expropiación de tierras particulares y establece una serie de disposiciones al respecto. El procedimiento es, en este caso, el siguiente: la Caja se dirige al Presidente de la República y le pide la expropiación de determinadas tierras, previa aprobación de un plan de colonización en ellas. El Presidente designa una comisión de tres hombres buenos que debe efectuar la tasación de las tierras. Si la Caja o el particular no acepta la tasación de esta comisión, queda el derecho de reclamar ante la justicia ordinaria, conforme a las disposiciones generales sobre expropiación por utilidad pública. En todo caso, la Caja

tiene obligación de hacerse cargo de las tierras cuya expropiación solicitó, sea cual fuere el precio fijado. Esta disposición, no contemplada en el proyecto de ley primitivo, representa un verdadero defecto de la Ley. Supongamos que la Caja haya elaborado un proyecto de colonización en un fundo que esté basado en la rentabilidad correspondiente a un capital de un millón de pesos. Para poder realizar económicamente este proyecto—pues el «principio económico» fija a toda empresa un capital máximo que permite trabajar con utilidad—no se puede invertir más de un millón en la colonia. Supongamos ahora que la comisión de hombres buenos fije el precio del fundo en 1,5 millones (es sabido que en asuntos de tasación las opiniones suelen ser muy divergentes). La Caja tiene que hacerse cargo del fundo. Supongamos que su reclamo ante la justicia ordinaria sea desechado. ¿Quién es, ahora, el que, en realidad, tiene que pagar el valor de la tierra? Sin duda, el colono; pues mientras la Caja no quiera experimentar una pérdida de medio millón de pesos, tendrá que cargar el valor íntegro del terreno a las hijuelas que forme. Pero, por otra parte, el colono, a su vez, no estará en condiciones de poder obtener de la tierra lo suficiente para alimentar a su familia y cancelar, además, los intereses y amortizaciones crecidos que recargan su colonia. Así la sola disposición que estamos comentando impedirá en numerosos casos la aplicación de la expropiación.

Pero existe, fuera de esta consideración general, una serie de restricciones en la misma Ley que limitan el derecho de pedir la expropiación a ciertos casos especiales. Ella sólo se puede efectuar dentro de una zona de 15 kilómetros alrededor de las estaciones de ferrocarriles y de los puertos y de 5 km. a lo largo de los caminos públicos y de los ríos y lagos navegables. Se exceptúan todas las propiedades de menos de 300 hectáreas al Norte y de 500 hectáreas al Sur del río Maule. Se exceptúan, además, todos los predios explotados intensivamente, sin que la Ley defina lo que se debe entender por explotación intensiva. Hay, también, otras restricciones de menor importancia. Disposiciones especiales rigen para la expropiación

de tierras en zonas en que se construyen nuevos ferrocarriles y obras de regadío.

Como se ve, si la Ley establece como principio la expropiación de tierras particulares para fines de colonización, se limita la expropiación por sus propias disposiciones a algunos casos especiales y se establecen normas sobre el pago de las tierras expropiadas que impiden su aplicación práctica. Cabe agregar que todas estas limitaciones y restricciones son obra del Congreso. Es probable, como ya vimos, que la Caja adquiriera suficientes tierras en venta voluntaria, sin necesidad de recurrir a la expropiación. En caso que la experiencia demuestre lo contrario, será necesario modificar la Ley actual en las partes pertinentes.

III

Pasemos a tratar, ahora, de los medios financieros que la Ley consulta para los fines de la colonización.

Se trata de tres partidas, a saber:

1) Se consultarán en los presupuestos extraordinarios, desde 1929 hasta 1933, en total 100 millones de pesos que formarán el capital de la Caja; 2) Las entradas que obtenga la Caja anualmente por capítulo de intereses, amortizaciones, intereses penales, etc., serán destinadas exclusivamente a atender el servicio de empréstitos que se contraten para fines de colonización, después de deducidos los gastos administrativos, y 3) Cada colono debe disponer de a lo menos un 10% del valor de su colonia.

Como se ve, estas tres partidas forman una suma cuantiosa y permitirán destinar varios centenares de millones de pesos a la colonización nacional.

IV

La organización de las colonias en Chile obedece a fines que difieren de los que se propuso la colonización en otros

países. No se trata de remediar un malestar social como en el Este de Europa. No se trata de formar colonias conforme al ejemplo del siglo XIX. En aquel tiempo, el Estado repartió tierras a colonos nacionales y extranjeros, en las provincias australes del país. El papel del Estado se limitaba a demarcar las tierras y proporcionar a los colonos una pequeña ayuda. Las hijuelas eran, en general, rectangulares, y los colonos vivían dispersos en el campo, sin poder ayudarse mutuamente. No se formaron poblaciones o centros de producción. En vez de fomentar el mutualismo—fuerza y salvación del pequeño campesino—, se establecieron hijuelas independientes las unas de las otras y cuyas casas no formaban núcleos. Se entregaron, además, esas tierras a colonos que muchas veces no reunían ni el capital, ni los conocimientos, ni las condiciones personales indispensables para poder cultivarlas debidamente. Se puede afirmar que la política colonizadora de Chile en el siglo XIX fué absurda y contraria a todas las leyes económicas. Si a pesar de ello se obtuvieron resultados halagadores en muchas partes, ello se debe, en primer lugar, al espíritu abnegado con que los colonos alemanes se impusieron frente a la naturaleza y a las condiciones en que se les colocó.

Si se quiere establecer algún principio general, según el cual se debe colonizar, hemos de recurrir a la teoría de Thuenen sobre los círculos concéntricos de producción agrícola. Según este autor, las condiciones naturales, es decir, en este caso, los gastos de transporte, obligan al hombre a adoptar, según la situación del predio agrícola respecto del centro de consumo, ciertos tipos de organización de la agricultura. En los alrededores de aquellos centros se desarrollará la explotación más intensiva (chacras, huertas); el segundo círculo, más alejado, es formado por bosques (pues la madera no tolera gastos subidos de transporte); el tercer círculo corresponde a la producción de cereales y crianza de ganado de beneficio; se divide, a su vez, en tres subgrupos, a saber: cultivos libres (empleo de mucho abono y maquinaria, producción de los productos que dan el mejor resultado económico), rotación de frutos (se explotan todas

las tierras, pero alterando el orden de los frutos que se cultivan) y rotación de tierras (no se explotan todas las tierras disponibles, simultáneamente, sino que se alternan las parcelas, dejando una parte en barbecho o para el pastoreo); el cuarto círculo corresponde al pastoreo extensivo, roces y cultivo esporádico de cereales y otros frutos para el propio consumo, y finalmente, el quinto se explota solamente por medio de la caza y la pesca.

La existencia o construcción de caminos, ferrocarriles, canales, ríos o lagos produce el efecto de acercar los predios situados a lo largo de ellos a los centros de consumo con que los comunican, pero no altera el orden que establece Thuenen.

Cada uno de estos círculos obedece, pues, a ciertos principios naturales, dependientes de la influencia que la distancia y el costo de transporte que ella envuelve, producen sobre la rentabilidad de la producción de diferentes productos, conforme a los diferentes métodos de producción. Así los sistemas agrarios que se desarrollaron históricamente en el curso de los milenios, se repiten en la actualidad y tienen, además, su justificación económica. A cada sistema corresponde, también, un tipo diferente de agricultor. En el primer círculo se requieren pequeños propietarios, dotados de conocimientos técnicos y que dispongan de capitales relativamente cuantiosos. Es el tipo del agricultor moderno, que trabaja no empírica sino racionalmente, que aplica determinados métodos no por habérselos enseñado su padre, sino porque conoce científicamente sus efectos, que explota la última pulgada de tierra, que invierte en el suelo todo lo necesario para convertirlo en un verdadero aparato de producción, tan complicado y artificial como lo es la máquina que utiliza la industria moderna. A medida que nos alejamos del centro de consumo, aumenta la superficie que «idealmente» debe comprender el predio y disminuye la inversión de capital y de trabajo en cada unidad de tierra; se requiere, a la vez, menos preparación técnica para explotarla. Así, en el círculo que encierra la rotación de tierras y que es el que predomina en nuestro país, encontraremos al agricultor tradicionalista y

empírico, sin preparación científica, dependiente en los trabajos del campo de lo que le aconsejan sus mayordomos y que no comprende los procesos fisiológicos que se producen en el crecimiento de las plantas.

Al colonizar las regiones australes de Chile en la segunda mitad del siglo pasado se cometió una serie de errores, según el criterio de Thuenen, entre los cuales cabe anotar especialmente los siguientes: 1) Se adoptó, para regiones correspondientes al cuarto y quinto círculos de Thuenen, la pequeña propiedad como cabida de los predios, que es absolutamente inadecuada para esa situación; 2) Se empleó para trabajos que sólo requieren la fuerza del músculo (limpia de las tierras) a colonos dotados de las cualidades que se necesitan en los círculos primero y tercero, subgrupos uno y dos. De esta manera, se ha derrochado un capital humano que habría podido producir mucho más en condiciones normales; 3) Se radicó a estos colonos calificados, aisladamente, en campos despoblados, sin contacto los unos con los otros y sin la posibilidad de mantener el nivel de cultura de que disponían a su llegada al país. Porque debe tenerse presente que la cultura humana es fruto de la sociabilidad y donde falta ésta se produce un retroceso hacia formas primitivas, como se pudo observar, en realidad, durante mucho tiempo en la zona de colonización del Sur de Chile (donde sólo en los últimos tiempos han mejorado las condiciones, debido a circunstancias que sería demasiado prolijo analizar en este lugar).

No hemos recordado estos fundamentos teóricos e históricos para dogmatizar o hacer historia, sino para poner más de relieve los progresos que, a este respecto, significa la nueva Ley de Colonización.

Efectivamente, en ella se han salvado todos los errores del pasado. El objeto esencial de la colonización consiste en establecer núcleos de producción, o sea, en reunir a varias familias de colonos en un centro, que siempre debe estar situado en zonas de fácil acceso a los centros de consumo. La colonización se efectuará, por consiguiente, primordialmente, en Chile

Central. En esta región existen, como ya hemos visto, numerosos fundos mal administrados, o, para emplear nuestra terminología, administrados conforme a los principios que rigen para el círculo tercero, subgrupo tres, de Thuenen, pudiendo ser explotados de acuerdo con los métodos del círculo primero o tercero, subgrupos uno y dos. Es sabido, ahora, que el valor de un predio agrícola depende, en general, de la renta que produce, pues para determinarlo se capitaliza la renta neta. La renta de un predio depende, empero, de la forma en que se explota, de manera que un fundo administrado de acuerdo con los métodos extensivos representa actualmente un valor inferior al del mismo fundo, explotado intensivamente. El secreto de la colonización consiste en sacar provecho de esta circunstancia: hijuelado un latifundio, cada hijuela produce mucho más que la parte que le correspondía antes proporcionalmente en el conjunto. Se trata, pues, en buenas cuentas, de elegir para la colonización fundos que actualmente no son explotados en la forma que corresponde a su situación frente a los mercados de consumo. El espíritu de la nueva Ley no es otro. Y precisamente por estar basada, de esta manera, en el «principio económico» y no en experimentos de política social, se pueden esperar de ella buenos resultados para la economía nacional.

Se toma explícitamente en consideración en la Ley la situación especial que ofrecen las tierras fiscales situadas en las regiones australes (hasta Chiloé, pues para los dos Territorios de Aysen y Magallanes rigen leyes especiales). Estas tierras, alejadas casi siempre de los ferrocarriles, se entregarán gratuitamente y la superficie de cada colonia será hasta de 150 hectáreas, o sea, mucho mayor que las concedidas en el siglo XIX, las cuales eran, en general, de 60 hectáreas. Los colonos que obtengan estas tierras tienen derecho a préstamos y otras facilidades que concede la Ley. Las superficies máximas que, por regla general, establece la Ley, son las siguientes: 1) Al Norte del río Maule, 20 hectáreas en terrenos regados; 2) Al Sur de este río, 40 hectáreas en terrenos regados; y 3) En

terrenos de secano, 500 hectáreas. En casos especiales se pueden ampliar estas cabidas.

Prácticamente, se procederá de la siguiente manera: la Caja de Colonización forma, en las tierras adquiridas, las hijuelas o colonias, construye casas, caminos, canales, cercos, hace plantaciones y prepara cada colonia de manera que se pueda iniciar su explotación intensiva desde el principio. El colono no trabaja aisladamente sino que queda sometido a la Caja, la cual puede establecer en los contratos con los colonos que hasta un 20% de la superficie debe ser cultivada con productos que ella determine. La Caja establece, además, un plan de trabajo para cada núcleo de producción y concede al colono facilidades financieras (créditos) y consejos prácticos. La Caja se hace cargo, también, del establecimiento de cooperativas de toda clase, las cuales pueden obtener créditos de ella. Puede la Caja facilitar también el capital necesario para establecer fábricas en que se transformen las materias primeras obtenidas en los núcleos de producción, para construir bodegas y galpones, correos, telégrafo y escuelas, para establecer campos de experimentación y otras obras de interés común en beneficio de los colonos.

Como se ve, la Ley está caracterizada por un espíritu moderno y trata de crear algo que nos hace falta en Chile hasta la fecha: una agricultura organizada conforme a los principios de la técnica contemporánea. Cada colono sólo puede obtener una sola colonia, pero en caso que tenga tres o más hijos, puede obtener una más por cada tres hijos. Existen disposiciones especiales que limitan el derecho de transferencia y de contraer deudas con garantía de la colonia, como también el de embargo.

Se prohíbe la división de la colonia en caso de sucesión por causa de muerte. Aunque las disposiciones al respecto son poco detalladas y posiblemente se presten a diferentes interpretaciones y dudas, es éste otro de los puntos en que se ha procedido a innovar en nuestro país.

Es sabido que en Europa y América se han abolido los mayorazgos y fideicomisos que habían adquirido tanta importancia

respecto de la gran propiedad a partir del siglo XVII. Se concedieron a todos los herederos iguales derechos en la sucesión, principio defendido especialmente bajo la influencia del individualismo que se impuso en la sociedad occidental, desde la Revolución Francesa.

Al reformarse hace cien años los códigos civiles de los diferentes países, se tuvo en vista especialmente la situación de la gran propiedad, cuya subdivisión se trataba de fomentar. Para poder apreciar la situación de la pequeña propiedad ante esta legislación, es preciso tener presente que una subdivisión exagerada es contraproducente, siempre que no se efectúe de acuerdo con la teoría de Thuenen. Parcelas diminutas, situadas en los círculos tercero, subgrupos dos y tres, cuarto y quinto, no podrán mantener a la larga su independencia económica y favorecerán directamente la formación de latifundios, pues sus propietarios se verán en la necesidad de venderlas y llegarían a parar en manos de grandes propietarios (este fenómeno se puede observar actualmente en la zona de colonización nacional de la provincia de Cautín). Económicamente existe, pues, un mínimo de superficie necesario para que una propiedad pueda mantener su independencia.

En Francia, con una legislación semejante a la nuestra a este respecto, el individualismo imperante en el Código Civil no ha redundado en contra de la pequeña propiedad, por la razón de que todo francés hace un testamento y dispone en él sobre sus bienes, conservando la propiedad a uno de sus hijos.

En Chile, la sucesión testamentaria es la excepción, al menos en el pueblo (los pequeños propietarios), de manera que se aplicarán las reglas del Código Civil, o sea, los herederos podrán pedir la división, con igual participación en el valor de la propiedad. La nueva Ley de Colonización dispone, ahora, para las colonias formadas de acuerdo con ella:

En ningún caso podrá subdividirse la parcela. Si falleciere el colono, la viuda y sus hijos continuarán, en comunidad, en calidad de colonos, con el lote adquirido por su causante, siempre que estuvieren de acuerdo. Si no hubiere acuerdo, el lote deberá ser subastado con admisión de postores extraños que

reunan los requisitos que la ley exige para ser colonos. En igualdad de condiciones, tendrán preferencia en la adjudicación la viuda y los hijos menores... Si falleciere la mujer del colono, éste continuará en comunidad con los herederos de aquélla en el goce de la parcela; la cuota de los herederos será pagada en el plazo de cinco años, más el interés del 6 por ciento anual. (Art. 32.)

Como se ve, la Ley protege la integridad de la propiedad: las hijuelas, una vez formadas, ya no se podrán subdividir. No obstante esta solución de beneficios innegables, habría convenido avanzar un paso más y restablecer, para las colonias agrícolas, los mayorazgos, tal como ha hecho Alemania. La situación de los herederos es en Chile muy semejante a la que se produce en Alemania: al revés de lo que ocurre en Francia, no hay testamento. El Código Civil dispone que el testador puede disponer a favor de los legitimarios de la cuarta de mejoras y, libremente, de la cuarta de libre disposición. Es decir, el testador puede favorecer a uno de sus hijos. Este derecho que tiene el testador se toma ahora como base para un sistema de sucesión obligatorio en las colonias. El hijo mayor recibe, fuera de su legítima, la cuarta o tercera parte o la mitad de los bienes que deja el difunto. Por testamento, el testador puede favorecer con estos beneficios a otro de sus hijos.

El objeto de estas disposiciones no consiste en privilegiar a un hijo, sino en mantener la independencia económica de la colonia y en conservar ésta para la familia. Porque sin ser favorecido con una parte de los bienes del padre, fuera de la legítima, ninguno de los hijos va a poder hacerse cargo de la colonia, ya que estará en la imposibilidad de pagar a los demás herederos la parte que les corresponde. Suponiendo que existan cinco herederos, la colonia quedará gravada a favor de los herederos excluidos de la propiedad, con un 80% de su valor, cantidad que ninguno de los hijos podrá cancelar en un plazo relativamente corto. El resultado será, pues, que la colonia pasará a otras manos.

Si la Ley defiende la integridad de la colonia no defiende, por otra parte, la conservación de la colonia por la familia,

requisito fundamental y de enorme transcendencia sociológica.

V

Las condiciones que la ley exige al colono para poder optar a una colonia son las siguientes: 1) Ser mayor de 20 años y no mayor de 55 años, sano y de buenas costumbres; 2) No haber sido condenado por crimen o simple delito que merezca pena aflictiva, y 3) no tener otro predio rústico de superficie igual o superior a la cabida correspondiente a una parcela.

Se colonizará con colonos chilenos y extranjeros.

Como se ve, se trata de disposiciones elásticas.

El éxito de la colonización dependerá, en gran parte, de la selección de los colonos. No podrán ser éstos—excepción hecha de las colonias establecidas en tierras fiscales del Sur—simples campesinos sin conocimientos técnicos y sin capital. Más arriba se trató ya de lo que la Ley entiende por colonización y de las condiciones que deben reunir los colonos, de manera que sería obvio repetir aquí lo dicho. Se han suscitado dudas sobre la posibilidad de obtener los colonos que se necesitan. En el país, existe, sin duda, un buen número de campesinos que reúnen las condiciones exigidas y que se podrán aprovechar. Fuera de ellos, existe la posibilidad de atraer al país colonos extranjeros. A este respecto se puede partir de la siguiente base: 1) Debido al sistema de mayorazgos que existe, por ejemplo, en Alemania, los hijos excluidos de la propiedad están interesados en obtener tierras para dedicarse a la agricultura. Disponen de capital (la parte que les paga el hijo favorecido con la propiedad) y de la preparación técnica necesaria para corresponder a los fines que se propone nuestra Ley. El Gobierno de Alemania está interesado en radicar a estos colonos en países amigos que puedan surtir a ese país de las materias primeras que necesita importar. Su interés, a este respecto, es tan grande que está dispuesto a conceder toda clase de facilidades a estos colonos, incluso

ayuda financiera. Tenemos, pues, un punto de contacto en que se tocan los intereses de Alemania con los de Chile: Alemania quiere radicar su exceso de población en países amigos, para adquirir de ellos las materias primeras que necesita; Chile necesita tales colonos y está interesado en aumentar sus exportaciones de productos agrícolas. Una situación análoga existe en otros países de Europa Central; 2) Debido a las persecuciones y dificultades de toda clase a que están expuestas las minorías raciales en los países formados después de la guerra mundial, están interesadas en emigrar y domiciliarse en países que les concedan hospitalidad y libertad. Estos colonos son especialmente aptos para los fines de nuestra Ley.

Como se ve, no existe peligro de no poder encontrar los colonos que necesitamos en Chile.

VI

Ya se trató más arriba de los medios financieros que la Ley consulta para la colonización. Nos queda que tratar todavía de la organización financiera de las colonias.

La Caja de Colonización recargará las colonias con el valor de costo de todas las inversiones que haga en ellas: adquisición del suelo, construcciones y mejoras. El colono debe pagar el 10% de este valor en el momento en que se haga cargo de la colonia, la cual será gravada con el resto. El saldo de precio será pagado, por cuotas anuales, con una amortización acumulativa de 2% y devengará interés de 6% anual, después del segundo año. El colono puede hacer amortizaciones extraordinarias.

No se trata, pues, de entregar gratuitamente tierras y beneficios, sino de organizar sencillamente la subdivisión sistemática de la propiedad, creando núcleos de producción. La Caja de Colonización es una empresa económica, cuya finalidad, por supuesto, no consiste en obtener ganancias, pero sí en obtener de los colonos los intereses y amortizaciones de los capitales

invertidos en las colonias. Se tendrá que regir, en consecuencia, por el «principio económico», o sea, todas sus actividades tendrán un carácter eminentemente práctico y económico.

Una política colonizadora basada en tales principios tiene que producir forzosamente beneficios al país. Al principio se tratará de ensayos, de cuyos resultados dependerá el desarrollo que, en el futuro, se dé a las actividades colonizadoras.

VII

La Caja de Colonización Agrícola, a cuyo cargo estará la colonización, es una institución fundada por el Estado, pero autónoma y con personalidad jurídica propia.

La administración superior de ella corresponde a un Consejo, compuesto de un presidente, designado por el Presidente de la República; de los directores de los departamentos de Agricultura y de Tierras y Colonización del Ministerio de Fomento; del director de la Caja de Colonización; de tres consejeros designados por el Presidente de la República, dos de los cuales deben ser elegidos entre los colonos; de un miembro del Directorio de la Sociedad Nacional de Agricultura y un miembro del Directorio de la Sociedad Agrícola y Ganadera de Osorno; de un consejero propuesto por la Caja de Crédito Agrario y otro por el Directorio del Banco Central. Estos cuatro últimos serán nombrados por el Presidente de la República a propuesta en terna. Los consejeros de elección durarán tres años en el desempeño de sus funciones.

* * *

Si se estudia el conjunto de disposiciones que contempla la Ley de Colonización no puede caber duda que se trata de una innovación de trascendencia extraordinaria. Si se cumplen las esperanzas que abrigan los que propulsaron y contribuyeron al

estudio de la Ley, la estructura económica de Chile experimentará una alteración completa. Se trata de establecer, al lado de la minería que hoy día prevalece por completo en nuestra economía, una agricultura fuerte y sana. Se persigue un fin primordialmente económico, pero que estará acompañado de una serie de fenómenos sociales de importancia no menor.

No es posible prever los resultados complejos que producirá la Ley de Colonización.

Juliana Hermil

Meditaciones breves

EMBAJADAS DE BUENA VOLUNTAD



EMBAJADAS de buena voluntad han partido de los rascacielos rumbo a las casas bajas. Primero fué Lindbergh, efebo alado, que esconde, como los griegos de Pericles, bajo la gracia que parece espontánea, el esfuerzo metódico de la inteligencia y del músculo. Después, otros y otros hasta Hoover que elige para transportar su rama de olivo el casco formidable de un acorazado.

¡Paz a los hombres de buena voluntad!, promete el Evangelio cristiano. ¿Estos embajadores llevarán de verdad entre los pliegues de su toga la paz o la guerra? ¿O su buena voluntad será al mundo como los ideales son al hombre, es decir, índice del bien que anhela, pero no del que es capaz de realizar?

Aún se estremecen las ondas trasmisoras de los discursos de Hoover y ya resuena el corazón bronceado de la América con el rebato guerrero. Bolivianos y paraguayos retroceden hacia Abel y Caín. En el momento en que

esto escribimos, parece que la cordura vence y que acaso se evite la guerra.

¡Una guerra por dificultades fronterizas! ¿No es algo arcaico, primitivo y casi salvaje? Una indiada. Y ha estado a punto de suceder, y si se la ahuyenta hoy, ¿estamos seguros de que no venga mañana? Todavía, pese a los aparatos que captan para esparcirlo por las naciones el hasta ayer efímero soplo de la voz humana, pese a los artefactos devoradores de distancias, pese a la sincera obra de fraternidad intelectual, este troglodita que todos escondemos debajo de nuestra capa de civilización, aulla hambriento de carne humana.

Cuando la Liga de las Naciones y otras entidades por el estilo adoptan conclusiones de propaganda pacifista, yo me pregunto si sus esfuerzos no van desorientados. La guerra y la paz, ¿no las llevamos todos en el pecho? La guerra es la vuelta a la barbarie, a la violencia y al canibalismo. ¡Cúbrasela con el lábaro más santo! Llámese a éste patriotismo—aunque el amor a la patria debe y puede expresarse de otro modo—; llámesele salvamento de la civilización (frase que tanto escuchamos mientras se devoraban unos a otros los ejércitos a las orillas del Marne), en el fondo no es sino el desencadenamiento de los instintos salvajes. El sub-consciente antropófago que ahoga al civilizado amante de la paz y respetuoso de la vida humana.

Cometeríamos una injusticia hacia el troglodita insinuando que sólo se gozaba en la acción bestial, porque junto a tales furores, alboreaban sentimientos que, desarrollándose en el devanar de los tiempos, han hablado por las bocas de videntes, de sabios y de poetas. Más cerca del

bruto, creía indispensable matar para defenderse. Sin embargo, en el bajo pueblo hoy día, ¿no existe esa misma tendencia, no hay también igual desprecio por la vida humana? ¡Una puñalada! ¡Con qué facilidad se hunde en la entraña! Un niño que se muere. ¡Qué importa! ¡Un angelito más al cielo!

La yacija de la guerra ahí se esconde: en los instintos, cuanto menos frenados por el trabajo intelectual, más dispuestos a lanzarse como perros rabiosos. Los embajadores de la buena voluntad, los querría ver yo llegar hasta el lagar de la raza, que no quedaran flotando sobre las ondas superficiales, sino que tocasen fondo y bajasen hasta el pueblo de instintos contumaces.

Vienen de los rascacielos soberbios, engreídos de su poder y de su riqueza. Y valdría preguntarse si no necesitan sus habitantes, más que los nuestros, tímidos y débiles, predicadores de buena voluntad. Porque cuando se exuda fuerza, si los frenos de la cultura no son recios, saltan hecho pedazos por los instintos.

La guerra y la paz en todo el mundo es tema de educación. ¿Emprenderemos alguna vez la cruzada de cultura profunda que hace falta para redimirnos?

Hombres, ideas y libros

Otros aspectos del pesimismo inglés

París, Octubre de 1928.

EN su libro *England* el Dean Inge no oculta su pesimismo. En otra parte he puesto mi conato en describir su melancólica visión del porvenir inglés. Según el escritor que se complace en acumular sombríos presagios, el ciudadano británico ha predominado hasta ahora sobre sus rivales gracias a su voluntad que se mantiene en tensión constante, pero ahora se enflaquece su energía y se presenta ante los pueblos que combaten su predominio tal como es en realidad, perezoso, aburrido y estúpido.

El Dean se preocupa de recientes manifestaciones de división en el Reino. En el seno de éste se forman «las dos naciones», que ya describió en su época Disraeli. «Sus civilizaciones, dijo hace ochenta años, no son dos etapas de la misma civilización, sino dos civilizaciones, dos tradiciones que rivalizan.» Una de esas naciones, la inferior, desnuda de sentimientos patrióticos, hostil y acerba, defiende tan sólo sus intereses propios y turba continuamente la paz interna, con huelgas y amenazas, en verdadera guerra civil. En el ejército revolucionario se juntan no solamente tímidos y honestos obreros que obedecen a la presión de un *meneur*, sino también la turba de los degenerados, imbeciles o neuróticos, que no pueden adecuarse a un orden social complejo. Esta es, nota el escritor, la enfermedad del indus-

trialismo: aparece donde la máquina interviene en gran escala, en las ciudades tentaculares más bien que en las comunidades rurales. En las antiguas luchas políticas, conservadores y liberales o radicales, *tories* y *whigs* respetaban la unidad del país, el orden constitucional. Ahora el trabajador se ufana de recibir órdenes y estipendio del extranjero y no teme desquiciar la fábrica industrial.

Se observa, al mismo tiempo, una tendencia disgénica en la población, fecundidad en los hogares de las clases inferiores y malthusianismo, angustiosa previsión en las familias más principales, en la alta clase media y en la aristocracia. Para conservar el mismo nivel de existencia, para no descender en la escala social, las familias ricas renuncian a engendrar hijos. Así domina, en vez de la eugenesia, el abandono de los barrios pobres, de los *slums*. La raza que se renueva merced a elementos viciados, degenera. Una barbarie interior va amenazando a la nación, inversión de influencias y de valores. El inglés no lucha porque ha perdido su antiguo ímpetu y se resigna a desfallecer y a morir.

En otros volúmenes publicados en los últimos años topamos con igual pesimismo. Es cierto que ninguno de estos escritores, aunque sufra desmedro el poder de la isla altiva, abandona a la madre patria doliente. Todos ellos declaran, como el Dean Inge, que nunca, ni cuando se entenebrece el horizonte ante sus miradas, han deseado dejar de ser ingleses. En 1926, un filósofo de Oxford, Mr. Schiller, que se distinguió en brillantes campañas en favor del pragmatismo, se convirtió en *Cassandra*, en un pequeño libro ingenioso. Estudiaba en él, con menos extensión que el Reverendo Inge, la condición actual del Imperio Británico, heredero del Imperio Romano. Antecedía el acabamiento de su gradeza y de su poder, primero en Europa porque ha abandonado su magnífico aislamiento y no sabe ya defender el equilibrio de pueblos, desarmar y abatir al más vigoroso; en Asia donde se levantan naciones remozadas contra su hegemonía, en nombre de la doctrina wilsoniana. En todos los continentes los «Dominios» que fueron poblados por ingleses se

sienten seguros de sí mismos y aspiran a una independencia completa.

Por otra parte, entre las dos grandes familias sajonas, no cabe ya amistad duradera. En Estados Unidos se considera posible la guerra con la antigua metrópoli y las unidades navales que va construyendo destruyen la supremacía de Inglaterra, su pregonado navalismo. El Reino no dispone ya de los océanos, *never again will Britannia rule all the waves*. Mr. Schiller observa que tanto en los Dominios como en la República norteamericana va dominando un desdén petulante por la actividad del Viejo Mundo, «pequeña parte del planeta cuyo apogeo ha terminado y que se halla habitada por gentes que pelean continuamente y sacrifican lo que hay de más grato en la vida a vendetas sobre asuntos triviales» *.

El filósofo declara humildemente que Inglaterra puede pervivir si se une, con sentimientos de sincera amistad, al Gobierno de Washington, cuya oposición destruiría al Imperio en una década. En efecto, empieza una edad plutocrática en que nadie podrá rivalizar con un gran país que fundamenta su autoridad sobre una sólida organización financiera, que no se impone en nombre de la conquista, predica paz y se anexa, al mismo tiempo, nuevos mercados. Como ejemplo de esta plúmbea influencia alude el autor a la presente actitud de nuestras democracias siempre inclinadas a la lucha. Porque temen las severas admoniciones de los banqueros, «los generales sudamericanos aprenden a dominar sus instintos revolucionarios».

No es de hoy este desencanto. Hace veinte años, en 1909, apareció un volumen sobre la situación de Inglaterra. Su autor, Mr. Masterman, era un político de nobles intenciones reformadoras. Sin incurrir en extremo pesimismo, notaba ya signos de estancamiento. Una seguridad que podía ser transitoria y que

* Notemos que coincide esta observación con la de un escritor francés M. André Siegfried que acaba de publicar un libro notable sobre los Estados Unidos. Según él, la población de éstos, en su mayoría, desdeña a los pueblos europeos, «inmorales y decadentes, ignorantes de las más elementales prescripciones de higiene, dominados por sacerdotes fanáticos, constantemente amenazados por la anarquía o la revolución».

era en todo caso artificial, mediocridad general, ostentación en la vida privada, trágica miseria en los bajos fondos sociales. La plutocracia imperante ha creado una máquina complicada y no puede ya gobernarla. Fariseos los de la Isla, como los llama un novelista, Mr. Galsworthy, conquistadores como los romanos, fuertes y rudos, capaces de considerar los negocios humanos con reglas de justicia fría, imparcial e indiferente, aptos para el esfuerzo eficaz. Tales fueron en el pasado, pero ahora se muestran incapaces de examinarse a sí mismos, de criticar sus defectos y sólo buscan juegos, placeres y confort. Muere y se ríe, dice del inglés anterior a la guerra Mr. Masterman; degenera, desdeña a los demás y vive agitado, huyendo de la reflexión y del silencio. *Moritur et ridet.*

Entretanto nuevas gentes, en mayor número que en otras épocas, sobre todo que en la época del hambre, hacia 1840, vencen la pobreza, viven sin privaciones y también buscan placeres y emociones con ímpetu semejante al de las clases altas. Acumulan dinero, abandonan los campos y contribuyen a agravar la condición artificial de la nación. Mr. Masterman considera que si por algo peca la producción inglesa no es ciertamente por la acumulación de riqueza sino por la distribución de ellas. El también declara que ha de dirigirse el esfuerzo de los reformadores ingleses hacia una igualdad económica mayor, porque si conviven dos naciones armadas hasta los dientes en el país, las fuerzas de destrucción podrán aniquilar la civilización brillante y frágil del siglo veinte. No se decide ni por el optimismo ni por el pesimismo. Falsas se le antojan estas posiciones extremas en un mundo como el actual que cambia continuamente. Todas las edades, escribe, son a la vez nobles y criminales, el progreso parece imposible y siempre se realiza, se maridan en las sociedades humanas el egoísmo y el espíritu de sacrificio, la fatiga y el entusiasmo.

Han pasado veinte años y se ensombrece el cuadro. Como la crisis se prolonga, el Dean Inge cree que, para salvarse, Inglaterra ha de aceptar nuevos valores fundamentales, condenar la moral de la conquista y de la guerra. Humilde y pobre otra

vez, resignándose las clases ricas a una existencia estrecha dominada por austeros deberes, reinará el generoso idealismo de otro tiempo en el acabamiento del predominio material. Las Iglesias deben contribuir a esta revolución moral, condenando los hábitos y las ambiciones del mundo, renunciando a impuros pactos que las ligan con los poderosos. Unidas la moral griega y la doctrina cristiana ennoblecerán a los hombres enseñando que las almas libres no se atan, con pasión inferior, a los bienes de la tierra. Cristo y Aristóteles dominarán, como en la Edad Media, en los tiempos venideros.

FRANCISCO GARCIA CALDERON.

*Propiedad exclusiva de
ATENEA en Chile.*

Carlos Mondaca

HAN pasado más de veinte años, toda una juventud, desde que nos encontramos por primera vez. La capital había alucinado al mozo provinciano, sustrayéndolo a sus ardientes valles elquinos y al Seminario de la Serena en donde sus padres ambicionaban consagrarle a la gloria del Señor. Nos conocimos a poco de su arribo a Santiago. Aun le encogía el relente de nuestra meseta santiaguina circundada de nieves; todavía daba la impresión de un recental tembloroso de no sentir el abrigo del vellón materno. Desde entonces, nuestros esquifes navegaron por parecidos mares. Los vientos de la buena como de la adversa fortuna encontraron en el mástil siempre intacto el pabellón de la amistad.

¡Y he de ser yo quien añada mi voz al coro de sus exequias! Yo que jamás imaginé que Carlos Mondaca me precediera ante la puerta muda. Se me ha pedido un estudio sobre su obra. Cuando las pupilas se nublan de lágrimas es imposible un examen desapasionado. Los amigos se reúnen en torno del poeta y le recuerdan. Es lo que intentaré hacer, piadosamente.

No es posible comprender sus versos sin recordar la tormenta con que inició la juventud: su retiro de la fe católica. Criado en el seno de una piadosa familia, viviendo su adolescencia aprisionado entre los muros del Seminario, acuciado por el amor de su madre a aceptar las sagradas órdenes, después de un año de luchas interiores, de desgarraduras, de *mea culpa* y de alaridos al Señor, comprende que ha dejado de creer, que so pena de ser un sepulcro blanqueado tiene que dar a su madre y a sí mismo la pócima de la verdad. Desde entonces su alma

es un extraño templo: los fieles oran recogidos, divagan en el aire las notas del órgano, todos los cirios arden, balancean los monaguillos los fragantes incensarios; los rostros de los bienaventurados sonríen desde los vitrales, todo está dispuesto para la comunión, y el Dios desaparece. El Dios desaparece y todo ha quedado allí sin sentido y sin poder para cambiar. El alma del poeta es un templo que añora a la divinidad.

Ha de caminar huérfano del Padre celeste que jamás olvida; pleno de un misticismo que no alcanza a cuajar en fe, pero que palpita en sus versos e incuba nostalgias extrañas en los actos de su vida. Un pavor a la muerte le sobrecoge en todo instante. Si su razón le engañara, ¿qué cuenta iría a presentar al Dios de su infancia?

Como poeta se presenta en Santiago cuando ha cruzado ya los tanteos del principiante. Los versos de su primera juventud, a penas si los conocemos sus amigos más íntimos. Son balbuceos ingenuos que recuerdan a los viejos ases de la lírica española del fin del ochocientos. El Ateneo escucha su verso de hombre en que una personalidad definida encontró ya el registro adecuado a la calidad de sus acentos.

Aparece en un periodo de renovación de nuestra lírica. Muertos o callados los románticos que se llamaron Soffia, Matta y Eusebio Lillo; en el descenso de su carrera de vate y polemista Don Eduardo de la Barra; desconocido por los más el poeta máximo de aquella época, Pedro A. González, comienza una pléyade juvenil a remover temas, estilos y puntos de vista. A los nombres de Diego Dublé, Víctor D. Silva, Carlos Pezoa y Manuel Magallanes que ya repican en el campanario de las letras, se añaden los de Carlos Mondaca y de Max Jara, su compañero, colaborador y amigo.

En aquellos años, tan cercanos a su crisis religiosa, la nota grave es la que más se escucha. El raciocinio ha sustraído un sacerdote al culto. Por ello, siente más agobiadora la inmensa responsabilidad de su vida. Para lavarla de pecado la desea plena de unción, de bondad, de amor. De otra manera, no se-

ría digno de seguir usufructuando la gracia del sol y la dávida bendita de las cosas.

Bajo un mundo de ensueños abrumados los hombros,
por todos los caminos, de un asombro a otro asombro.
Por sendas que no alegran azucenas ni nardos,
como un rev consagrado con corona de cardos...*

Así comienza su etapa de hombre.

Los versos que publica en su primer libro *Por los caminos*, producidos entre los años 1900 y 1910, se estremecen aun con las ondas de su tragedia interior. Nunca se hizo la paz en esa linfa donde se hundió le piedra de la duda.

Para los que le conocíamos de cerca, era entonces un escolástico embriagado con los vinos de Francia. Ranan le alucinó. Le enseñaron el secreto de su técnica el pobre Lelian, Baudelaire, Mallarmé, Albert Samain y Francis Jammes. Como ellos, abominaba de la retórica, de la frase hecha; como ellos, gustaba de tañer su flauta a la sordina, atento sólo a los latidos del propio corazón. Pero si la forma de su lírica era esa, su espíritu continuó siempre amamantado de Aristóteles, de Santo Tomás y del agrio zumo del Kempis.

Es la misma época en que Rubén Darío alza tan alta como el mundo su voz pagana. Le admira Carlos Mondaca, pero jamás le sigue. Está situado en el extremo opuesto del arco; desconoce la alegría de vivir. ¿Por qué? El mismo responde:

Soy triste, porque aquel viento amable
que surgió del Oriente me bañó en su incurable
tristeza, y desde entonces no supe amar la vida...**

Hasta su visión de la naturaleza está empañada de amargura mística. Flores, árboles, trinos y montañas son para él prisioneros que se retuercen en el ansia de alcanzar a Dios. Cuando describe los campos por los cuales atraviesa su camino, en esa

* *Por los caminos*, pág. 11

** Op. cit., pág. 20,

poesía inicial del primer libro, canta a los álamos que son el *leit-motiv* de todos nuestros horizontes, con estos acentos:

Álamos que se yerguen en un éxtasis santo,
donde las brisas quiebran el cristal de su canto.
Altos álamos, tensos como un brazo hacia el cielo,
que orando por la tierra, le dan sombra y consuelo.
Álamos, faros, cruces, amor del peregrino:
oración de la tierra y gracia del camino! *.

De idéntico manantial brota su amor por los humildes. La lírica española y americana no nos tenía habituados a temas como los que Carlos Mondaca escoge al cantar el sapo y el asno. Es que ningún poeta antes que él llevaba grabadas tan hondas en su conciencia las palabras sublimes de los verdaderos iluminados: «Señor, yo no soy digno...» Porque se mira igualmente pequeño como ellos ante la grandeza de la vida, igualmente ignorante como ellos ante el misterio que nos rodea, exclama: hermano sapo y hermano asno.

Él colocó junto a estas poesías y bajo el rubro genérico de *Los humildes* un soneto que es muy poco citado y que a mi juicio es uno de los más hermosos y más profundos con que cuenta la lírica chilena. Es el titulado *Los Recuerdos*:

Son aves que se alejan en un vuelo
sin vuelta, los recuerdos... Y un momento,
queda en el corazón, como un lamento,
su aleteo de seda por el cielo.

Cuando fiende la noche el primer velo,
un recuerdo se va, pálido y lento...
—Hay aroma de flores en en el viento.—
Y lo vemos partir sin desconsuelo.

Alguna vez se piensa en los ausentes:
y una vaga inquietud llora su queja,
y hay un leve temblor sobre la fuente.

Y apagado el temblor, nada se siente;
pero en cada recuerdo que se aleja
vamos agonizando lentamente **.

* Op. cit., pág. 14.

** Op. cit., pág. 10.

Promediaba la primera década del siglo. El poeta había terminado sus estudios en el Instituto Pedagógico. El viejo diario *El Ferrocarril* le tenía como su redactor teatral. Carlos encuentra a la mujer con quien va a casarse:

Por la infinita noche de mi espíritu
cruzó el blanco destello de una aurora... *

Es el paréntesis iluminado de su vida. El que le incendia el corazón y en cuyas brasas encontrará calor hasta en la hora de la muerte. A Isabella van dedicados los cinco poemas recogidos en *Amorosas*, que culminan con la única nota jocunda de toda su obra: *Besos*, que es un hosanna de amor, de resurrección y de esperanzas.

Con Max Jara, penetra al mundo de las máscaras. Ambos trasponen primero la novela de Blest Gana *Durante la Reconquista*, que es estrenada con buen éxito en el Coliseo de la calle Arturo Prat. Luego llevan a la escena una obra original: *La Ahijada* y concluyen, aunque nunca llegan a representar, la dramatización de *Martín Rivas*.

* * *

Diez años pasan entre la publicación de *Por los Caminos* y su segundo libro, *Recogimiento*, diez años en que el poeta ha debido trocar su veste por la casaca del oficinista y la hopalanda del profesor. La Secretaría de la Universidad le acoge primero con protección cariñosa y en seguida le retiene tiránicamente. La sirve con extraordinaria lealtad. Le da íntegramente su inteligencia y su juicio recto. Profesa, además, en algunos liceos y después en la cátedra de literatura en el Instituto Pedagógico. Años de estudio, de lecturas incansables que depuran su gusto y le convierten en el crítico más riguroso de su propia obra. El ancho cauce por donde antes se derramara su verso, se angosta y se ahonda. Sólo el amor a sus hijos, a su

* Op. cit., pág. 73.

madre, el llamado de la amistad, son capaces de sustraerle a la función burocrática y pedagógica que le absorbe día por día. Es un curioso tipo de hombre de oficina, más atento a la consecuencia con los hombres que con las ideas. En realidad, las doctrinas le parecieron siempre endeble cosa al lado de la vida. Los rectores que fueron sus jefes, los Amunátegui y los Matte no han tenido jamás una inteligencia más clara y un corazón más leal a su servicio. Por desgracia, si la Universidad gozaba de un pro-rector de primer orden, la lírica perdía un gran poeta. Rara vez se escuchan sus sonos y sólo dobla cuando vientos de tragedia la arrebatan. Es el momento de la *Elegía* «a la santa memoria de mi madre», lamento desgarrador de un hombre que quisiera libertarse del terror de lo desconocido, que quisiera tener fe, que quisiera sentir la esperanza de que se unirá a su madre en los campos de la eternidad.

En la lejanía más vaga
flota una dulce claridad.
¿Es una estrella que se apaga,
es un recuerdo que se va?

¡Es mi dolor, ¡pobre de mí!,
que no he podido eternizar!
—¡Limitación para sufrir
y pequeñez para gozar!—

¿Es que no tienen mis arterias
el fuego de tu corazón?
¿O son tan grandes mis miserias,
que no merezco tu dolor?...

Yo no sé, Madre, no sé nada!
Yo sólo sé que ya no estás;
que es infinita la jornada,
y que es inútil esperar.

Yo no sé nada. ¡No sé nada!
Muerdo en las sombras del vivir.
Tú que «viviste», sombra amada,
ven a decirme qué es morir.

Yo no sé dónde está el camino.
 Voy, aterrado de vivir,
 buscando a tientas un destino
 que no consigo definir.

Yo vivo, madre, eternamente,
 sobre el dolor del desamparo,
 aquel minuto de la muerte,
 cuando tus ojos se velaron.

¿Qué viste, madre, en el umbral?
 ¿Qué resplandor te deslumbró?
 ¿Qué inmenso arrullo maternal
 entre las sombras te adurmió?...

¿En la frontera de su imperio,
 te habló la muerte su verdad?
 ¿Dijo la vida su misterio?
 ¿Se iluminó la Eternidad?...

¿O era la nada? ¿Y tú la celas?
 Háblame, madre, sin piedad!
 Porque si tú no la revelas,
 ¿quién me diría la Verdad?...*

Tal vez no en los que él pensaba, sino en los de la lírica de nuestro pueblo irán juntos, unidos para siempre, en la misma elegía los nombres de Carlos y de su madre. Y acaso de todo lo que hemos escrito sus contemporáneos, de todos los poemas del alba de este siglo, la *Elegía* será uno de los pocos que conserve la memoria de las futuras generaciones.

Gemelo de esa elegía es el poema titulado *Cuando el Señor me llame*. Es su propia invitación a la muerte. Allí están sus acentos más íntimos, sus deseos inconfesados, su misticismo que él imagina triunfante en sus postreras horas, su bondad, su dulcedumbre que ya se ha purificado de todas las amarguras del sendero.

* *Recogimiento*. Págs. 19 a 21.

Recogimiento tituló a su última obra, y en verdad todo en él es solemne, recogido, grave. El poeta no gesticula, no levanta al aire la trompeta de su canto; sus palabras son leves y transparentes, se dijera que son apenas alas en que huyen volando las emociones en el esquivo silencio del atardecer.

* * *

De los años posteriores a 1920, sólo le conocemos una poesía. Es la *Elegia Civil* que recitó en un homenaje que ofrecimos las mujeres del Consejo Nacional a don José Maza. Se estremece en ella un sentimiento que se ignora en todos sus otros poemas.

Este poeta, conservador en el estricto sentido de la palabra, amante de la tradición, erudito de nuestra cultura, que había servido tan fervorosamente a la instrucción del estado y que la consideraba como una de las piedras sillares de nuestra república, sufrió angustias de muerte ante el derrumbe de las instituciones civiles; sufrió tanto más cuanto mejor comprendía la enorme dificultad de la reconstrucción. Pavor del porvenir, vergüenza de la pequeñez ambiente, repugnancia hacia el servilismo adulador, todo se unía en él para torturar su ya dolorido organismo. Las cuitas de la patria han apresurado su muerte tanto o más como las que de modo indirecto hubo de sufrir en las conmociones educacionales últimas. Desde entonces se encerró en su labor. Quiso ejemplarizar con su dedicación a la juventud a la que amó como verdadero maestro. Alejóse del mundo. Solo con los suyos y su austero deber. Lejos de todas las intrigas, lejos de todo contacto con los que medran en el torrente despeñado. Allí habla por última vez a su hijo en el lenguaje de la santa poesía. allí compone su *Elegia Civil* que suena ya a voz que en breve ha de tronchar la muerte:

¡Hijo mío! ¡Cien años laboró surco a surco!
Sangre del corazón fecundó la semilla.
Viento de tempestad abatió en un momento
la humildad del sembrado y el honor de la encina!

¡Pacían los ganados sobre sus cordilleras
y en manso caminar hasta la mar venían!
Pero malos pastores corrompieron las fuentes
y enfurbiaron la vida.

¡Cien años, hijo mío, levantó su palacio
hacia el cielo infinito, junto a la mar bravía!
¡Pero qué aguas de muerte bañaron los cimientos,
qué vientos humillaron sus almenas erguidas!...*.

Demasiado cerca de su vida y de su muerte, carecemos de perspectiva para enfocar la imagen de este gran poeta. Los que vengan tras de nosotros han de ser sus jueces.

AMANDA LABARCA H.

* Esta poesía no ha sido nunca publicada íntegramente.

W. B. Yeats y el resurgimiento irlandés

GON razón se jactaba Horacio de haber levantado con sus poesías líricas un monumento más firme que el bronce. El palacio de gloria que los poetas líricos consiguen erigir es, a no dudarlo, la construcción más sólida de la arquitectura literaria: como quiera que no está destinado a ningún uso práctico, escapa a las vicisitudes de la moda y apoyado como está en la inmutable roca del común sentir de la humanidad, único apoyo por cierto, no teme a los derrumbes producidos por la infiltración de las diversas filosofías y al peligro de las mutaciones históricas.

El monumento de la fama del Tasso, por ejemplo, tan profusamente adornado de lámparas refulgentes, está en ruinas; y si algún raro peregrino se aventura a acercarse al monumento, puede tenerse la seguridad de que no lleva en su cartapacio una vela que ofrendar sino un lápiz y un álbum con el objeto de copiar algún exquisito detalle de ornamentación, que se descubra entre las yerbas y malezas del recinto, que todo lo invaden.

Y el desordenado palacio construido por Hugo, que semeja mitad una estación para las «estridentes locomotoras», mitad catedral gótica adornada tan sólo con monstruos y ángeles, pero sin ninguna imagen divina ni humana, después de haber dado hospitalidad a tantos ágapes democráticos y reuniones laicas, tiene ya, aun siendo de reciente construcción, más de un vidrio roto y más de un trozo de estuco descostrado.

En cambio allá arriba, en la cima de los picachos a donde no llegan los camiones ni los autos, los templos desnudos, pu-

lidos y cerrados de la gloria de Petrarca y Baudelaire, de Yeats y Leopardi, permanecen intactos en su belleza solitaria.

Sin embargo, la duradera gloria de los grandes líricos no deja de tener sus desventajas: lo que gana en el tiempo lo pierde en el espacio: ligada con excesiva musicalidad a la lengua materna para soportar impunemente la brutalidad de las traducciones, la poesía, que alcanza todo su valor en una perfecta expresión, raras veces consigue atravesar el cerco de lectores a los que esa misma expresión es familiar; y aunque con el correr de los tiempos, aquellos poetas, a través de los pocos que los conocen, concluyan por influenciar hasta la literatura extranjera, se verifica en ellos la paradoja de tener más imitadores que conocedores directos. ¿Cuántos hay en Italia, aun entre los que mejor conocen a los grandes novelistas rusos, que sepan que Rusia tiene poetas como Lermontoff y Nekrassoff dotados de la misma intensidad espiritual de Dostoyevski y de Tolstoy? Y en el exterior el gran poeta de las *Loas* solamente es conocido como autor del *Fuego* y del *Placer*.

A este obstáculo desesperante de comprensión se debe precisamente que ni siquiera la concesión del premio Nobel haya dado a conocer la obra de William Butler Yeats, y que su nombre, nombre no menos glorioso que los de un d'Annunzio o un Anatole France, sea todavía desconocido.

Al leer los pobres comentarios que los diarios italianos dedicaron a la obra de Yeats cuando se le otorgó el premio Nobel, el público adquirió evidentemente la impresión de que también entonces había querido el cónclave nórdico, tan lejano y tan hermético, premiar cualquier desconocida virtud familiar sin tomar en cuenta tantos nobles artistas que hasta ahora se afanan por adornar los andrajos de esta pobre y vieja Europa.

Pero es lo cierto que por esta vez se había otorgado el premio Nobel a quien efectivamente lo merecía; y como este raro fenómeno no ha ocurrido más que tres o cuatro veces desde que existe la fundación, habría sido humano y caritativo por parte del solemne jurado sueco darlo a conocer. Tanto más, cuanto que por una feliz coincidencia o por una insospe-

chada sensibilidad de los jueces, venía el premio a honrar en la persona de un altísimo poeta, a una antiquísima raza que de pocos meses a la fecha ha reconquistado su dignidad de nación después de siglos de sangre y de horrores indecibles.

El irlandés Yeats recibía lo que hubiera debido ser la consagración de una fama mundial en los mismos momentos en que podía sentarse por fin en el Senado libre de un Estado irlandés libre; símbolo, puede decirse, de aquella antigua verdad demasiado desconocida en nuestros tiempos, que sólo puede alcanzarse una real y duradera universalidad con la profundización y casi diríamos con la exasperación de la propia nacionalidad.

Pocas veces, en efecto, ha sabido un poeta ser la encarnación de una raza como ha sabido Yeats ser la expresión del alma celta tan atormentada. Y pocas fisonomías nacionales hay tan claramente perfiladas como aquella. Perseguidos por cientos de invasores, corroídos por un desequilibrio íntimo que a veces neutralizó la acción de su ingenio y de su arrojo, estos centinelas avanzados de las valientes tribus célticas se redujeron a ocupar únicamente las regiones del extremo occidente de Europa, las tierras amenazadas y convulsionadas del océano, regiones que la pobreza del suelo hacía a un mismo tiempo temibles y poco cercadas de enemigos.

La atmósfera de nieblas, de espuma de mar y del humo denso despedido por el fuego de la turba, ha formado en cuantos la respiran un alma en la que se ha mezclado una viril melancolía con las múltiples virtudes de los pueblos pobres; y del ímpetu batallador de los ascendientes gálicos y de su placer guerrero han heredado los celtas modernos rasgos frenéticos de violencia y ese espíritu irreductible y mordaz que con Swift, Bernard Shaw y James Joyce ha manejado la sátira más despreocupada de que hay memoria en la literatura.

Y la compenetración del alma de la raza y de los lugares en que vive se ha hecho de tal modo perfecta, que, para un observador apasionado, las campiñas perfumadas por el melancólico enebro de Bretaña y del Munster, las escolleras eterna-

mente agitadas del condado de Connaught y del Finisterre, la costa de Cornwalles poblada de prodigios, los lagos espectrales de Escocia y de Irlanda, todo, los bosques, los prados donde parecen descubrirse las huellas de las hadas, los rayos violentos de luz que de repente rasgan los cielos encapotados y plomizos, las nieblas que por todas partes velan el paisaje prolongándolo hasta el infinito, más que causas parecen proyecciones de aquellos espíritus singulares.

No hay héroes más fascinadores que estos de los que los celtas han hecho la encarnación de su ideal, ya sean héroes mitológicos como Tristán e Isolda, Macbeth y el rey Arthur, Catalina y Deirdre la Dolorosa, o históricos como Wallace y Monterose, Chatte y O'Connell, que ya en vida se vieron envueltos en una aureola legendaria.

Esta raza es la única que hasta tiempos relativamente modernos ha permanecido ignorada y escondida hasta el punto de dar origen a un mito.

Hasta una época reciente la vida social en Irlanda fué semejante a la vida de los tiempos homéricos. Aquellos caudillos gaélicos que el cultísimo Leicester encontró en la Isla Verde, a quienes Spenser y Phillip Sidney combatieron y trataron de gobernar, y a los que los tres describieron con elegante tolerancia de humanistas, vivían en realidad la vida patriarcal del rey de Argos y de Itaca. Y tal vez sea este un buen argumento para explicar cuán equivocada es la opinión de los que pretenden que el Renacimiento no es más que un simple retroceso a la cultura clásica: el día en que los fervientes lectores y admiradores de Horacio se pusieron en contacto con los Ayaces auténticos, se asustaron y se rieron de ellos. Vivían aquellos jefes en toscos palacios de ramas y barro, gobernaban un pueblo compuesto más que de súbditos, de parientes; la fuerza física conquistaba y conservaba el cetro, y una piara de cerdos era una riqueza envidiable. El cristianismo, predicado pronto y con gloria, fué abandonado pronto y sin violencia: eran todavía demasiado vivas las voces de las antiguas divinidades a las orillas de los pálidos lagos, entre el lloriqueo incesante de la lluvia;

en medio de aquel ambiente brutal la religión de mansedumbre despertaba sospechas; y los padres pretendían que se excluyese del bautismo el brazo derecho de los hijos para que pudiesen siempre asestar golpes inhumanos. Y cuando volvió de nuevo la religión de Cristo, no desaparecieron los númenes venerados sino que se transformaron en hadas y en genios, en los omnipresentes *Sidhas* gaélicos, y continuaron turbando los corazones y recibiendo culto doméstico y ofrendas. Los conventos que San Columbano había fundado en los más ásperos rincones de la isla, se transformaron muchas veces en congregaciones de alucinados, de fervientes buscadores de prodigios que empleaban el latín místico para ensalzar a los Dioses desposeídos.

Siempre ocuparon los poetas un puesto eminente en aquella tribu; se sentaban a la mesa del rey, eran jueces e inspiradores y custodiaban con una lealtad sin precedentes el patrimonio espiritual de la raza. Fué de tal modo primitiva aquella sociedad, que no cambió con los siglos; conquistó la inmovilidad de las rocas y de los bosques; las figuras de Costello y de Dermot, por ejemplo, presentan tal primordialidad de líneas que es preciso hacer un esfuerzo para convencerse que son contemporáneos de nuestros Médicis y de los últimos Plantagenet.

Y cuando se efectuó la conquista inglesa, cuando los colonos sajones desembarcaron en tropel, armados con sus mosquetes, su Biblia y su inflexible voluntad, los irlandeses, más que los otros celtas, alejados del movimiento mundial, no pudieron comprender, ni siquiera en una mínima parte, las ventajas del nuevo régimen. Y la ciega incomprensión recíproca impidió toda colaboración; en el recuerdo irlandés el magnífico Cromwell sólo se perpetúa en la estampa famosa, sumamente común en Irlanda, que lo representa con su lanza brutal, hollando con su planta el cuerpo de la mujer ultrajada, de Drogheda. Inglaterra que con tanta habilidad supo asimilarse, sin anularlo, el espíritu céltico de Gales y de Escocia, no tuvo un solo momento de política feliz en Irlanda: sólo rigores implacables, que se alternaron con despiadados abandonos y con debilidades inoportu-

nas; la asimilación exterior fué completa; no se perdió ni un solo átomo del espíritu céltico.

Y aquí se produjo la paradoja única de un pueblo cuya unidad ha quedado solamente en lo espiritual, pero que ha perdido de esta espiritualidad hasta la forma primordial: la lengua. Con excepción de unos pocos millares, todos los millones de irlandeses olvidaron su idioma, adoptaron el de los invasores y hasta llegaron en él a ser artistas excelentes. Y hubo que empezar la fatigosa reconstrucción de la patria con ingenios extranjeros. Los poetas irlandeses enriquecieron el incomparable patrimonio lírico de la literatura inglesa. Blake, Davies, Synge, A. E. Yeats, políticos como O'Connell y Parnell, realizaron el milagro y experimentaron la tragedia de reforzar y dar vigor al alma irlandesa sirviéndose de la lengua enemiga. Lucha estu-penda en la que todo poema que demostraba al mundo la persistencia de los ideales célticos, era al propio tiempo una confirmación del completo desarme, hasta lingüístico, y una nueva perla en la corona enemiga. Para apreciar el horror de esta tragedia, sería preciso figurarse el Resurgimiento italiano impugnado por un Mazzini que hubiera escrito en alemán, y cantado por un Mameli en versos croatas.

Fué aquélla una lucha de siglos, que asumió a cada paso diversos caracteres; fué una guerra religiosa, una lucha social, un combate parlamentario, una polémica literaria, pero siempre y exclusivamente una afirmación de nacionalidad. Batalla que comprometió a los mismos irlandeses entre sí, los que aún pelean guiados por diversos conceptos de la libertad: lucha que no excluía ni la actitud de los rebeldes que no vacilaban en buscar el apoyo de los más mortales enemigos de Inglaterra, de los franceses en 1798, de los alemanes en la trágica Pascua de 1916. todo esto, mientras muchos regimientos irlandeses derramaban su sangre en el frente; lucha en la que el indomable «humour» irlandés no se recató de burlarse del enemigo y aun de los mismos martirios que ayer no más había llorado y que había de glorificar al día siguiente: peculiarida-

dades características de la psicología irlandesa, que aún se revelan en las típicas obras de O'Casey.

El espíritu de la raza irlandesa que lo mismo en política que en religión no había nunca dejado de tener conciencia plena de sí mismo, se había oscurecido con los siglos lentamente. Y no es que fuese escasa la producción literaria irlandesa; gran parte de las más grandes obras de la literatura inglesa nacieron al otro lado del Canal de San Jorge: bastaría citar los nombres de Swift y de Sterne, de Congreve y de Sheridan; pero estos hombres ilustres, aun cuando fueran irlandeses por su temperamento fogoso, la prepotencia de su sátira, y algunos de ellos también por su intransigente idealismo, lo fueron casi sin saberlo, embebidos como estaban en la cultura inglesa.

Sólo por el año 1842, durante el «Decenio Negro» en el que quedó reducida a la mitad la población irlandesa por el hambre, las epidemias y la emigración a la desesperada, fundaron unos pocos el diario *La Nación*, en cuya escuela aprendió la generación incipiente de literatos a reconocer en sí misma los rasgos de la patria, sumida en profunda catalepsia.

Poco después, Standish O'Grady, original y enérgica figura de luchador, publicó su libro sobre las leyendas celtas, en el que daba alimento nacional y motivos de orgullo a la nueva literatura; y Douglas Hyde fundó aquella sociedad pro lengua gaélica, que salía airoso en su intento de galvanizar la antigua lengua irlandesa que lentamente se iba extinguiendo. Batallones de profesores y de estudiantes acudían a las remotas islas de la costa occidental para recoger piadosamente de labios de los pescadores la castiza pronunciación gaélica y las frases más expresivas: conmovedor peregrinaje para regresar luego a la tierra y al mar de sus abuelos y no dejar que desapareciese el último y más precioso distintivo de la estirpe. Y se salvó la lengua: hoy es obligatoria su enseñanza en las escuelas primarias y secundarias. Al paso que hace cincuenta años, este idioma tan rico y tan noble era despreciado y ridiculizado por los mismos irlandeses cultos, hoy es signo de cultura conocerlo y utilizarlo. Al lado de un esfuerzo tan tenaz y gigantesco, bien

poca cosa parece la ironía inglesa, que hace notar cómo en el Estado Libre de Irlanda las órdenes de pago de las contribuciones continúan haciéndose en inglés, lengua que indudablemente aun hoy día es la más vulgar y conocida en Irlanda.

* * *

Una figura de primer orden en los últimos decenios de la lucha es sin duda la de W. B. Yeats; tenaz batallador justamente recompensado con la victoria. Mas se equivocaría quien creyese encontrar en sus obras frecuentes incitaciones a la rebelión o explícitas polémicas nacionales. Yeats no pertenece a la familia de los Körner o de los Mameli. En una época en que se dudaba hasta de la existencia del espíritu céltico, se propuso él encarnar este espíritu en la forma más completa, ser su voz más apasionada; él resucitó a la cálida vida del arte las tradiciones irlandesas en aquellos días en que eran casi en absoluto ignoradas o solamente conocidas de algunos pocos eruditos; él puso en la cabeza de su propia raza, entonces ridiculizada, la corona purísima de su propia gloria de artista. Claro que no se abstuvo de tomar parte directa en la lucha, y prueba de ello son algunos de sus poemas en memoria de algunas de las víctimas de la triste revuelta de Pascua en 1916; pero éstas son ligeras excepciones. Yeats no incitó a la rebelión ni cantó las barricadas, pero estableció de tal modo la línea divisoria entre su pueblo y los otros, señaló tan magistralmente sus características diferenciales que, realizada su obra, bastaron pocos meses para conseguir lo que desde hacía siglos pudiera parecer una utopía.

Yeats refirió en una corta obra suya, *Fantaseando en la infancia y la juventud*, la evolución de su espíritu: nacido en Londres de padre de larga descendencia irlandesa y de madre inglesa, educado en el culto protestante, iba el niño a pasar sus vacaciones a la casa de sus abuelos, allá en el Condado de Sligo, en aquellas tierras perpetuamente azotadas por el mar y por el terrible Ulster anglo-sajón tan contiguo; una de esas re-

giones fronterizas en que las razas, las religiones, las civilizaciones opuestas se enfrentan con más obstinación y vivacidad. Allí, entre los acantilados, los bosques y los lagos (aquel lago de Innisfree que debía después cantar con versos de melodía insuperable), hirió el cerebro y el corazón del hijo que retornaba a su hogar el encanto encerrado en cada ángulo de la isla verdequeante. El singular atractivo del ambiente celta, tan sutilmente analizado ya por Renan, los abuelos, vigorosos tipos que resumían las características todas de la raza, todo influyó poderosamente y para siempre en aquella joven inteligencia.

Más tarde, durante la época de sus estudios en Dublin, comprendió cuán insuficiente era la propaganda de la actual generación de literatos, propaganda de acción directa que sólo servía para excitar vagos elementos anárquicos que fácilmente se desarrollan en la excitabilidad irlandesa, mientras bajo el velo de los apóstrofes resonantes agonizaba lentamente el alma de la raza. Antes de poner un fusil en las manos de los irlandeses, era necesario demostrar que éstos existían, que tenían subsistencia propia.

Y en compañía de un puñado de entusiastas fundaba lo que fué más tarde el *Abbey Theatre*, donde Lady Gregory, Synge y él mismo representaban ante el pueblo los antiguos mitos o el rostro doloroso de la moderna Irlanda; y poco después publicaba Yeats su primer colección de poesías líricas. Este volumen y los que le siguen constituyen, a no dudarlo, la parte más exquisita de su obra.

En aquellos años, los últimos del siglo pasado, la poesía de la lengua inglesa vivaqueaba modestamente calentándose en las últimas cenizas de la espléndida hoguera que había iluminado la mitad del reino victoriano. Tennyson y Swinburne, vivos todavía, se perdían en tristes imitaciones de la vigorosa poesía de otrora, la poesía de su edad madura. Hardy era ya el gran incomprendido como lo ha sido después, faltándole aquella infinitésima partícula de penetración, que habría sido suficiente para hacer irradiar las dotes infinitas de su espíritu. Meredith, Wilde y Kipling, excelentes artistas, cada uno a su manera, pa-

recían perseguidos por un hechizo extraño, que hacía prosaica la poesía de prosadores tan poéticos.

Cuando he aquí que de entre las turbas hostiles de Dublin, este joven esmirriado y macilento, a quien los chiquillos apodaban «el rey Muerte», da a la luz una poesía que se incorpora directamente a la fuente inextinguible de la lírica isabelina. Como en sus recuerdos Yeats rememora apenas el culto de los poetas del siglo de oro de la literatura inglesa y se declara más bien discípulo devoto de los simbolistas franceses, parece evidente que sus grandes predecesores han de encontrarse ciertamente entre aquel ilustre grupo que transformó la adolescente Inglaterra de Isabel en un «nido de ruiseñores melodiosos». Aunque en realidad, descendencia verdaderamente tal no la hay, aunque sí hay el mismo amor intenso por las humildes manifestaciones de la vida, la fruición en los temas populares trasfigurados a la luz de un elevado temperamento artístico; y junto con el amor a la vida, una irremediable nostalgia del pasado, de toda la belleza marchitada, que es ya hoy solamente elocuente ceniza; toda la vida y todo el fuego interior que comunica brillo de esmalte a los versos de los sonetos shakespearianos, los poemas oscuros y audaces de John Donne y aquella elegía de Nash, algunos de cuyos versos podrían muy bien ponerse como epígrafe a la obra entera de Yeats.

Sería completamente inútil negar la influencia simbolística que se revela en la lírica yeatsiana. Pero esta influencia es exclusivamente técnica; y en realidad las innovaciones de los poetas franceses, desde Villiers de l'Isle Adam hasta Mallarmé, fueron tantas y algunas tan felices, que sería difícil encontrar, después de ellas, un poeta que no las haya aprovechado.

Pero el espíritu de la poesía de Yeats, tan apegado a la tierra, se me antoja enteramente diverso del de la elegante y hermética escuela simbolista. Verdad es que algunos dramas del poeta irlandés recuerdan por el sentido de misterio y la angustia penetrante, los terrores de los personajes de Maeterlinck; pero lo que en éste es literatura intencionada, es en Yeats el producto natural de la tierra natal, que ha sido en todo tiempo

grande evocadora de fantasmas; la tierra irlandesa en la que se preparó el filtro de Isolda, la tierra en que la niebla cubre uno por uno los cuadros del paisaje dándoles el aspecto de mágicas apariciones, la tierra que es madre legítima de inquietudes imprecisas, que no hallarían sitio en las ordenadas y dilatadas llanuras flamencas. El mismo Maeterlinck, para mejor dar ambiente a sus héroes tremebundos, los rodea de paisajes y les asigna nombres vagamente célticos.

Los poemas pletóricos de ardor y de tinieblas que cantan la rosa, la mística rosa, antiquísimo símbolo céltico en el alma humana, que se colorea a veces con todo aquello que esta misma alma desea, y que representa lo mismo a Irlanda que a la belleza o a la mujer amada; aquellos poemas en que se evocan las leyendas de la raza, cuyo aroma se delata, cuya profundidad se revela; aquellos innumerables poemas de amor en los que desfila la triste figura de una mujer de la que el poeta habla con fervorosa humildad y que aparece unas veces como divinidad inaccesible y otras «riente y ardiente como una nube del ocaso», evocadora siempre de toda la belleza del universo, de todo el desvanecido encanto del pasado; el rudo conflicto en el alma del poeta entre su amor por la vida y el desprecio por la vida misma si se la compara con el ideal soñado, todo esto convierte el pequeño volumen en que pueden incluirse todas las poesías líricas, en un tesoro inagotable de belleza.

Rara vez en un principio se había construido el verso inglés con más acabada maestría; hay versos de tal modo acariciadores de nuestro ensueño interior, que quedan esculpidos en nuestra alma desde la primera lectura; versos que reconocemos como la expresión más perfecta de nuestro vano sentir. Se ha llevado hasta el límite la indagación técnica, no se ve allí nada incidental, nada superfluo; el verso se mueve con el abandono del movimiento perfecto; en la poesía *El hombre que soñó el país de las Hadas*, simples nombres de lugares irlandeses, engastados en un verso perfecto, bastan para evocar, con el sonido solamente, el paisaje fatídico; hay poesías cuya austeridad y fuerza se deriva de los grandes líricos teólogos del siglo XVI

que encuentran, merced al ardor y a la gracia celta infundida en ellas, una resonancia en el alma que difícilmente podría olvidar un lector fervoroso.

Se realiza en verdad muchas veces la aspiración de uno de los personajes de las novelas de Yeats, del viejo Aherne que deseaba «un mundo compuesto solamente de esenciales»; en muchas de esas cortas poesías líricas se suceden las imágenes puras y diáfanas, sin sacudidas, como las gotas de un cirio purísimo que se va consumiendo con la llama.

Pero el hablar indignamente de cosas tan púdicamente bellas es ya profanarlas. Los que sepan inglés, vayan sin demora a leerlas en la hermosa edición de Mac Millan; y si conocen al mismo tiempo las más altas cumbres de la poesía, tendrán la agradable sorpresa y el placer de descubrir que existe todavía un poeta lírico que en nada desmerece de los más grandes de la historia.

* * *

Cosa más fácil es hablar de los dramas y de la prosa de Yeats.

La unidad de su obra es completa; en toda ella se ve la idea de la lucha perpetua entre el orden natural y el espiritual, la investigación apasionada de este orden superior a través de la misma naturaleza y toda su más sencilla apariencia; la desconfianza en la orgullosa sabiduría humana, la aspiración al prodigioso mundo del pasado en la que tal vez era menos densa la muralla entre la materia y el espíritu. Pero en los dramas aparecen estas ideas más netas y de más inmediata comprensión.

En su primer drama en verso llevó Yeats a la escena la antigua leyenda irlandesa de la condesa Catalina, que vendió al demonio su alma purísima para salvar a su pueblo de la miseria. Figuras delineadas como aquellas de los vitrales de la catedral, enteramente formadas de luces y colores, que dicen maravillosamente con el arabesco de los versos. El escándalo

que promovió el drama fué tremendo: las hambres medioevales en Irlanda no son solamente recuerdos históricos; y la venta de las almas para salvar los cuerpos tuvo que despertar recuerdos de transacciones fáciles; por esta razón el que más gritó fué precisamente el partido nacionalista católico. Pero era tan grande la poesía del misterio, que la obra concluyó por triunfar; obra profunda rimada con el llanto de las turbas famélicas y la codicia de los demonios-comerciantes, iluminada por la luz angelical de la protagonista, «el gran lirio blanco del mundo».

No fué vano el sacrificio de la heroína: el pueblo se salvó y Dios deshizo el comercio infame del Maligno, y el alma blanquísima de Catalina fué acogida por María en los umbrales del cielo. Pero el dolor continúa haciendo estragos en el mundo y el drama concluye con aquellos versos que recuerdan un relieve de Santa María de la Flor:

Los años, enormes bueyes negros, huellan el mundo
Y Dios, el pastor, los aviva y agujonea
Y yo estoy destrozado por sus cascos que pasan.

Es un crimen que en Italia, donde por todas partes se busca un teatro poético, nadie haya pensado en representar este drama del que existe hace tiempo una traducción de Carlos Linati, siendo que la idea parece que sedujo últimamente la mente de Eleonora Duse.

De inspiración más explícitamente patriótica es el otro drama que lleva casi el mismo título (*Catalina O'Hoolihan*), por cuyo motivo se les confunde a veces en la prensa. Catalina O'Hoolihan es el símbolo conmovedor de la Irlanda que con insistencia pide una y otra vez a sus hijos desatentos que paguen la deuda que con ella tienen contraída; deuda tan inmensa que no es posible pagar sino dedicándole toda la vida.

En el poema dramático *El país que desea el corazón* se manifiesta la tendencia, tan viva en Yeats, de escapar del mundo real para refugiarse en el ansiado ámbito del ensueño; y se puede hallar también en este poema ese amor indomable del

espíritu céltico para con los antiguos dioses y genios del bosque, entidades en las que por primera vez supo la raza expresar su propia fisonomía: la joven esposa deja la noche del primero de Mayo su marido y su hogar, el hogar protegido por el Cristo, para incorporarse al coro de *ellos* que danzan a la luz de la luna y huir allá, a donde «nadie se convierte en viejo santurrón y grave, donde se ignora lo que es la vejez y la amargura, donde solamente se es fiel a las luces lejanas y a las canciones melodiosas». Aquí se manifiesta violentamente el sentido pagano que en todos los países celtas se mezcla de manera tan extraña a una intensa religiosidad cristiana.

Y en otro drama aún, *Las aguas de la sombra*, los dos amantes que se quedan solos en la roca sacudida por las olas expresan en versos de belleza incomparable la misma idea de alejamiento de las convenciones sociales para vivir una vida de regocijo en las peligrosas e intensas regiones del ensueño.

Después de este último drama, Yeats se resolvió a tratar el más sublime mito irlandés, el de *Deirdre la Dolorosa*, que debería más tarde inspirar también a Synge una obra maestra de dolor reprimido, obra que el dramaturgo insigne había de terminar en el lecho de la muerte.

También Yeats escribió con este tema un drama que, posiblemente, es desde el punto de vista poético el más excelente de todos.

La tragedia de los dos amantes que aspiran a una unión perfecta que sólo podrán conseguir con la muerte, es tratada por Yeats con un fervor lírico insuperable; y después de la catástrofe el alternado canto de los bardos que celebran el triunfo de las almas para siempre unidas ya, «como águilas que se hubieran refugiado en su lecho de nubes», es uno de los trozos poéticos más sencillos y más grandiosos a la vez del insigne poeta.

¡Pero los mitos son una fuente inagotable de inspiración! En *La Puerta del Rey* el poeta Seanchan, humillado por su soberano, decide dejarse morir de hambre para afirmar los derechos del poeta, legislador y árbitro de la sociedad. Ni en la

Defensa de la Poesía de Shelley se encuentran tan elocuentes y orgullosas expresiones del carácter sagrado del arte. Y a propósito del singular género de muerte escogido por el bardo, debemos decir que eso de la muerte voluntaria por hambre es una antiquísima forma de protesta usada en Irlanda desde tiempo inmemorial. El célebre alcalde de Cork y demás que emplearon análoga forma de suicidio y de presión moral al mismo tiempo, tienen remotísimos precursores en sus tradiciones nacionalistas.

En otro drama todavía, no tan resonante y altivo como *La Puerta del Rey*, pero drama amargo, pesimista, se evoca la leyenda de Cutulain, el Ajax irlandés, el orgulloso rey que sólo pudo ser vencido por el mar. Toda la grandiosa historia de heroísmo y de locura está relatada en el drama de Yeats por dos mendigos, que en el trágico trastorno han visto sólo una buena ocasión para saquear las tahonas abandonadas: el poeta vuelve a tratar el tema tan frecuente de la multitud que pasa a diario delante de los héroes sin reconocerlos.

Podríamos aún hablar de los más recientes dramas del poeta, de *Comedias para danzantes* y de *Reina*, en los que el autor ha introducido notables innovaciones escénicas para huir del aborrecido realismo. Pero el contenido esotérico de estas últimas obras, que sobrepuja casi su formal esplendor, las asemeja a las obras místicas, de las que sería extemporáneo tratar aquí.

Por lo demás, no todas las obras en prosa de Yeats son obras teóricas. Casi podríamos decir que no lo es ninguna, porque en todas partes el pensamiento se presenta transformado en imágenes que, si no siempre son útiles para aclarar el significado del texto, son desde luego vehículos de belleza espiritual: en la *Rosa Alquímica*, por ejemplo, y en el *Miguel Robartes*, que son ciertamente páginas de las más difíciles de especulación esotérica, se encuentran fragmentos que por su representación y musicalidad en nada desdicen de las mejores poesías líricas. Pero no es ahora del caso hablar de la visión del mundo de Yeats, de sus convicciones filosóficas, y religiosas, de su maravillosa arte poética, a pesar del encanto que fluye de tales

materias y de la personalidad singularísima que a través de todo ello se revela.

Sin embargo, en las breves historias que forman el *Libro de la Rosa* y *Haurahan el Rojo*, el artista ha logrado sobrepujar al pensador. Son casi todas leyendas de los tiempos heroicos de Irlanda; todas de una desconsoladora melancolía, en las que se presencia el naufragio de quien trata de establecer un orden espiritual en contraposición al caos materialista del mundo; y se sentiría uno tentado de dudar de la utilidad del esfuerzo de los diversos héroes, si no se supiera positivamente que hay ciertas derrotas que dan mayor gloria que muchos triunfos efímeros.

Bajo la poderosa guía de W. B. Yeats, iluminada con la gloria de Synge, con artistas como Jorge Russell y James Joyce; con un dramaturgo tan original como Sean O'Casey y pintores tan ilustres como Orpen y Lavery, conquistan la literatura y las artes de la nueva Irlanda un puesto digno de las tradiciones de un pueblo que en todas las horas trágicas de su historia tuvo siempre un poeta para mostrarle la estrella infalible.

GIUSEPPE TOMASI DI PALMA.

(Trad. de Ramón Mondría).

“Cuentos del Trópico”, de Manuel Urruela

BASTA el título para revelar el alma de este volumen, concebido en la atmósfera ilusionada y doliente del trópico, bajo el ritmo de fatiga y de ensueño de la América Central. En cada página domina la angustia y el resplandor de esa tierra privilegiada que, acaso por ser cuna de poesía, parece arder en su propio fuego, como los dragones sagrados de las leyendas.

Poco importa que en la segunda parte del libro se aleje insensiblemente el autor hasta tratar temas internacionales, de acuerdo con la sana tendencia viajera que domina entre la nueva juventud. Aun hablándonos de las estepas de Rusia o del barrio chino de Nueva York, la prosa tiene siempre tonalidades criollas y colores de quetzal que imponen al mismo exotismo una ubicación en nuestro mapa.

Manuel Urruela ha peregrinado abundantemente por Europa y por América, tiene una mentalidad universal, reside desde hace largos años en los Estados Unidos; pero, ante todo y por encima de todo, es un hijo fiel de Guatemala, que siente, llora y maldice con los suyos. La América Central de Morazán, tan duramente barrida por aluviones hostiles, revive hoy en las nuevas generaciones; y Urruela es, en la gran república del Norte, desde 1920, el esforzado campeón del Comité Unionista Centro Americano. Conjuntamente con su fecunda labor de escritor, lleva adelante el empuje patriótico, pronunciando conferencias, presidiendo reuniones y defendiendo, en las mismas fauces del imperialismo, la integridad y el porvenir del conjunto al cual pertenece.

Así se afirma y se concreta en uno de los más nobles espíritus de la generación, la tendencia a hacer que el hombre de letras, lejos de recluirse en ilusorias jerarquías, sea también parte de lo que le circunda y se identifique con la suerte del suelo natal.

Los que hemos vivido las épocas en que bajo el rubro de «modernismo» se rendía culto a todas las indiferencias anárquicas, y en que en nombre del «arte por el arte» se cultivaba una literatura de cenáculo, ajena a las corrientes ideológicas que agitan a la colectividad, medimos la magnitud de la metamorfosis. No fué vano el sacrificio que nos llevó a algunos a combatir las direcciones enfermizas que en determinado momento hicieron ley. Cuando publiqué en 1908 *Las Nuevas Tendencias Literarias* sosteniendo la urgencia de crear en América un arte nacional y social (nacional en cuanto traduciría las peculiaridades nativas, social por dirigirse al pueblo y ser expresión de la inquietud colectiva) se me trató de iluso, de mediocre y de plebeyo. Los altos espíritus eran entonces los que cantaban el reflejo de sus lecturas, los que hablaban de aristocracias que nunca conocieron, los que lo sacrificaban todo a la pose, al artificialismo y a la insinceridad. Algunos quedan aún, anacrónicos, olvidados en sus islotes, como náufragos de una concepción que se hundió. Pero los nuevos, en general, sienten las necesidades del siglo en que viven y de la tierra en que nacieron, y son, a la vez, creadores de belleza y campeones de la justicia, porque después de todo, la justicia no es más que belleza en acción. Son estas juventudes fuertes, bien enraizadas en la tierra como los manglares de que nos habla el autor, las que crearán la patria libre de mañana y el arte autóctono que será su expresión.

Los cuentos de Manuel Urruela, desprovistos de la enojosa verbosidad que suele pasar entre nosotros por elocuencia, son, por su estilo, claros, rudos y eficaces, como las escenas que relatan. Sin hojarasca efectista, sin reminiscencias de Kipling, sin concesiones a lo que impera, el autor se encara directamente con el drama nativo y arranca victoriosamente, de la

misma selva, con sus propias manos diríamos, escenas que, como *En el estero* o *La última canción*, tienen una formidable intensidad dramática. No nos deja su literatura ese sabor de cosa ya leída que encontramos a menudo en la producción latinoamericana. La visión personal y la emoción directa dan extraordinaria frescura a los relatos, algunos de los cuales nos permiten conocer la atmósfera de Nicaragua en esta hora difícil en que un patriota con un puñado de valientes renueva el grito de Bolívar: «aunque se oponga la naturaleza».

¡La América Central! ¡Cuántas injusticias, cuántas candideces, se han dicho sobre ella! ¡Cuán pocos han comprendido lo que esa zona atesora de reservas vitales, de energías sin empleo, de selváticos sentimentalismos! Sólo los que hemos recorrido esas repúblicas desde Guatemala hasta Panamá podemos apreciar los fabulosos vellocinos materiales, morales, intelectuales que ellas ofrendan a los Jasones constructores de la neo-latinidad. No hay que juzgarlas por la fisonomía que les dieron algunos de sus gobernantes, ni por las menguadas oligarquías que se perpetúan en el poder. La América Central de Darío y de Sandino es acaso la región donde aún perduran los lirismos supremos a que dió margen la conjunción del orgullo hispano y la sensibilidad indígena, en los tiempos remotos en que las superioridades eran morales y no se medía la civilización por la altura de las casas. En las refundiciones a que dará lugar mañana el acercamiento de nuestras repúblicas, cada región traerá sus excelencias. Unas su laboriosidad, otras su equilibrio, éstas su fiereza, aquéllas su iniciativa. Así se creará la entidad nueva, con la síntesis de los componentes. Pero a ese cuerpo le faltaría su penacho ideal si no estuviera animado a ratos por el soplo soñador del viejo trópico, creador de lo superfluo, que en ciertas horas de la vida suele ser lo esencial.

MANUEL UGARTE.

(Propiedad exclusiva de ATENEA
en Chile.)

EX - LIBRIS

VISAGE DE LA NOUVELLE AMÉRIQUE, por *Heriman George Scheffauer*.—*Les Éditions Rieder*. Paris, 1927.

Muerto en plena juventud, cuando se hacía la traducción al francés de este libro sensacional, H. G. Scheffauer era uno de los jóvenes escritores norteamericanos en quienes se podía esperar más fundadamente. Su testimonio es un testimonio de pasión más que de análisis. La pasión del hombre que ama entrañablemente a su país y, por eso mismo, se duele de verlo seguir rutas absurdas y peligrosas.

Los diez capítulos de este libro tratan de aspectos fundamentales en la historia y en la fisonomía espiritual del pueblo gigante y están basados en datos dignos de fe. Pero más que los datos interesan en este libro los juicios del autor. Su concepto del entusiasmo, como embriagador de las masas, su acerba crítica de la prensa, en que se reflejan todos los altibajos de la vida norteamericana, sus agudas reflexiones sobre el arte y la literatura, dan al libro de Scheffauer un sitio eminente entre los muchos esfuerzos hechos para interpretar el fenómeno americano.

Sobre todo interesa a Scheffauer poner en guardia a Europa contra la atracción casi hipnótica que ejercen los Estados Unidos.

Ha llegado a ser un deber positivo para los americanos que prevén un tiempo en que sus compatriotas sean ciudadanos de un universo más vasto y que, sin renegar nunca su derecho de nacimiento americano, han conocido el valor de la cultura europea, prevenir a Europa del peligro de aceptar, no nuestras virtudes, sino nuestros vicios.

Estas palabras, que parecen un resumen de la enseñanza de este libro ejemplar, ¿no tendrán aplicación también en Sud América? ¿No ejerce también sobre nosotros lo yanqui en influjo pernicioso? El libro de Scheffauer debe abrir nuestros ojos.

GOYA, por Ramón Gómez de la Serna.—Ediciones «La Nave», Madrid, 1928.

El centenario de la muerte de Goya ha sido celebrado con la publicación de numerosos estudios en que la vida y la obra del pintor zaragozano se analizan con precisión y entusiasmo admirativo. Uno de los libros más interesantes que han visto la luz con motivo de este centenario es el que ha dedicado Ramón Gómez de la Serna al autor de los *Caprichos*.

Gómez de la Serna no es un especialista en pintura, pero es en cambio un admirador de Goya. Maneja en este libro, por primera vez, gran número de documentos, sin que ellos impidan al escritor manifestarse en la poderosa individualidad de su estilo y de sus observaciones. Posiblemente sea difícil de leer un libro de este género escrito por Gómez de la Serna. Pero la dificultad está compensada por los múltiples hallazgos que ofrece. Gómez de la Serna, acostumbrado a inspeccionar la vida cotidiana con mirada zahorí, descubre en la ya extinguida de Goya multitud de relaciones originales. Las páginas de este libro son páginas de singular riqueza psicológica, pero muy arbitrarias como crítica artística.

Tiene a su favor Gómez de la Serna para entender a Goya un factor que no siempre acompaña a los acostumbrados comentadores. Es su casticismo. Sólo un hombre tan castizo como el autor de *Pombo* puede entender la vena castiza que corre bajo la obra de Goya e informa todos sus aspectos y la hace resistir al tiempo y agrandarse a medida que los años pasan.

Y ese es el más alto mérito de este libro, desordenado, poco lógico y harto redundante.—S.

LA MONTAGNE ENSORCELÉE, por *Francisco Contreras*.—
París, Charpentier, 1928.

Francisco Contreras es tal vez el único chileno que hace en París vida intelectual activa. Se podría citar además a Leonardo Peña. Contreras es muy ilustrado y de espíritu comprensivo, posee una vigorosa personalidad como hombre de letras y tiene una concepción austera de los deberes que impone el magisterio de la pluma. Desde hace cerca de veinte años forma parte de la redacción de la importante revista *Mercure de France*. Ha publicado numerosos volúmenes de crítica y de poesía, tanto en francés como en español.

Ultimamente ha dado a luz los dos primeros libros de una serie de relatos novelescos y poéticos relativos a la vida hispano-americana. El volumen inicial se titula *La Ville merveilleuse* y el segundo, publicado hace pocos meses, *La Montagne ensorcelée*. Pude ver cómo recibió a este último la crítica de los diarios y revistas franceses más acreditados y me complazco en recordar que fué con general aplauso.

No me parece *La Montagne ensorcelée* propiamente una novela, en el sentido de que no constituye una narración de los hechos o estado de alma de uno o varios personajes centrales. Forma más bien una serie de cuadros, de escenas, de episodios que tienen de común el lugar donde se desarrollan, una gran hacienda del valle central de Chile. Los personajes son todos o casi todos los pobladores de la hacienda: el gran señor propietario, los miembros de su familia, sus servidores, mayordomos, carreteros, cocheros, inquilinos, pastores, cuidadores de viña. Se destacan delicadas figuras de niñas y de muchachas aldeanas, así como también las siniestras de viejas facedoras de maleficios.

Pero se podría decir que los verdaderos personajes son el paisaje, el ambiente y el alma del campesino chilenos.

Los paisajes y el ambiente son descritos a cada momento minuciosamente y muy a menudo con inspirada animación.

Como por su título mismo se deja ver, la obra entera es una serie de trozos de vida mirados a través de ciertas supersticiones del pueblo chileno. A modo de *leit motiv* se destaca la presentación de un estado de alma atormentado por el temor a los poderes ocultos de la naturaleza y a seres que poseen la misteriosa facultad de causar enfermedades y la muerte. Animales míticos como el *huallipén*, el *culpeo* y el *chonchón* son motivos de angustiosas preocupaciones de estos campesinos.

Dentro del paisaje hermoso y brillante del campo chileno estas gentes parecen moverse dobladas por la racha dostoyevskiana de un destino sombrío.

Las páginas de *La Montagne ensorcelée* significan una bella y cálida remembranza de la patria ausente.—E. M.

POEMAS PARA LOS NIÑOS. Selección del folklore chileno y de autores contemporáneos, adaptada a las diferentes etapas del desarrollo psicológico infantil, por *H. Díaz Casanueva*.—*Nascimento*, 1928.

A más dilatadas meditaciones y a un estudio más amplio y detenido incitan los propósitos del señor Díaz Casanueva y la realización que pretende darles en esta antología de la poesía infantil.

Armado de una simpática y juvenil acometividad contra métodos y sistemas caducos, o en trance de ser superados, el autor hace el panegírico entusiasta de la nueva doctrina, especie de *cúralo-todo*, antídoto de las viejas doctrinas pedagógicas. Mirados con frialdad, hay apostolados que resultan hueros pregones de charlatán. ¿Quién no ha oído proclamar a voz en cuello por las plazas y portales las excelencias de la pomada de oso blanco, el triunfo de la *siensia* (con *s* por ser un producto del *seso*) y el advenimiento de la verdad absoluta?

En el político, en el apóstol, en el luchador hay una fuerza excéntrica que, destruyendo toda intimidad, arrastra a su víctima a los tinglados de la farsa con el gesto alucinado y mesiánico del histrionismo. El intelectual es el amigo predilecto de

la soledad. La meditación florece en el silencio, en la paz, en la contemplación. El intelectual rebosa intimidad por todos sus poros.

Hasta cuando se interesa en las luchas civiles hay en la voz del intelectual un acento más puro. No lo mueven menguados apetitos ni ensaya posturas para la historia ni se hieratiza en la actitud que reserva a la posteridad. Simplemente, como cuando riega su jardín, quiere crear un mundo nuevo, quiere hacer realidad el verso con que canta su profunda canción interior.

El libro del señor Díaz Casanueva tiene, al menos, el mérito de sugerir. Es la mano que despierta sonatas en el arpa dormida. Alrededor de él podría hacerse todo un programa y un índice de la poesía para los niños. Es el esqueleto de un buen libro que pudiera y debiera intentarse. Saludemos en él una bella, una bella y generosa intención malograda.

Si hay tiempo y ocasión insistiremos y fundamentaremos algún día este esquema que, en su parca y desnuda brevedad actual, acaso pudiera parecer un poco arbitrario.

VIVA MI DUEÑO, por don Ramón del Valle Inclán.—Librería Fernando Fe. Madrid, 1928.

Henos aquí ante el tomo segundo de la serie *El Ruedo Ibérico* que escribe el caballero don Ramón María del Valle Inclán y Montenegro. El primer tomo, publicado ya, se titula *La Corte de los Milagros*. El tercero, en turno de publicación, *Baza de Espadas*.

En el biológico declinar de su existencia, Valle Inclán quiere emular con el intelecto las proezas de su héroe Montenegro, «el vinculero violento y feudal».

Nunca el estilo del autor de las *Sonatas* ha sido más mozo y ágil que en estas sus obras de senectud. Cuando leímos *Tirano Banderas*, conocida ya la maravilla de los esperpentos, saludamos con fe y emoción una nueva senda en la prosa castellana.

Las obras de *El Ruedo Ibérico* van haciendo ruta por ese camino que les trazó su creador pasada ya la claridad del mediodía. Del estilo recamado de adjetivos y metáforas salta Valle Inclán a la prosa trémula, viviente, cinematográfica, cargada de acción y movimiento.

Murmuraciones de palacio, intimidades de alcoba, asonadas de cuartel, «oro, seda, sangre y sol» de plaza de toros, confesores enérgicos y monjitas alucinadas y dominadoras, curas que ahorcan las sotanas y toman la carabina del guerrillero hacen ondear las páginas de *Viva mi dueño* con un viento de actualidad trágica e inminente. Se lee, se lee sin el tropiezo de la literatura, empujado por el ansia de estar cerca de esas vidas aventureras y heroicas, de sorber su tesoro vital hasta las heces. No encontramos en el libro almas paráliticas, corroídas por una sujeción servil a la realidad, incapaces de esfuerzo y heroísmo. Esas almas disfrazan su cobardía de escepticismo y su condición servil de desdén por lo patético e indiferencia por lo heroico. En las páginas de *Viva mi dueño*, en las que voluntariamente se deforma la realidad en una admirable armoniosa mixtura de tragedia y bufonada—el esperpento—, respiramos una atmósfera de alta tensión saturada de aventura, de intriga, de odio, de violencia, de sacrificio. Allí los hombres son hombres y las pasiones son pasiones.

Valle Inclán es un ejemplo glorioso e ilustre de la atracción que como un norte mueve las mentes más claras de la época: la simplificación de la forma literaria. No es la pobreza del indigente sino el lujo del gran señor que se despoja de galas insolentes cuando va a la conquista del mundo y se reviste, como de una túnica, de su gran dignidad interior.

ALHUÉ. *Estampas de una aldea*, por González Vera.—Santiago, 1928.

Hasta los detalles son simpáticos en este libro:

Esta obra, en número de mil ejemplares, se imprimió, por cuenta del autor,

en la Imprenta Universitaria. Su impresión quedó terminada en los últimos días de Noviembre de mil novecientos veintiocho.

Participaron en su composición, impresión y encuadernación los siguientes obreros:

Pedro Méndez, monotypista; Luis Aguirre, fundidor; Guillermo Fernández, compaginador; Carlos Brown, tipógrafo; Manuel Sánchez G., prensista; Moisés Hervías, encuadernador; Víctor J. Sepúlveda, corrector de pruebas, y Austreberto Herrera, regente.

Creo que en el Uruguay, en algunas ocasiones, Carlos Sabat Ercasty, el recio poeta de los cantos del hombre, del mar y de la noche, ha realizado en algunos de sus libros análogo gesto justiciero. Y así el uruguayo y nuestro autor hacían verdad lo que Eugenio d'Ors nos predicaba bella y oblemente en su plática admirable: tanta dignidad y tanta poesía hay en escribir un soneto, como en hacer un par de zapatos o en escuchar, sintiéndola, la música de las esferas. Amar el oficio quiere decir hacer las cosas bien y hacerlas con alegría.

Veamos cómo González Vera cumple su menester literario. Siguiendo el ritmo de su primer libro, *Vidas Mínimas*, destaca su estilo humilde, de puro perfil ascético. González Vera ha hecho una religión de la pobreza y en este libro llega a perfección en su anhelo. Dan deseos de decirle: Fray González Vera. Y uno se lo imagina con su oscuro sayal franciscano, en un gesto de beatitud y de dulzura, en una atmósfera de elevación y misticismo. Su prosa es un cuadro primitivo en que las cosas y las almas parecen hieratizarse en el momento propio.

El autor mira el paisaje en torno con una frígida imparcialidad y derrama displicentemente, sin darle ninguna importancia, una ironía tan suave y que parece tan exenta de ternura, que sume al lector en la perplejidad. Porque, ¿qué es González Vera, quién es González Vera? Empieza a borrarse la visión del franciscano enamorado de la pobreza y se ve a un hombre delicado y fino que hunde en la realidad los instrumentos de su análisis inmisericorde. Y esto también sin darle importancia ninguna, sin aspavientos de reforma social ni gesticulaciones de predicador. Todo simple y naturalmente.

La misma dedicatoria de su libro, que parece no decir nada, encierra un cúmulo de anhelos y esperanzas. El cristal de la palabra trasparente un corazón afectuoso, abnegado, leal. Y, como siempre, todo pasa sin darle importancia ninguna.

Saludemos en González Vera el advenimiento de un gran escritor.—R. M.

GLOSARIO DE REVISTAS

Recuerdos de Schubert

Camille Bellaigue, en el número de la *Revue des Deux Mondes* del 15 de Noviembre de 1928, escribe:

«En tres días se cumplirá un siglo de la muerte de Schubert. Breve, pobre y atormentada fué su vida. No encontró alegría y consuelo sino en la música, la amistad y la naturaleza. Su genio mismo no le valió sino éxitos precarios y una fama limitada y tardía, la vecindad más que la presencia de la gloria».

Cuenta el escritor la iniciación del joven Franz. De niño comenzó a aprender piano y violín en lecciones dadas por su padre y uno de sus hermanos. El padre, modesto maestro de escuela, jefe de una familia numerosa, gustaba de organizar pequeños conciertos en los que pronto el niño empezó a tomar parte. En una ocasión, Franz se permitió observar: «Padre: aquí debe haber algún error». Era en uno de los conciertos que se celebraban en el hogar y, en realidad, el padre, que

tocaba el violoncello, se había equivocado. Pronto el padre, el hermano y otros profesores renunciaron a seguir haciendo clases a Franz, convencidos de que nada tenían que enseñarle. Como el rápsoda homérico, comenta Bellaigue, Schubert hubiera podido decir: «No he tenido maestro. Un dios ha puesto en mi corazón las canciones que canto». Pero en el padre de Schubert el *magister* dominaba al artista, y el joven, tras una violenta ruptura, debía abandonar el hogar para consagrarse por entero a la música. Sólo a los quince años de edad regresaba el joven Franz a obtener, en el lecho de muerte, el perdón de su madre. Pero otro choque debía sobrevenir entre padre e hijo y, triunfante otra vez la música, Franz debía alejarse por segunda vez del hogar».

Dice el comentador: «Vivió pobre y no poseyó sino muy tarde el dinero suficiente para comprarse un piano. Modesto, pero celoso de su independencia, era por lo mismo incapaz,

no sólo de la intriga, sino de toda tentativa para asegurar su existencia. Tímido y leo, de maneras lorpes, apenas se atrevió a amar. No se casó. Una vez estuvo a punto de caer en tentación. Tenía veinte años. Había conocido una familia de músicos, los Grob. El padre era maestro de escuela. La niña de la casa, la joven Teresa, era, escribe Schubert, «un poco más joven que yo y cantaba admirablemente, con un sentimiento profundo, los solos de la misa compuesta por mí. No era bella, su cara conservaba las huellas de una viruela reciente, pero era buena, cordialmente buena. Esperó durante tres años que me casara con ella pero no tuve nunca una situación que bastara a satisfacer nuestras necesidades. Entonces, obedeciendo a sus padres, se casó con otro, llenándome de dolor. La quiero siempre y después de ella ninguna mujer ha podido agradarme tanto. Hay que creer que no me estaba destinada». Confesémoslo: en su sencillez, la modestia de esta confesión recuerda más la melancolía de la *Bella Molinera* que la desesperación del *Viaje de invierno*.

Veamos cómo el artista sentía la amistad: «El sentimiento más vivo y profundo de Schubert fué la amistad. Sus amigos fueron numerosos y leales, fieles a su genio como a su pobreza y sus desgracias. Eran en su

mayoría poetas y músicos: Spaun, Schober, Senn, Bauernfeld, Lachner, Mayrhofer. Entre sus compañeros y él todo era común: la bolsa y la vida; algunas veces la pieza, ¡y qué pieza! «Jamás—escribe uno de ellos, Mayrhofer, hablando de su propia habitación que compartía entonces con Schubert—, jamás olvidaré las horas pasadas en esa pobre bohardilla de techo inclinado. Teníamos un pésimo piano, una pobre biblioteca, un mobiliario miserable, una luz insuficiente. Y, sin embargo, he pasado allí las horas más felices de mi vida. Lo mismo que la primavera alegre la tierra llenándola de savia y sangre, la facultad creadora de mi amigo alegraba y consolaba a los hombres. La casualidad, el amor a la música y a la poesía soldaron nuestra amistad. Mientras yo escribía, él cantaba».

El sentimiento de la naturaleza: «Tanto en los escritos de Schubert como en sus *lieder* los paisajes abundan. Ama el campo de Viena que también Grillparzer ha descrito y celebrado con amor. Dos viajes por la Alta Austria produjeron en él un verdadero encantamiento. Dos veces también los Esterhazy lo invitaron a pasar una temporada en su propiedad de Zelesz. Por cierto lo recibieron no como un huésped sino como un maestro de música para sus hijos, mas bien

como un sirviente porque, al igual de Haydn y Mozart, debía llevar librea. Pero el espectáculo de la naturaleza lo consolaba y lo apartaba de esta humillación».

Beethoven era su admiración más grande y el anhelo de su vida era conocerlo y ser su amigo. Bien se hubiera entendido el autor de las *Sinfonías* con quien escribía: «Mis obras son los hijos de mi inteligencia y mi dolor; el mundo parece gozar más con las que ha creado sólo mi dolor.»

Una carta escrita desde el hospital a un amigo: «En una palabra, me sé el hombre más desgraciado del mundo. Figúrate un hombre que no recuperará nunca su salud y que, por la pena que esto le causa, empeora; figúrate un hombre cuyas más brillantes esperanzas han sido reducidas a la nada, a quien el amor y la amistad no dan sino amargura, a quien el entusiasmo—al menos ese que sostiene y exalta—y el sentido de lo bello abandonan, y pregúntate si ese hombre no es un desgraciado y un miserable. Me pesa el corazón, la paz se aleja de mí: he aquí lo que puedo decir porque cada noche espero un sueño sin despertar y cada mañana me trae como aguinaldo las penas de la víspera.»

La enseñanza de la historia y el espíritu de paz

En el número de Octubre de 1928 de *L'Esprit International* de París, A. Albert-Petit habla sobre la enseñanza de la historia y sus relaciones, que estima decisivas, con un espíritu de mayor comprensión y cooperación internacionales.

Comienza apartando los temas que pudieran sembrar dificultades en el camino y escribe: «La alianza, la cooperación intelectual son fáciles y fecundas en materia científica. Pero la historia, ¿es una ciencia? No lo es, en el sentido riguroso de la palabra. Sus resultados no se imponen como verdades demostradas y demostrables. La historia es un conjunto de conocimientos sin los cuales una «*tête bien faite*», como decía Montaigne, no puede vivir. Sin ella, la cultura general carece de una base positiva. Pero no tiene el carácter abstracto de las ciencias matemáticas ni el carácter experimental de las ciencias físicas y naturales. La historia nos forma pero nosotros también la formamos. La hacemos a nuestra imagen y semejanza. No es una disciplina impersonal. Al escribirla, la teñimos de nuestro carácter individual y nacional. Nos abre el espíritu pero nuestro espíritu, a

veces, la ve a través de lentes de aumento y deformación. En ese sentido se puede decir de la historia lo que Esopo decía de la lengua: puede hacer mucho bien pero también mucho mal.»

Examina el autor el problema de la historia en la enseñanza superior donde el conocimiento es adquirido por una *élite* culta y, en consecuencia, no hay el temor de que la verdad sea torcida pasionalmente para servir determinados fines políticos. El peligro está en la enseñanza primaria y secundaria en la que el alma infantil, cera sensible, conserva indeleblemente la huella del maestro. A esta edad mental del niño «es un abuso ser tendencioso.»

Una solución radical no dejaría de tener sus dificultades: «¿Se aceptaría una vigilancia recíproca en las publicaciones escolares? Esto sería difícil, probablemente ineficaz, seguramente odioso. Nadie consentiría ser censurado, o simplemente controlado, en materia de historia nacional, dominio sagrado para cada pueblo libre. Cualquiera que sea el modo de intervención, cualquiera que sea el instrumento de esta intervención, sería mal acogida.»

El defecto de muchos manuales escolares es, según el autor, «la tendencia a la glorificación nacional con cual-

quier motivo y, a veces, sin ningún motivo. El sentimiento es natural y honorable porque nos lleva a atribuir a nuestros antepasados cualidades que merecen nuestro respeto afectuoso. En la vida privada, este exceso de espíritu de cuerpo no carece de inconvenientes. A costa de magnificar a sus antepasados, la familia más meritoria se expone a indisponer a las otras y a dar alas a un orgullo que la haga perder de vista las realidades hasta provocar la caída del astrólogo en un pozo.»

Siguen las dificultades: «El otro punto, no menos delicado, y más fácil, sin embargo, de abordar, es el lenguaje que debe emplearse en los manuales acerca de las cuestiones internacionales en actual controversia. Este capítulo está lleno de materias explosivas. Desde hace siglos las naciones se han maltratado, combatido, acusado recíprocamente de todos los crímenes; se ha arraigado la idea de que el vecino es el enemigo, el enemigo del que hay que desconfiar eternamente y cuyas villanas acciones y negros designios del pasado hay que recordar sin descanso para resguardar el porvenir.»

¿Es posible esta conducta en la vida privada? ¿Sería posible en la vida de los pueblos? ¿Habría, entonces, que silenciar los acontecimientos desagradables de la historia? «No sa-

bríamos pedir a la historia, ni aún a la que se enseña en los establecimientos primarios, tender el velo del silencio sobre los hechos célebres en cuya interpretación no se está de acuerdo. El silencio no haría sino despertar las sospechas. La historia, en todos sus grados, sólo debe decir la verdad a los hombres. Pasar la esponja sistemáticamente sobre los acontecimientos sería, además de faltar a la verdad, cultivar una de las variedades de la mentira.

«¿No podría llegarse a una verdad media, que sería la verdad mundial en las cuestiones que, de buena fe, pueden mirarse con mirada diversa pero en las cuales no es absolutamente indiferente que recaiga una mirada idéntica? Entendámonos. No se trata de maquillar la historia ni en vestir con traje de pastores a los invasores bárbaros ni en apagar incendios con agua de rosas.

«¿Qué inglés se siente hoy insultado si se habla del suplicio de Juana de Arco? Cuando un congreso de especialistas de todos países, de autoridad internacional indiscutida, haya resuelto una dificultad, será muy difícil que la escuela primaria o secundaria se rebele contra su decisión. Y se tendrá entonces la agradable sorpresa de comprobar que la verdad adquirida no tendrá la amargura del hecho discutible o

discutido. Es la discusión la que alimenta el apasionamiento.

«Hacer de la historia un arsenal de reivindicaciones de signo contrario es rebajarla y falsearla. Que príncipes ambiciosos, pueblos conquistadores hayan movilizado a sus historiadores para apoyar sus pretensiones, que los hayan encargado de «adelantar la mano» sobre el objeto de su codicia, según la imagen pintoresca de Fustel de Coulanges, es cosa sabida, pero es esto precisamente lo que no hay que volver a ver y lo que las medidas profilácticas cuya aplicación sugerimos tienen por objeto evitar».

Como ejemplo ilustrativo el autor recuerda a «un filósofo», el rey Federico, que tenía una fórmula sabia para los casos de conciencia: «No hay que violar la palabra cuando no se tienen razones; pero las razones siempre se encuentran».

¿Se pretendería una acción fulminante en esta renovación de la enseñanza de la historia en la escuela y el cambio de mentalidad consiguiente?

«Cuando se sueña en un porvenir mejor, hay que armarse de paciencia, hay que saber esperar. Se necesitará tiempo para constituir este comité de arbitraje encargado de resolver—o mejor, de conciliar— los litigios históricos».

Termina el autor: «¿Por qué no ensayar? ¿Qué se pierde

con ensayar? Por lo demás, no se comenzaría con las cuestiones más candentes y actuales. Los alemanes, se dice regocijamente, no nos han perdonado todavía la muerte de Conradin. Es como si nosotros reprocháramos a los italianos la de

Vercingétorix. Hay que comenzar liquidando todos los asuntos Conradin. Se crean a cada momento comisiones de técnicos para resolver las cuestiones más diversas: las cuestiones históricas no son más insolubles que las otras.—M.

Índice del Segundo Semestre

Agosto, Septiembre, Octubre, Noviembre y
Diciembre de 1928

	<u>Pág.</u>
<i>Acuña</i> (Carlos).—Poemas.....	495
<i>Aliotta</i> (Antonio).—La contingencia de las leyes naturales según E. Boutroux.....	9
<i>Amico</i> (Silvio d')—Ideología de Pirandello.....	77
ATENEA y el Divorcio.....	3
<i>Bouglé</i> (C.)—Ciudadanos y productores.....	158
<i>Casnovas</i> (Martí).—El dibujo en las escuelas primarias mexicanas.....	72
<i>Curtius</i> (E. R).—André Gide (conclusión).....	38
<i>Id.</i> —Un juicio acerca de José Ortega y Gasset.....	337
<i>Charlín Correa</i> (Dr. Carlos).—Comentario laico de un libro místico.....	388
<i>Délano</i> (Luis Enrique).— En la tribu de Nahit Haidas....	26
<i>Donoso</i> (Armando).—Ortega y Gasset.....	349
<i>Espinosa</i> (Januario).—El Balzac del subconsciente.....	258
<i>Ever.</i> —Panorama de un panorama.....	292
<i>García Calderón</i> (Francisco).—Otros aspectos del pesi- mismo inglés.....	545
<i>García Oldini</i> (Fernando).—Arbitraje, seguridad, desarme..	303
<i>González R.</i> (Eugenio).—Algunos aspectos del problema educacional.....	271
<i>Hermil</i> (Juliana).—Meditaciones breves. III. La voz del paisaje.....	61
<i>Id.</i> — <i>Id.</i> IV. Ética sexual.....	184

	<u>Pág.</u>
<i>Hermil</i> (Juliana).—Meditaciones breves.—Esa libertad....	279
<i>Id.</i> — <i>Id.</i> Paisaje y educación.....	423
<i>Id.</i> — <i>Id.</i> Embajadas de buena voluntad.....	542
<i>Keller R.</i> (Carlos).—Sobre el Divorcio.....	241
<i>Id.</i> —El problema de la colonización en Chile.....	524
<i>Labarca H.</i> (Amanda).—Carlos Mondaca.....	550
<i>Lac.</i> —«Le voyage à Moscou», de Georges Duhamel.....	480
<i>Latorre</i> (Mariano).—Dos novelistas del campo noruego: Hans Kinck y Peter Egge.....	429
<i>Lazo Baeza</i> (Olegario).—El «Napoleón IV», de M. Rostand	426
<i>Lefèvre</i> (Frédéric).—Una hora con Eugenio d'Ors.....	457
<i>M.</i> —Ex-libris	224
<i>Id.</i> —Ex-libris	308
<i>Id.</i> —Ex-libris	441
<i>Id.</i> —Ex-libris	441
<i>M.</i> —Glosario de Revistas.....	121
<i>Id.</i> —Glosario de Revistas.....	231
<i>Id.</i> —Glosario de Revistas.....	316
<i>Id.</i> —Glosario de Revistas.....	449
<i>Id.</i> —Glosario de Revistas.....	
<i>Maeztu</i> (Ramiro de).—«El Chileno en Madrid», de Joa- quín Edwards Bello.....	188
<i>Melfi</i> (Domingo).—Algunos aspectos humanos del Divorcio	129
<i>Meza Fuentes</i> (Roberto).—Soledades.....	24
<i>Id.</i> —Un gran poeta español: Federico García Lorca..	214
<i>Id.</i> —Otras Soledades.....	254
<i>Id.</i> —Cien poesías líricas.. ..	409
<i>Id.</i> — <i>Id.</i> (conclusión).....	509
<i>Molina</i> (Enrique).—Carta de Bélgica. La libertad de la instrucción particular.....	64
<i>Id.</i> —De vuelta.....	499
<i>Mondría</i> (Ramón).—El esplendor de la lengua castellana.	198
<i>Monvel</i> (María).—El Divorcio.....	5
<i>Neruda</i> (Pablo). — Juntos nosotros. Sonata y destruc- ciones	384

	<u>Pág.</u>
Ortega y Gasset en Chile.....	329
<i>Palma</i> (Giuseppe Tomasi di).—W. B. Yeats y el resurgimiento irlandés.....	559
<i>Picón-Salas</i> (Mariano).—La vida hispano-americana. América a través de un libro ecuatoriano.....	92
<i>Price</i> (Clair).—Una escritora de la nueva Turquía: Halidé Edib Hanum.....	103
<i>Reyes</i> (Alfonso).—La última morada de Proust.....	68
<i>Reyes</i> (Salvador).—Destino.....	156
<i>R. M. F.</i> —Ex-libris.....	112
<i>Roberts</i> (R. Ellis).—León Tolstoy (1828-1928).....	190
<i>Rojas</i> (Ricardo).—Quillota.....	204
<i>S.</i> —Ex-libris	111
<i>Id.</i> —Ex-libris	314
<i>Id.</i> —Ex-libris	
<i>Salaverría</i> (J. M.).—José Ortega y Gasset.....	341
<i>Sánchez</i> (J. M.).—En torno a la nueva arquitectura.....	401
<i>Silva Castro</i> (Raúl).— Libros chilenos. «El Socio», de Jenaro Prieto.....	97
<i>Id.</i> —Libros chilenos. «La niña de la prisión», por Luis Enrique Délano.....	288
<i>Id.</i> —Precisiones sobre el Divorcio.....	379
<i>Id.</i> —La poesía de Genaro Estrada.....	472
<i>Silva M.</i> (César).—Sobre Educación.....	138
<i>Solar Correa</i> (E.).—El poema de Ercilla.....	173
<i>Id.</i> — <i>Id.</i> (conclusión)	244
<i>Ugarte</i> (Manuel).— «Cuentos del trópico», de Manuel Urruela	575
<i>Vasconcelos</i> (José).—Religión creadora.....	282
<i>Vela</i> (Fernando).—Notas al viaje de Ortega y Gasset....	332
<i>Vergara</i> (Marta).—Carta de París. El amor y el espíritu francés.....	437
<i>Wilde</i> (Oscar).—Conversación con un presidiario.....	211

MCD 2018

HP

MCD 2018